

Edgar Rice Burroughs

La tierra del terror

Capítulo I

Cuando hace poco Jason Gridley se puso en contacto conmigo por radio y me dijo que en el mundo exterior estaban en el Año de Nuestro Señor de mil novecientos treinta y nueve, apenas pude creerle. No me parece que haya transcurrido el tiempo desde que Abner Perry y yo nos abriéramos camino a través de la corteza terrestre en el gran topo de hierro construido por Perry con el propósito de encontrar yacimientos minerales bajo la superficie terrestre. Me sorprende saber que llevamos treinta y seis años aquí, en Pellucidar.

Veréis, en un mundo en el que no existen luna ni estrellas y en el que un estacionario sol cuelga eternamente en su cénit, no hay modo de darse cuenta del transcurso del tiempo, por lo que se llega a la conclusión de que este no existe. Yo he llegado a creer que esta afirmación es realmente cierta porque ni Perry ni yo presentamos evidencias físicas del paso del tiempo. Tenía veinte años cuando el topo de hierro irrumpió en Pellucidar y no aparento hoy mucha más edad que entonces ni me siento tampoco mucho más viejo.

Cuando le mencioné a Perry que tenía ciento y un años de edad casi le dio ataque. Dijo que eso era algo absolutamente ridículo y que Jason Gridley debía haberme tomado el pelo. A continuación, aguzó su ingenio y llamó mi atención al hecho de que yo tenía cincuenta y seis años. ¡Cincuenta y seis años! Bien, tal vez los tendría si me hubiese quedado en Connecticut, pero aquí abajo sigo en la veintena.

Al mirar hacia atrás y ver todo lo que nos ha sucedido en el Corazón de la Tierra, me doy cuenta de que en realidad ha transcurrido mucho más tiempo del que se nos ha hecho aparente. Hemos visto y hemos hecho muchas cosas. ¡Hemos vivido! No habríamos hecho ni la mitad de lo que hemos llevado a cabo aquí durante toda una vida en el mundo exterior. Hemos estado viviendo en la Edad de Piedra, Perry y yo, dos hombres del siglo XX, y hemos traído a estos hombres de las cavernas algunas de las bendiciones de nuestro siglo. Antes de que llegásemos solían matarse unos a otros con hachas y lanzas de piedra, y tan solo unas cuantas tribus disponían de arcos y flechas. Nosotros les hemos enseñado a obtener pólvora, a fabricar rifles y cañones. Ahora empiezan a darse cuenta de las ventajas de la civilización.

Nunca olvidaré, sin embargo, los primeros experimentos que Perry llevó a cabo con la pólvora. Cuando consiguió refinarla estaba tan orgulloso que apenas podía contener su entusiasmo.

—¡Mírala! —me gritaba mientras me mostraba un poco para que la examinase—. ¡Tócala! ¡Huélela! ¡Pruébala! Hoy es uno de los días más grandes de mi vida, David. Este es el primer paso hacia la civilización... un paso verdaderamente importante.

Bueno, aquello aparentaba poseer las características propias de la pólvora, pero debió perderse algo de su espíritu en el proceso de elaboración porque a la hora de la

verdad no llegó a arder. Perry quedó abatido, pero no por ello dejó de experimentar y finalmente acabó consiguiendo un producto capaz de acabar con cualquier cosa.

Después llegaron los inicios de una flota naval. Perry y yo llevamos a cabo la construcción del primer navío en las playas de un mar sin nombre. Se trataba de un diseño de fondo plano con una alarmante semejanza a un enorme ataúd. Perry es un científico. Nunca antes había construido un barco y no sabía absolutamente nada acerca de su construcción; sin embargo, sostuvo que siendo un científico y, además, un hombre inteligente, resolvería aquel problema desde bases científicas. Lo armamos sobre unos rodillos y, cuando estuvo terminado, lo hicimos descender de la playa al mar. Navegó a la perfección un par de cientos de pies y luego volcó. De nuevo Perry quedó destrozado, pero continuó perseverando obstinadamente hasta conseguir una flota de navíos a vela que nos permitió dominar los mares de nuestro pequeño rincón de este enorme y misterioso mundo interior, amén de extender la muerte y la civilización en un grado que asombró a los nativos. El día en que partí de Sari en la expedición de la que estoy a punto de hablaros, Perry estaba ocupado intentando perfeccionar un globo. Alegaba que aquel proyecto haría incluso aún más que todo lo que habíamos hecho anteriormente por traer la civilización a la vieja Edad de Piedra.



Capítulo II

Los nativos de Pellucidar están dotados de un instinto del hogar que raya en lo milagroso, y creedme si os digo que les resulta verdaderamente necesario. Ningún hombre sería capaz de encontrar su camino en Pellucidar —si pretendiera ir más allá de cualquier localización que le fuese familiar— de no ser por este instinto. Lo comprenderéis perfectamente si visualizáis un mundo en el que un sol estacionario cuelga eternamente en su cénit, un mundo en el que no hay luna ni estrellas que guíen a los viajeros; un mundo en el que por esta razón no existe el norte, el sur, el este ni el oeste. Fue este instinto del hogar que poseen mis compañeros pellucidaros el que me condujo a las aventuras que me dispongo a contaros.

Cuando partimos de Sari en busca de von Horst seguimos diversas pistas que nos fueron llevando de un lugar a otro, de un país a otro, hasta que finalmente dimos con Lo-har y encontramos a nuestro hombre. Para regresar a Sari no nos era necesario desandar el errático camino que habíamos recorrido, así que decidimos seguir una línea tan recta como nos fuera posible, dando rodeos tan solo cuando los obstáculos naturales se hacían infranqueables.

Aquel era un nuevo mundo para todos los miembros de nuestra expedición, y, como de costumbre, encontré extremadamente emocionante posar mis ojos por primera vez en aquellos parajes vírgenes en los que quizá ningún otro ser humano los había posado con anterioridad. Aquello era aventura en su pináculo más elevado. Todo mi ser se sentía conmovido por el espíritu del pionero y del explorador.

A diferencia de mis primeras experiencias en Pellucidar, cuando Perry y yo vagábamos solos e indefensos a través de aquel indómito mundo de colosales bestias, espantosos reptiles y salvajes seres humanos, ahora iba acompañado por una partida de mis propios guerreros, armados con los rifles fabricados bajo la dirección de Perry en el arsenal que este había construido en Sari, junto a las costas del Lural Az. Ni siquiera el poderoso ryth, el monstruoso oso de las cavernas que antaño vagó por el mundo exterior, nos producía ningún temor. Tampoco los dinosaurios de mayor tamaño resultaban ser adversarios para nuestras balas.

Tras abandonar Lo-har, llevamos a cabo varias marchas y dormimos varias veces —lo que constituye la única manera en que se puede medir de forma aproximada el tiempo en Pellucidar— sin encontrar a un solo ser humano. La tierra por la que viajábamos era un paraíso poblado únicamente por bestias salvajes. Grandes manadas de antílopes, ciervos rojos y poderosos bos, vagaban a través de fértiles llanuras o se tendían a la fresca sombra de ajardinados bosques. Allí estaban también el gigantesco mamut y el enorme maj, el mastodonte; y, como es lógico, donde existe abundancia de carne también abundan los carnívoros: desde el tarag, el poderoso tigre de dientes de sable, al gran león de las cavernas y otros muchos tipos de dinosaurios carnívoros poblaban aquel territorio. Aquel era un paraíso ideal para los grandes cazadores. Pero allí solo eran las bestias las que cazaban a otras bestias. El hombre aún no había llegado para traer la discordia a aquellos idílicos parajes.

Aquellas bestias no nos mostraban ningún temor, aunque resultaban ser inusualmente curiosas. En ocasiones nos veíamos rodeados por un gran número de ellas, las suficientes para amenazar nuestra seguridad. Naturalmente, se trataba siempre de animales

herbívoros. Los devoradores de carne procuraban evitarnos al hallarse repletos sus estómagos; no obstante, los carnívoros son peligrosos en cualquier ocasión.

Tras cruzar aquellas enormes llanuras nos adentramos en una frondosa selva, más allá de la cual divisamos unas montañas en la lejanía. Dormimos un par de veces en aquella selva; después, salimos a un valle por el que discurría un caudaloso río que fluía desde la base de las montañas que habíamos visto.

El gran río discurría perezosamente ante nosotros en dirección a algún mar desconocido. Dado que nos era necesario atravesarlo, puse a mis hombres a construir balsas.

Los ríos pellucidaros, especialmente los ríos grandes y de perezosas corrientes, resultan extremadamente peligrosos de cruzar a causa de estar habitualmente poblados por temibles reptiles carnívoros largo tiempo atrás extinguidos en la corteza exterior. La mayoría suelen tener el tamaño suficiente como para hacer zozobrar fácilmente una balsa, por lo que nos vimos obligados a mantener una atenta vigilancia sobre las aguas mientras impulsábamos nuestras toscas embarcaciones hacia la orilla opuesta.

Ese fue el motivo de que no nos diéramos cuenta de la aproximación de varias canoas llenas de guerreros que venían río abajo desde el pie de las montañas. Uno de mis hombres las descubrió, dando la voz de alarma, cuando apenas se hallaban a un par de cientos de yardas de nosotros.

Tenía la esperanza de que resultaran ser amistosos, toda vez que no sentía deseo alguno de acabar con su vida, pues primitivamente armados como estaban, se hallaban indefensos ante nuestros rifles. Hice un gesto de paz, esperando ver alguna señal de reconocimiento por su parte; pero no hubo respuesta.

Se hallaban cada vez más cerca. Ahora podía verlos con cierta claridad. Se trataba de unos individuos rechonchos y fornidos de espesas barbas, una visión bastante singular en Pellucidar, donde la mayoría de las tribus de pura raza blanca no llevan barba.

Apenas estaban a unos cien pies de nosotros, con sus canoas muy próximas entre sí, cuando varios guerreros se pusieron de pie en la proa de las embarcaciones y abrieron fuego sobre nosotros.

He dicho «abrieron fuego» por la fuerza de la costumbre. En realidad, lo que hicieron fue arrojarnos una serie de pesados proyectiles con sus hondas. Algunos de mis hombres cayeron derribados. Inmediatamente, di la orden de disparar.

Pude ver, por su comportamiento, lo sorprendidos que se quedaron los barbudos guerreros ante el sonido y los efectos de nuestros rifles; diré, no obstante, en su favor que resultaron ser extremadamente valientes, puesto que, aunque el ruido y el humo debieron dejarles aterrorizados, no vacilaron en su ataque, sino que continuaron avanzando hacia nosotros, incluso más rápidamente que antes. Entonces, hicieron algo que nunca había visto con anterioridad en el mundo interior: encendieron unas antorchas, hechas de lo que más tarde descubrí que eran unas cañas resinosas, y las arrojaron sobre nosotros.

Aquellas antorchas desprendieron grandes masas de un humo negro y agrio que nos cegó y nos dejó asfixiados. Por el efecto que aquel humo tuvo en mí, supongo que debió producir el mismo sobre mis hombres. En lo que a mí respecta, cegado y sin poder respirar, quedé completamente indefenso. Al ser incapaz de ver a mis enemigos, ni siquiera pude disparar para defenderme. Quise saltar al río para escapar del humo, pero supe que si lo hacía sería inmediatamente devorado por las feroces criaturas que acechaban bajo su superficie.

Sentí que comenzaba a perder el conocimiento. Entonces unas manos me agarraron

y fui consciente de ser arrastrado hacia algún sitio. Justo en ese momento, la consciencia me abandonó.

Cuando recobré el sentido, me encontré atado y tendido en el fondo de una canoa, entre las velludas piernas de los guerreros que me habían capturado. Por encima de mí, muy cerca, a ambos lados de la canoa, pude ver unos rocosos acantilados. Comprendí que estábamos atravesando una estrecha garganta. Al intentar sentarme, uno de los barbudos guerreros me propinó una patada en el rostro que me envió de nuevo al fondo de la canoa.

Discutían sobre la batalla con fuertes y ásperas voces, gritándose de un extremo a otro de la embarcación, mientras, primero uno y luego otro, intentaban hacerse oír y expresar su particular teoría sobre las extrañas armas que disparaban humo y fuego con un ruido atronador y que producían la muerte desde tan gran distancia. Podía entenderles sin ninguna dificultad, ya que hablaban en el lenguaje que les es común a todos los seres humanos de Pellucidar, al menos hasta donde yo sé, pues nunca he oído otro distinto. El porqué todas las razas y tribus, no importa lo alejadas que estén entre sí, hablan este mismo lenguaje, me resulta desconocido. Siempre ha sido un misterio para Perry y para mí.

Perry sugiere que puede ser un lenguaje básico y primitivo que todos los pueblos que viven en un mismo entorno, y con idénticos problemas y circunstancias, desarrollan para expresar sus pensamientos. Es posible que tenga razón, no lo sé; pero es una explicación tan buena como cualquier otra.

Mis captores continuaron discutiendo sobre nuestras armas, sin llegar a ninguna conclusión, hasta que finalmente el guerrero que me había golpeado, dijo:

—El prisionero ha recobrado el sentido. Él podrá decirnos cómo hacen esos palos que escupen humo y fuego y matan guerreros a tanta distancia.

—Le obligaremos a que nos revele su secreto —dijo otro—. Entonces podremos acabar con todos los guerreros de Gef y Julok y arrebatarles sus hombres.

Me quedé un poco sorprendido ante tal comentario. No entendía cómo si mataban a todos los guerreros enemigos se iban a quedar con sus hombres. Entonces, al observar más detenidamente a mis barbudos y velludos captores, la extraña y asombrosa verdad se desveló repentinamente ante mis ojos. Aquellos guerreros no eran hombres. Eran mujeres.

—¿Quién quiere más hombres? —señaló otra—. Yo desde luego no. Los que tengo me dan ya bastantes problemas. Son chismosos, chillones y nunca hacen bien su trabajo. Después de un duro día de caza y de lucha, me paso todo el rato pegándoles cuando llego a casa.

—Tu problema, Rhump —dijo una tercera—, es que eres demasiado blanda con tus hombres. Les dejas hacer lo que quieren.

Rhump era la dama que me había propinado una patada en la cara. Es posible que fuera una criatura de buen corazón, pero no me había causado esa impresión en mi breve contacto con ella. Tenía unas piernas parecidas a las de un jugador de fútbol y unos brazos propios de un artillero. No podía imaginármela dejando que alguien hiciera lo que quisiera a causa de su buen corazón.

—Lo único que puedo decir al respecto, Fooge —contestó—, es que si yo tuviera una pandilla de alfeñiques como la que tú tienes, seguramente tendría menos problemas. La diferencia contigo es que a mí me gusta que mis hombres tengan un poco de carácter.

—¡No te metas con mis hombres! —rugió colérica Fooge, lanzando un golpe con su remo a la cabeza de Rhump.

Rhump logró esquivarlo, e, incorporándose, alcanzó su honda. En ese instante, una voz estentórea se dejó oír desde la proa de la canoa.

—¡Sentaos y callaos!

Al mirar en la dirección de la que procedía la voz, me encontré con una auténtica bestia de enmarañada barba negra y ojos semicerrados. Una sola mirada bastaba para explicar por qué había cesado tan rápidamente la discusión y Fooge y Rhump volvían a sus asientos. Aquella era Gluck, el jefe de la tribu, y podía imaginarme sin ningún problema que había ganado su posición gracias a sus hazañas.

Gluck posó sus sanguinolentos ojos en mí.

—¿Cómo te llamas? —Mugió.

—David —contesté.

—¿De dónde procedes?

—De Sari.

—¿Cómo hacéis esos palos que matan con humo y un ruido tan fuerte? —preguntó.

Por lo que había alcanzado a oír en la conversación anterior, sabía que aquella pregunta me iba a ser realizada en cualquier momento. Ya tenía pensada una respuesta, pues era perfectamente consciente de que aquellas mujeres jamás entenderían una explicación científica de lo que eran los rifles y la pólvora.

—Se hacen con una magia conocida solo por los hombres de Sari —respondí.

—Dale tu remo, Rhump —ordenó Gluck.

Al entregarme el remo, pensé que su intención era que les ayudase a impulsar la canoa; pero no era eso lo que Gluck tenía en mente.

—Ahora usa tu magia para que ese palo haga humo y ruido —dijo—. Pero procura por tu bien que no mate a nadie.

—Esta clase de madera no me sirve —respondí, devolviéndole el remo a Rhump—. No puedo hacer nada con ella.

—¿Qué clase de madera necesitas? —preguntó.

—Un tipo de caña muy fuerte y resistente que solo crece en Sari —contesté.

—Me parece que estás mintiendo. Cuando lleguemos a Oog, más te vale que encuentres alguna de esas cañas si sabes lo que te conviene.

Mientras remaban a través de la estrecha garganta continuaron discutiendo sobre mí. He de decir que no se mostraron muy reservadas en sus comentarios. El consenso general parecía ser que yo era demasiado femenino para su ideal de lo que debía ser un hombre.

—¡Mira que brazos y que piernas tiene! —comentó Fooge—. Está tan musculado como una mujer.

—No tiene ningún atractivo —dijo Rhump.

—Le pondremos a trabajar con los demás esclavos —señaló Gluck—. Tal vez incluso pueda ayudarnos a luchar si el poblado es atacado.

Fooge asintió.

—No creo que valga para otra cosa —dijo.

En ese momento salimos de la garganta a un inmenso valle en el que se podían ver grandes bosques y abiertas llanuras. En la orilla derecha del río había un poblado. Aquel era Oog, nuestro destino, el poblado del que Gluck era jefe.



Capítulo III

Oog era una aldea bastante primitiva. Las paredes de sus chozas estaban hechas de unas cañas parecidas al bambú, asentadas en el suelo y entrelazadas con unas largas y resistentes hierbas. Los tejados consistían en varias capas de grandes hojas. La choza de Gluck se hallaba en el centro del poblado. Era más grande que el resto y aparecía rodeada por las demás en un tosco círculo. No había empalizadas ni ningún otro medio defensivo. Al igual que su poblado, aquella gente era extremadamente primitiva; su cultura se hallaba en un estadio muy bajo. Fabricaban unas vasijas de arcilla que no ostentaban ningún tipo de decoración y trenzaban unas cestas muy sencillas. Su mejor industria radicaba precisamente en la construcción de sus canoas, aunque incluso estas resultaban bastante toscas. Sus hondas también eran bastante convencionales. Poseían también unas cuantas hachas y cuchillos a los que consideraban auténticos tesoros. Al no verles fabricar ningún tipo de arma mientras permanecí entre ellas, llegué a la conclusión de que las que tenían debían habérselas arrebatado a los prisioneros que habían capturado en el exterior del valle. Las bombas de humo eran evidentemente de su invención, puesto que nunca las había visto en ningún otro lugar. Con todo, no pude evitar preguntarme cuánto mejor lo hubiera hecho yo con los medios a su disposición.

Perry y yo solemos discutir a menudo la indefensión en que se encuentra el hombre del siglo XX cuando es abandonado a sus propios recursos. Nosotros apretamos un interruptor y disponemos de luz sin necesidad de tener que pensar en nada más, pero ¿cuántos de nosotros seríamos capaces de construir un generador eléctrico? Viajamos en nuestros trenes como si fuera una cosa rutinaria, pero ¿cuántos de nosotros podríamos construir una máquina de vapor? ¿Cuántos de nosotros podemos fabricar papel, tinta o las miles de cosas rutinarias que usamos todos los días? ¿Seríais vosotros capaces de refinar metales o incluso de reconocer alguno si lo encontraseis? ¿Podríais hacer un cuchillo de piedra sin más herramientas a vuestra disposición que las que poseían los hombres de la Edad de Piedra, esto es, vuestras propias manos y otras piedras?

No deberíais mirar con condescendencia a los hombres de la Edad de Piedra, porque su cultura, en comparación con lo que les ha precedido, es mayor que la vuestra. Considerad, por ejemplo, qué maravilloso genio científico debió ser el hombre que por primera vez concibió la idea, llevándola después con éxito a la práctica, de encender fuego con medios artificiales. Aquel ser anónimo de una era olvidada fue más grande que el propio Edison.

Cuando nuestra canoa se aproximó a la orilla frente a la que se situaba el poblado, me desataron. Nada más tocar la orilla fui bruscamente arrastrado tierra adentro. Varias guerreras se acercaron a saludarnos. Tras ellas se agolparon los hombres y los niños; todos parecían sentir bastante temor de las arrogantes mujeres guerreras.

Apenas desperté una ligera curiosidad. Las mujeres que aún no me habían visto hasta entonces me miraron de modo despectivo.

—¿De quién es este? —preguntó una—. No parece demasiado premio para toda una expedición.

—Es mío —respondió Gluck—. Sé que sabe luchar porque le he visto hacerlo y debe ser tan capaz de trabajar como cualquier mujer. Parece bastante fuerte.

—Puedes quedártelo —dijo otra—. Yo no le daría un lecho en mi choza.

Gluck se volvió hacia uno de los hombres.

—¡Glula! —llamó—. Ven y hazte cargo de él. Se llama David. Trabajaré en los campos. Cuida de que tenga comida y de que trabaje.

Un pequeño hombrecillo afeminado y sin vello se adelantó.

—Así será, Gluck —dijo con voz aflautada—. Me encargaré de que trabaje.

Seguí a Glula al interior del poblado. Al pasar entre los demás hombres y los niños, tres de los primeros y otros tres de los segundos nos siguieron, todos ellos mirándome con desprecio.

—Estos son Rumla, Foola y Geela —dijo Glula—, y estos son los hijos de Gluck.

—No pareces un hombre —me dijo Rumla—, aunque tampoco lo parecen ninguno de los otros que hemos capturado fuera del valle. Debe ser un mundo extraño ese de ahí afuera, donde los hombres parecen mujeres y las mujeres hombres. No obstante, debe ser maravilloso ser más alto y más fuerte que tu mujer.

—Sí —repuso Geela—. Si yo fuera más grande y más fuerte que Gluck, le daría una paliza cada vez que la viera.

—Yo también lo haría —dijo Glula—. Me gustaría poder matar a esa bestia.

—No parecéis muy contentos con Gluck —comenté.

—¿Has visto alguna vez un hombre que esté contento con su mujer? —inquirió Foola—. Todos odiamos a esas bestias.

—¿Y entonces por qué no hacéis algo? —pregunté.

—¿Y qué podemos hacer? —me preguntó a su vez—. ¿Qué pueden hacer unos pobres hombres contra ellas? Nos pegan hasta cuando les respondemos.

Me llevaron hasta la choza de Gluck. Glula me indicó un sitio junto a la puerta.

—Puedes hacer tu cama ahí —me dijo.

Al parecer, consideraban que los mejores sitios se hallaban en el otro extremo de la choza, lejos de la puerta. La razón, como descubrí más tarde, era que todos los hombres tenían miedo de dormir cerca de la entrada por temor a que incursos enemigos pudieran atacar el poblado mientras dormían y los secuestrasen. Eran conscientes de que en Oog se encontraban todos sus problemas y tribulaciones, pero no creían que fueran a hallarse mejor en Gef o en Julok, las otras dos aldeas del valle, las cuales, junto con Oog, siempre estaban en guerra entre sí, atacándose en busca de hombres y esclavos.

Las camas consistían en simples montones de hierba. Glula se acercó y me ayudó a recoger la suficiente para hacerme un lecho. Luego me llevó fuera del poblado y me mostró las tierras de cultivo de Gluck. Otro hombre se encontraba trabajando en ellas. Era un individuo bien parecido, evidentemente un prisionero del exterior del valle. Se dedicaba a trabajar la tierra con un afilado palo. Glula me entregó otra herramienta similar y me puso a trabajar a su lado. Después regresó al poblado.

Cuando se hubo marchado, mi compañero se volvió hacia mí.

—Me llamo Zor —dijo.

—Yo soy David —contesté—. Soy de Sari.

—Sari; he oído hablar de ese país. Se encuentra cerca del Lural Az. Yo soy de Zoram.

—Yo también he oído hablar mucho de Zoram —repliqué—. Está en las Montañas de Thipdars.

—¿A quién has oído hablar de Zoram? —preguntó.

—A Jana, la Flor Roja de Zoram —contesté—. Y también a su hermano, Thoar.

—Thoar es amigo mío —dijo Zor—. Jana se marchó a otro mundo con su

compañero.

—¿Has dormido muchas veces aquí? —pregunté.

—Sí, muchas veces —contestó.

—¿No hay modo de escapar?

—Nos vigilan constantemente. Siempre hay centinelas alrededor del poblado, pues nunca se sabe cuándo puede venir un ataque. Esas centinelas se encargan también de vigilarnos.

—Con centinelas o sin ellas, no pienso pasarme aquí el resto de mi vida —dije—. En algún momento se me presentará una oportunidad de escapar.

Zor se encogió de hombros.

—Es posible —dijo—; pero lo dudo. De todos modos, si esa oportunidad se presenta, me escaparé contigo.

—Bien. Estaremos atentos por si acaso. Tendremos que permanecer juntos tanto como nos sea posible; procuraremos dormir al mismo tiempo, a fin de coincidir cuando estemos despiertos. ¿A qué mujer perteneces?

—A Rhump. Es una jalok como no te puedes imaginar. ¿Y tú?

—A Gluck.

—Eso es peor. Mantente tan lejos de su choza como te sea posible mientras ella esté dentro. Duerme cuando esté fuera, de caza o en algún ataque. Parece pensar que los esclavos no necesitan dormir. Si alguna vez te encuentra durmiendo, te dará la paliza de tu vida.

—Menuda dulzura —comenté con ironía.

—Todas son igual de dulces —repuso Zor—. No tienen ninguna de las sensibilidades que les son naturales a las mujeres. Solo poseen los instintos de los más bajos y brutales tipos de hombres.

—¿Y los hombres? —pregunté.

—Son gente bastante decente, pero temen por sus vidas. Antes de que lleves mucho tiempo aquí te darás cuenta de lo que quiero decir.

No habíamos dejado de trabajar mientras hablábamos, ya que los ojos de las centinelas estaban constantemente encima de nosotros. Se hallaban apostadas alrededor de todo el poblado, de modo que ninguna parte de él quedase expuesta a un ataque por sorpresa y, al mismo tiempo, todos los esclavos estuviesen permanentemente bajo vigilancia mientras trabajaban en los campos. Aquellas mujeres guerreras eran unos crueles capataces que no permitían ninguna relajación en la dura tarea de labrar la tierra y quitar hierbajos. Si un esclavo deseaba ir a la choza de su ama a dormir, debía obtener antes permiso de las centinelas, y con más frecuencia que al contrario le era denegado.

No sé cuánto tiempo trabajé en los campos de Gluck. No se me permitía dormir lo suficiente, por lo que casi siempre estaba rendido de cansancio. La comida era pobre y nauseabunda, y las raciones de los esclavos nunca resultaban demasiado abundantes.

Medio muerto de hambre, en una ocasión cogí un tubérculo que había desenterrado del suelo. Volviéndome de espaldas a la más cercana de las centinelas, empecé a comérmelo. A pesar de mis esfuerzos por ocultar lo que estaba haciendo, la mujer me vio y avanzó pesadamente hacia mí. Tras arrebatarme el tubérculo, se lo introdujo en su enorme boca; luego me lanzó un puñetazo que me habría dejado sin sentido si me hubiera acertado. Pero no lo hizo. Logré esquivarlo a tiempo. Aquello la enfureció y me lanzó un nuevo golpe. Una vez más falló, y, en esta ocasión, su rostro se puso lívido de rabia y empezó a aullar como un apache, dedicándome los insultos más viles que se podían proferir en

Pellucidar.

Hacía tanto ruido que inevitablemente llamó la atención del resto de centinelas y mujeres del poblado. De repente, extrajo su cuchillo de hueso y se precipitó hacia mí con la muerte brillando en su mirada. Hasta entonces únicamente me había limitado a evitar sus golpes, puesto que Zor me había informado de que atacar a una de aquellas mujeres significaba una muerte segura. Sin embargo, ahora la situación había cambiado. Aquella mujer intentaba matarme y no me quedaba más remedio que hacer algo al respecto.

Como la mayoría de aquellas mujeres, era torpe, lenta y musculosa, telegrafando cada golpe que pretendía dirigirme. No tuve, por tanto, ningún problema para esquivar sus ataques; pero en esta ocasión no tenía intención de dejar que se fuera tan tranquila. Por el contrario, proyecté mi derecha a su mandíbula con todo lo que tenía dentro. La mujer se fue al suelo tan fría como un carámbano.

—Será mejor que eches a correr —me susurró Zor—. No creo que consigas escapar, pero al menos tienes que intentarlo. Si te quedas aquí estás perdido.

Miré rápidamente a mi alrededor en orden a juzgar cuáles eran mis posibilidades de escapar. No tenía ninguna. Todas las mujeres del poblado corrían hacia mí. Podían abatirme con sus hondas mucho antes de que lograra ponerme fuera de su alcance. En consecuencia, decidí quedarme inmóvil mientras avanzaban hacia donde me encontraba. Al distinguir a Gluck al frente, me di cuenta de que mis perspectivas eran bastante sombrías.

La mujer a la que había derribado comenzaba a recuperar la consciencia y a ponerse en pie, todavía un poco groggy. Gluck se detuvo ante nosotros y exigió una explicación.

—Me estaba comiendo un tubérculo cuando esta mujer vino, me lo quitó e intentó golpearme —le expliqué—. Al esquivar sus golpes, perdió el control y quiso matarme.

Gluck se volvió hacia la mujer que había derribado.

—¿Es verdad que has intentado pegar a uno de mis hombres? —preguntó.

—Robó comida —respondió la mujer.

—Me da igual lo que hizo —gruñó Gluck—. Nadie golpea a uno de mis hombres y se va tan tranquila. Cuando quiera castigarles, lo haré yo misma. Quizás esto te enseñe a dejar en paz a mis hombres.

Sin más palabras, alzó su puño y derribó a la mujer de un solo puñetazo; luego se aproximó a ella y comenzó a propinarle patadas en el rostro y en el estómago.

La mujer, cuyo nombre era Gung, consiguió agarrar uno de los pies de Gluck y la hizo caer. A continuación, se entabló una de las peleas más brutales de las que jamás he sido testigo. Se golpearon, patearon, arañaron, desgarraron y mordieron la una a la otra como dos furias. Semejante brutalidad me puso enfermo. Si aquellas bestias eran el resultado de sacar a las mujeres de su situación de inferioridad y elevarlas a un nivel de igualdad con los hombres, creo que lo mejor será, tanto para ellas como para el mundo, que las cosas sigan como están. Uno de los dos sexos debe gobernar sobre el otro, y los hombres están mejor hechos temperamentalmente para ese trabajo que las mujeres. Ciertamente, si el tener pleno poder sobre los hombres había dado como resultado semejante rebaja y brutalización de las mujeres, mejor es que procuremos que siempre permanezcan subordinadas al hombre, cuya soberanía es, más a menudo que al contrario, atemperada por la caballerosidad y la simpatía.

La batalla continuó durante algún tiempo, primero con una de ellas encima de la otra y luego a la inversa. Gung sabía desde el primer momento que se trataba de su vida o la de Gluck, así que se entregó a la pelea con toda la furia de una bestia acorralada.

No voy a seguir describiendo aquel desagradable espectáculo. Baste decir que Gung

nunca tuvo en realidad una oportunidad contra la poderosa y brutal Gluck. Poco tiempo después, yacía sin vida.

Gluck, tras asegurarse de que su antagonista estaba muerta, se levantó del suelo y se encaró a mí.

—Tú has sido el responsable de esto —dijo—. Gung era una buena guerrera y una excelente cazadora. Ahora está muerta. Ningún hombre vale eso. Debería haber dejado que te matase, pero voy a poner remedio a ese error.

Se volvió hacia Zor.

—Tráeme unos garrotes, esclavo —le ordenó.

—¿Qué es lo que te propones? —pregunté.

—Voy a apalearte hasta morir.

—Eres estúpida, Gluck —repliqué—. Si tuvieras un poco de cerebro, te darías cuenta de que lo que ha sucedido es culpa tuya. No dejas que tus esclavos duerman lo suficiente; les haces trabajar demasiado y los tienes medio muertos de hambre. Y encima te atreves a pensar que deben ser castigados o asesinados porque roban comida o luchan para defenderse. Déjales dormir y dales más comida. Verás como así trabajan a tu gusto.

—Lo que tú pienses no va a tener mucha importancia después que acabe contigo —gruñó Gluck.

Zor regresó enseguida con varios garrotes, de entre los cuales Gluck seleccionó el más grande y empezó a avanzar hacia mí. Posiblemente no sea ningún Sansón, pero tampoco me considero un alfeñique, y debo decir, sin vanagloriarme, que nadie sobrevive durante treinta y seis años a los peligros y vicisitudes de la Edad de Piedra sin ser capaz de cuidar de sí mismo bajo cualquier circunstancia. Mi activa vida en este mundo ha desarrollado un físico que ya estaba cerca de su cumbre cuando abandoné el mundo exterior; además, había traído conmigo unos cuantos trucos de los que nunca habían oído hablar los hombres de la Edad de Piedra, y mucho menos las mujeres. Así, cuando Gluck se abalanzó sobre mí, esquivé su primer golpe y, agarrando con ambas manos una de sus muñecas, me giré rápidamente y la lancé por encima de mi cabeza. A pesar de caer pesadamente sobre uno de sus hombros, se levantó de inmediato y volvió a por mí. Estaba tan furiosa que prácticamente echaba espumarajos por la boca.

Al derribarla, había dejado caer el garrote con el que pretendía golpearme. Agachándome, lo recogí. Antes de que pudiera alcanzarme, le lancé un golpe terrorífico que le acertó en pleno cráneo. Gluck se fue al suelo completamente fuera de combate.

Las otras mujeres guerreras me miraron asombradas durante un instante; luego, una de ellas avanzó hacia mí y varias más la siguieron. No necesité la evidencia de los insultos que me estaban profiriendo para saber que estaban bastante furiosas y darme cuenta de que mis probabilidades eran escasas; de hecho, resultaban nulas contra un número tan abrumador de enemigos. Me vi obligado a pensar con rapidez.

—Un momento —dije retrocediendo—. Ya habéis visto lo que hace Gluck con las mujeres que abusan de sus hombres. Si sabéis lo que os conviene, será mejor que esperéis a que recobre el sentido.

Aquel improvisado parlamento les hizo vacilar, y, enseguida, volvieron su atención hacia Gluck. Se hallaba tan inmóvil que no estaba muy seguro de si la había matado o no; sin embargo, en breve comenzó a moverse y un rato después se incorporó. Miró confusa a su alrededor durante unos instantes y luego posó sus ojos en mí. Al verme, pareció recordar lo que acababa de ocurrir. Se puso lentamente en pie y se enfrentó a mí. Permanecí frente a ella, a la espera, sin soltar el garrote. Todas las miradas permanecían fijas en nosotros, pero

nadie se movió ni dijo nada. Por fin, Gluck rompió el silencio.

—Deberías haber sido una mujer —dijo; luego, dándose media vuelta, comenzó a andar hacia el poblado.

—¿No vas a matarle? —exigió Fooge.

—Ya he matado a una buena guerrera —respondió Gluck—. No voy a matar a otro guerrero que es mejor. Cuando haya que luchar, lucharé junto a las mujeres.

Tras su marcha, Zor y yo reanudamos nuestro trabajo en los campos. Poco después, los hombres de Gung vinieron y arrastraron su cadáver hasta el río, arrojándolo a él. Los entierros son bastante sencillos en Oog y los funerales no resultan ostentosos. Los propietarios de pompas fúnebres y las floristerías se morirían de hambre en Oog.

Todo fue bastante práctico. No hubo histerias. Los padres de sus hijos simplemente la arrastraron de sus velludas piernas, riendo, chismorreando y haciendo bromas groseras.

—Esta debe ser la forma más triste y lamentable en que un ser humano puede irse de este mundo —le comenté a Zor—. Sin nadie que le llore en su tumba.

—Tú también te irás río abajo dentro de poco —repuso este—. No obstante, yo sí te prometo que tendrás a alguien que llore tu muerte.

—¿Qué te hace pensar que yo también seguiré ese camino en breve?

—Gluck aún no ha terminado contigo —respondió.

—Yo no lo creo así. Me parece que Gluck es una buena deportista y ha aceptado bien su derrota.

—De buena deportista, nada —se burló—. Te habría matado en cuanto recobró el sentido si no te hubiese tenido miedo. Es una matona, y, como todos los matones, una cobarde. A la primera ocasión que tenga, cuando estés dormido, se arrastrará hacia tí y te romperá la cabeza.

—Sabes contar unas buenas historias para dormir, Zor —dije.



Capítulo IV

Durante algún tiempo, el principal tópico de conversación entre Zor y yo consistió en mi enfrentamiento con Gluck y sus profecías acerca de mi muerte —de hecho, según él, yo era un cadáver andante—. Sin embargo, después de que hubiéramos dormido un par de veces y de que nada me hubiera ocurrido, derivamos hacia otros asuntos. Zor me contó cómo había llegado tan lejos de Zoram y cómo había llegado a ser capturado por las mujeres guerreras de Oog.

Zor, al parecer, había estado muy enamorado de una muchacha de Zoram, que en una ocasión se había alejado mucho del poblado y había sido capturada por una partida de merodeadores procedentes de otro país.

Zor partió inmediatamente tras el rastro de los secuestradores. Este le llevó a través de muchas y extrañas tierras en lo que estimó fueron más de cien sueños.

Naturalmente, era imposible saber lo lejos que había viajado, aunque debió cubrir una distancia enorme, quizá de dos o tres mil millas. Sin embargo, nunca llegó a alcanzar a los secuestradores de la joven. Finalmente, cayó en poder de una extraña tribu que vivía en un enorme poblado rodeado por una empalizada en el corazón de una gran selva.

—Permanecí allí durante muchos sueños —dijo—. Mi vida estuvo en constante peligro, ya que siempre me amenazaban con matarme cuando llegase alguien a quien llamaban Ogar. De repente, sin ninguna razón aparente, me convertí en un invitado honorable en lugar de continuar siendo un prisionero. No me dieron ninguna explicación al respecto. Me permitieron ir y venir de un lado a otro a mi antojo, y, como es lógico, aproveché la primera oportunidad que tuve para escaparme. Había más poblados de aquellos jukans en esa selva, así que no quise continuar avanzando en esa dirección por temor a volver a ser capturado por sus habitantes. Decidí por tanto salir del valle y dar un amplio rodeo, pero tras descender de las montañas hasta este otro lado, fui apresado por las mujeres guerreras de Oog.

—¿Dónde se encuentra ese valle? —pregunté.

—Por allí —respondió, señalándome unas montañas cubiertas de nieve que bordeaban uno de los lados del valle.

—Me parece que esa es la dirección que tengo que seguir para llegar a Sari —comenté.

—¿Te parece? —inquirió—. ¿Es que no lo sabes?

Negué con la cabeza.

—No tengo ese peculiar instinto que poseen todos los pellucidaros y que inevitablemente les guía hasta sus hogares.

—Lo que dices es extraño —dijo—. No puedo imaginarme a nadie que no sea capaz de ir directamente hacia su pueblo, no importa lo lejos que esté.

—Bueno, verás, yo no soy de Pellucidar —le expliqué—. No tengo ese instinto.

—¿Que no eres de Pellucidar? —exclamó—. No hay nadie que no sea de Pellucidar.

—Aunque no hayas oído hablar de ellos, Zor, hay otros mundos además de Pellucidar. Yo procedo de uno de esos mundos. Se encuentra bajo nuestros pies, tal vez a unos veinte sueños de distancia.

Zor movió la cabeza.

—No serás por casualidad uno de esos jukans, ¿verdad? Ellos también tienen unas ideas bastante peculiares sobre las cosas.

—No, no soy un jukan —le aseguré riendo. A continuación, intenté explicarle la noción del otro mundo situado en la corteza exterior, pero, naturalmente, se hallaba más allá de sus facultades de comprensión.

—Siempre he creído que eras de Sari —dijo.

—Y ahora lo soy. Es mi país de adopción.

—Había una muchacha de Sari entre los jukans —dijo—. No estaba prisionera en el mismo poblado que yo, sino en otro poblado cercano. Les oí hablar varias veces de ella. Algunos decían que la iban a matar para agradar a Ogar. Siempre hacen cosas para agradar a ese Ogar; le tienen un miedo espantoso. Después oí que la iban a hacer su reina. Los jukans siempre están cambiando de opinión.

—¿Cómo se llamaba esa muchacha? —pregunté.

—De eso no me enteré —contestó—. Solo oí que era muy bella. Probablemente a estas alturas esté muerta, aunque nunca se puede estar seguro con los jukans. Lo mismo pueden haberla hecho su reina, que haberla matado o, incluso, haberla dejado escapar.

—Ya que estamos —repuse—, ¿en qué dirección se encuentra Sari? La verdad es que no estoy muy seguro.

—Estabas en lo cierto. Si alguna vez consigues escapar, lo que no creo que hagas, tendrás que atravesar esas montañas y adentrarte en el Valle de los Jukans, con lo que te encontrarás en la misma situación en la que estás ahora. Si yo consigo escapar, también tendré que ir por ese mismo camino para seguir el rastro de la gente que se llevó a Rana.

—Entonces iremos juntos —dije.

Zor sonrió.

—Cuando algo se te mete en la cabeza no desistes de ello, ¿verdad?

—Ten por seguro que no voy a abandonar la idea de escapar —le respondí.

—Bueno, es una perspectiva agradable en la que pensar, pero bastante lejana mientras tengamos a esas barbudas jaloks vigilándonos a cada instante.

—Ya se nos presentará alguna oportunidad —dije.

—¡Sí, pero mientras tanto mira lo que se acerca por allí! —exclamó Zor, señalando hacia lo alto del valle.

Al mirar en la dirección indicada, una extraña visión se apareció ante mis ojos. A pesar de la distancia que nos separaba, pude distinguir a unas gigantescas aves sobre las que cabalgaban unos seres humanos.

—¡Son las juloks! —gritó Zor, al tiempo que ponía sobre aviso a una de las centinelas, advirtiéndole de lo que ocurría. Al instante se dio la voz de la alarma y las mujeres guerreras comenzaron a surgir de todos los puntos del poblado. Llevaban con ellas sus cuchillos, hondas y los manojos de cañas con que producían sus mortíferas pantallas de humo. Aproximadamente, una de cada diez guerreras llevaba consigo una antorcha con la que las demás podían encender las cañas.

Cuando Gluck apareció frente a nosotros, nos entregó un cuchillo, una honda y un manojo de cañas, diciéndonos que nos uniéramos a las mujeres en la defensa del poblado.

Avanzamos en lo que se puede describir como una línea de guerrilla para hacer frente al enemigo, que ahora se hallaba lo bastante cerca como para poder distinguirlo con claridad. Se trataba de mujeres, fornidas y con enmarañadas barbas, como las del poblado de Oog. Sus monturas eran dyals, las enormes aves que tanto se asemejan al phororhacos, el gigante patagonio del Mioceno cuyos restos se han encontrado en la corteza exterior.

Tendrían unos siete u ocho pies de altura y sus cabezas eran de mayor tamaño que la de un caballo, con cuellos aproximadamente del mismo grosor. Sus largas y poderosas patas terminaban en tres engarfiados dedos cuyas garras tenían fuerza suficiente para destrozar un buey. Sus grandes y poderosos picos hubieran supuesto un duro adversario para cualquiera de los más terribles mamíferos y dinosaurios carnívoros del mundo interior. Al poseer tan solo unas rudimentarias alas eran incapaces de volar, pero sus largas patas les permitían cubrir el terreno a una velocidad asombrosa.

Solo había unas veinte mujeres guerreras julok. Al principio, se aproximaron con lentitud hacia nosotros; luego, cuando se hallaron a unos pocos cientos de yardas de nuestra posición, cargaron. Inmediatamente, las mujeres de Oog encendieron sus antorchas y procedieron a lanzar sus mortíferas pantallas de humo contra sus adversarias, disparando a continuación una andanada de proyectiles con sus hondas. No lanzaron todos los manojos de cañas de que disponían, sino que mantuvieron bastantes en la reserva, mientras el enemigo se acercaba cada vez más hacia el cegador humo. En un instante, estuvieron encima de nosotros. Las mujeres de Oog luchaban como furias, sin ningún temor y con salvaje abandono. A pesar del estrecho espacio del que disponían, saltaban sobre sus enemigos intentando acuchillar a los dyals o desmontar a sus jinetes de sus lomos.

El humo, por supuesto, era tan nocivo para nosotros como para el enemigo. Medio asfixiado y sin dejar de toser, pronto me vi inútil. Zor luchaba a mi lado, pero ninguno de los dos era de mucha ayuda para nuestra causa al no tener demasiada experiencia en el manejo de las hondas.

De repente, a través del asfixiante humo, apareció un dyal sin jinete. La cuerda de cuero que hacía las veces de brida se balanceaba en el suelo. En ese instante, una inspiración vino a mí y me apoderé de las abandonadas riendas de la prehistórica ave.

—¡Rápido! —grité a Zor—. Esta es la oportunidad que hemos estado esperando. ¡Sube a esta cosa!

Sin un instante de vacilación, y con mi ayuda, se encaramó al lomo de la enorme ave. Luego me echó una mano para subir tras él.

No sabíamos nada de cómo gobernar a aquella criatura, pero tiramos de su cabeza en la dirección en que deseábamos ir y pateamos sus lomos con nuestros pies. Lentamente al principio, comenzó a avanzar a través del humo; sin embargo, cuando llegamos a una zona con mayor visibilidad y vio la oportunidad de huir del asfixiante humo, puso pies en polvorosa como un asustado conejo. Zor y yo apenas podíamos mantenernos en nuestro asiento.

Nos dirigimos directamente hacia las montañas, al otro lado de las cuales se encontraba el país de los jukans. No sentíamos mucho temor de que nuestra fuga fuera descubierta hasta que la batalla hubiese concluido y el humo se hubiera despejado.

Aquella cabalgada fue digna de recordar. Nada excepto otro dyal o un tren expreso nos hubiera podido alcanzar. La criatura estaba aterrorizada y era veloz como un rayo. A pesar de todo, todavía éramos capaces de guiarla en la dirección en que deseábamos ir. Al llegar al pie de las montañas estaba agotada y se vio obligada a aminorar el paso, avanzando a partir de entonces a un trote más decoroso hacia las elevadas cumbres. ¡Y en verdad eran elevadas! Picos cubiertos de nieve se alzaban ante nosotros, una extraña visión para Pellucidar.

—Esta es una forma ideal de cubrir las distancias —le dije a Zor—. Nunca antes había viajado a tal velocidad en Pellucidar. Hemos sido verdaderamente afortunados de capturar este dyal. Espero que podamos encontrar comida para él.

—Si tenemos alguna duda a ese respecto, el dyal se ocupará de resolverla por su cuenta —repuso Zor.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A que nos utilizará como comida.

Lo cierto es que no nos devoró, pero tampoco pudimos retenerlo mucho más tiempo. Tan pronto como alcanzamos la nieve, rehusó seguir adelante. Su actitud se volvió tan beligerante que nos vimos obligados a soltarlo.



Capítulo V

El clima de Pellucidar es casi siempre eternamente primaveral. Por este motivo, la indumentaria de sus habitantes es más bien escasa, consistiendo rara vez en algo más que un taparrabos y unas sandalias. La atmósfera en su superficie es ligeramente más densa que la del mundo exterior a causa de la fuerza centrífuga del planeta. Sin embargo, por la misma razón, es mucho más fresca que en el exterior del globo, resultando ser extremadamente fría en las alturas de las montañas más elevadas. Por tanto, como os podéis imaginar, Zor y yo no nos demoramos mucho tiempo en aquellas nevadas cumbres.

Cruzamos las montañas por el mismo paso por el que Zor había venido desde el Valle de los Jukans, a fin de no vernos retrasados por la necesidad de buscar un nuevo camino. El sol caía sobre nosotros desde un cielo sin nubes, pero el frío era intenso y a causa de nuestra desnudez puedo aseguraros que no habríamos sobrevivido mucho tiempo. Fue con un sentimiento de alivio con el que atravesamos la divisoria y comenzamos a descender al otro lado de aquellas montañas. Ambos nos hallábamos entumecidos cuando alcanzamos los niveles más cálidos.

El sendero que seguíamos había sido hecho por las bestias que cruzaban de un valle a otro. Tuvimos suerte de no toparnos con ninguna bestia carnívora mientras nos encontrábamos tan lejos de los límites de la vegetación, si bien no tardamos mucho en llegar al santuario ofrecido por los árboles, donde ya era factible encontrar cobijo ante posibles ataques. Nuestras armas hubieran resultado completamente inútiles en caso de haber necesitado de ellas, pues un cuchillo de piedra no supone mucha protección contra un oso de las cavernas, el poderoso ryth del mundo interior, una bestia que alcanza los ocho pies a la altura de sus hombros y más de doce pies de longitud total; una perfecta réplica del *ursus spelaeus* que vagaba por la corteza exterior en los tiempos del hombre del Paleolítico. Nuestras hondas tampoco eran de mucha mayor utilidad al no estar acostumbrados a su manejo.

Tal vez podáis imaginaros lo indefenso que se siente uno medio desnudo y prácticamente desarmado en aquel salvaje mundo. A menudo me maravillo de que el hombre haya logrado sobrevivir, no solo aquí, en Pellucidar, sino también en el mundo exterior, estando tan pobremente equipado por la naturaleza para atacar y para defenderse. Se dice que el entorno tiene mucho que ver con la evolución de las especies, así que siempre me ha parecido extraño, si esto es verdad, que el hombre no sea tan veloz como el antílope, pues en el entorno en el que durante eras vivió, debió pasar gran parte de sus horas de vigilia huyendo de algo, seguramente de enormes bestias a las que ni siquiera la imaginación más descabellada puede suponer que hacía frente y derrotaba tan solo con sus manos desnudas o armado con un simple cuchillo de piedra y un garrote. Personalmente, opino que la raza humana debió desarrollarse en un territorio arbóreo, en el que siempre había árboles a mano ofreciendo una posible vía de escape frente a las terribles criaturas que constantemente intentaban darle caza.

Finalmente llegamos a una zona de temperatura agradable y densamente poblada de árboles, hecho que resultó ser bastante afortunado, pues la primera criatura con la que nos topamos fue un enorme tarag, el gigantesco felino rayado, cuya réplica, nuestro tigre de dientes de sable, hace ya mucho tiempo que se ha extinguido en el mundo exterior.

Para ser un animal tan grande resulta extraordinariamente veloz. Actúa con tal

rapidez al avistar a su presa, que, a menos que exista una inmediata vía de escape, o que su pretendida víctima esté alerta y perfectamente armada, la conclusión es inevitable: el tarag ya tiene alimento. Al igual que el resto de carnívoros de Pellucidar, siempre parece estar hambriento; su enorme corpachón requiere grandes cantidades de comida para reponer las energías que gasta en su constante actividad. Dan la sensación de estar constantemente vagando de un lugar a otro. No recuerdo haber visto nunca a uno de ellos tendido tranquilamente.

Zor y yo vimos simultáneamente al tarag, lo que ocurrió en el mismo instante en que él nos vio a nosotros. Sin un momento de vacilación, cargó inmediatamente a una velocidad asombrosa. Zor y yo dimos la voz de alarma al mismo tiempo, buscando al unísono el árbol más cercano.

Yo me encontraba directamente en el camino de la bestia cuando esta cargó. Al tener sus ojos fijos en mí, también fue a por mí a por quien saltó. Faltó poco para que me atrapase, pues sus garras rozaron una de mis sandalias al saltar en el aire en mi persecución.

Zor, que se hallaba en un árbol cercano, me miró y sonrió.

—Eso ha estado cerca —dijo—. Tendremos que estar más atentos.

—Tenemos que hacernos con armas —repliqué—. Creo que eso es aún más importante.

—Me gustaría saber de dónde piensas sacarlas —comentó.

—Nos las haremos nosotros mismos —contesté.

—¿Qué clase de armas?

—Un par de arcos y algunas flechas para empezar; también necesitaremos dos cortas y fuertes lanzas.

—¿Qué son arcos y flechas? —preguntó.

Se lo expliqué lo mejor que pude, pero movió la cabeza en ademán negativo.

—Prefiero hacerme una lanza —dijo—. Los hombres de Zoram somos capaces de matar a un ryth o a un thipdar con una lanza. Eso y un cuchillo son todas las armas que necesitamos.

Algún tiempo después el tarag se marchó. Ambos descendimos al suelo y más tarde encontramos un sitio adecuado para acampar cerca de un pequeño arroyo. Tuvimos suerte de no tener que buscar mucho para encontrarlo, ya que los lugares adecuados para acampar también tienen que ofrecer la posibilidad de dormir, lo que implica la suficiente seguridad frente a las bestias de presa que constantemente se hallan al acecho. Normalmente se requiere una caverna cuya entrada puedas bloquear.

Pellucidar es un gran mundo que te ofrece una buena vida, pero en el que eventualmente te acostumbras a ser una presa. Al principio solía estar con los nervios constantemente en tensión; sin embargo, después de algún tiempo, te lo tomas con la misma naturalidad con que en el mundo exterior aceptas la posibilidad de accidentes de tráfico, atracos o el resto de amenazas corrientes que la civilización ofrece con tanta abundancia.

Encontramos una cueva situada a un par de pies por encima del nivel del suelo, en la pared de un risco que era bañado por aquel arroyo montaños, un arroyo de aguas frías y claras en el que comprobamos que no acechaban reptiles peligrosos, hecho este de bastante importancia si tenemos en cuenta que había que vadear el arroyo para llegar a la cueva. El lugar era ideal, y, ya que ninguno de los dos había dormido lo suficiente desde que habíamos sido capturados por las mujeres guerreras de Oog, agradecemos la oportunidad de tendernos a descansar hasta que estuviéramos completamente repuestos.

Después de explorar la caverna y encontrarla deshabitada, seca y lo suficientemente

amplia como para acomodarnos confortablemente, transportamos a su interior hojas y hierba seca para hacernos unos lechos y nos tendimos a dormir.

No sé cuánto tiempo dormí. Pudo haber sido una hora o una semana de vuestro tiempo. Lo importante es que cuando desperté estaba completamente descansado. Debo añadir que también estaba vorazmente hambriento.



Capítulo VI

Uno rara vez aprecia las pequeñas comodidades de la vida diaria hasta que se ve obligado a vivir sin ellas. Seguramente tendréis una navaja de bolsillo, y en algún lugar de vuestra casa o de vuestro garaje haya un cincel, una sierra, una garlopa de alisar, una hacheta o un hacha. Y también es bastante posible que, al ser hombres civilizados como sois, a pesar de tener todas esas herramientas, pasaseis un mal rato para haceros un buen arco y unas flechas, incluso aunque tuvierais acceso a una carpintería en la que pudierais seleccionar los materiales adecuados y cortarlos al tamaño que deseaseis. Igualmente, también dispondréis de una gran cantidad de comida en vuestra nevera o en vuestra despensa y seguro que no hay ninguna gigantesca y desconsiderada bestia de presa acechando a vuestra espera. Las condiciones serían verdaderamente ideales si dispusieseis de todo el tiempo que necesitaseis y no tuvierais un trabajo que interrumpiera vuestra tarea. Considerad ahora vuestra situación si solo tuvierais a vuestra disposición un cuchillo de piedra, vuestras propias manos y unos materiales de andar por casa, por decirlo de alguna manera. Añadid a eso que os sintieseis hambrientos y que llenar vuestro estómago dependiera de la posesión de un arco y de unas cuantas flechas, por no decir nada de tener que preservar vuestra vida de las innumerables criaturas salvajes que ansían vuestra carne. Pues bien, en esta última situación es en la que me encontraba al despertar de mi reparador sueño, si bien lo cierto es que tampoco me hallaba preocupado en exceso al estar completamente acostumbrado a las vicisitudes propias de la vida en la Edad de Piedra.

Zor se despertó poco después y fuimos a buscar los materiales necesarios para fabricar nuestras armas. Sabíamos exactamente lo que buscábamos y no nos llevó mucho tiempo encontrarlo en la frondosa vegetación de Pellucidar, a pesar de que la madera lo suficientemente resistente y flexible es más o menos escasa.

Cierta especie del género *taxus* se encuentra con bastante frecuencia en todo Pellucidar y he descubierto que los mejores arcos son los que se hacen con su madera. Para mis flechas suelo utilizar unas cañas rectas y huecas que adquieren mucha dureza al secarse. Las puntas que inserto en el extremo de las cañas son de madera endurecida al fuego.

Un moderno arquero del civilizado mundo exterior sin duda se hubiera echado a reír ante el sencillo arco que me hice en el Valle de los Jukans. Si utiliza un arco de tejo, su madera habrá sido curada durante tres años antes de fabricar el arco y, además, seguramente ese arco no sea usado en otros dos años más. Sin embargo, a mí me era imposible esperar cinco años para comer, así que corté con mi cuchillo el pequeño árbol que había seleccionado, le quité la corteza y lo abusé toscamente desde el centro hacia cada uno de sus extremos. A mí me gusta utilizar un arco de seis pies de alto y ochenta libras de peso, capaz de disparar flechas de tres pies de longitud, debido al formidable tamaño de algunas de las bestias que se pueden encontrar aquí, aunque lógicamente mi arco no adquirió esa consistencia inmediatamente. Cada vez que hacíamos un fuego aprovechaba para secarlo un poco, de modo que fuese alcanzando gradualmente toda su capacidad. Las cuerdas que utilizo suelo hacerlas con fibras de diversas plantas, si bien ni siquiera las mejores me duran mucho tiempo, por lo que constantemente me veo obligado a renovarlas.

Mientras me fabricaba mi arco y mis flechas, Zor se hizo un par de cortas y pesadas lanzas semejantes a las utilizadas por los guerreros de Zoram. Son unas armas formidables,

pero solo efectivas a menos de cien pies y siempre que sean arrojadas por un hombre de gran fortaleza. Por el contrario, mis flechas son capaces de penetrar en el corazón de las bestias de mayor tamaño a una distancia de cien yardas.

Mientras trabajábamos en nuestras armas subsistimos a base de nueces y frutas, pero tan pronto como las terminamos partimos en busca de carne. Nuestra búsqueda nos llevó valle abajo, a una zona de espesa vegetación. Encontramos a los animales de la zona demasiado cautelosos, lo que nos sugirió que alguien cazaba allí, presumiblemente el hombre. Tras algunos intentos, realicé por fin un disparo bastante desafortunado que tan solo consiguió herir a un antílope, el cual se desvaneció en la selva llevándose mi flecha consigo. Al estar seguro de que la herida finalmente acabaría con él, y dado que no me gusta desistir de la persecución de un animal herido abandonándole a su sufrimiento, seguimos el rastro de mi presa hasta el corazón de la espesura.

El rastro era bastante claro al estar marcado por la sangre del animal allí por donde había pasado. Por fin dimos con él, rematándolo con otra flecha que le atravesó el corazón.

Imagino que relajamos un poco nuestra vigilancia mientras cortábamos uno de sus cuartos traseros y otras porciones que habíamos seleccionado de nuestra pieza; al menos, yo no tenía ni idea de que no estábamos solos hasta que oí la voz de un hombre.

—Saludos —dijo la voz. Al mirar a mi alrededor, vi veinte guerreros que se habían acercado a nosotros desde los árboles que quedaban a nuestra espalda.

—Jukans —susurró Zor.

Había algo en su aspecto que resultaba extraño. Su cabello, que estaba toscamente recortado, les crecía completamente de punta; pero creo que eran sus ojos, más que cualquier otro rasgo, lo que les daba aquella extraña apariencia. Por lo general, el iris era bastante pequeño y el blanco del globo ocular lo cubría casi por completo. Sus bocas colgaban flojas y se las veía flácidas. Muchos de ellos las tenían constantemente abiertas.

—¿Por qué estabais cazando en la jungla? —preguntó el que había hablado.

—Porque teníamos hambre —contesté.

—Entonces se os dará de comer —dijo—. Acompañadnos a nuestro poblado. Meeza, nuestro rey, os dará la bienvenida.

Por lo que Zor me había contado de aquella gente, no estaba particularmente ansioso de ir a ninguno de sus poblados. Habíamos esperado mantenernos apartados de aquella selva en la que se localizaban los mismos, pero ahora parecía que después de todo sí íbamos a tener que visitarlos.

—Nada nos gustaría más que acompañaros —contesté—, pero me temo que tenemos prisa y vamos en otra dirección.

—¡Vendréis a nuestro poblado! —gritó el cabecilla. Su voz se había alzado hasta quebrarse presa de una excitación repentina. Mi sugerencia le había enfurecido.

—No podéis negaros —dijeron algunos de los que le acompañaban—. Vais a venir a nuestro poblado.

Estos también parecían a punto de perder los estribos.

—Claro que sí —dije—. Si deseáis que os acompañemos, estaremos encantados de hacerlo. No era nuestra intención molestaros.

—Eso está mejor —dijo el cabecilla—. Ahora iremos todos a nuestro poblado, comeremos y pasaréis un buen rato en nuestra compañía.

—Supongo que no tenemos más remedio que hacerlo —murmuró Zor, mientras los guerreros nos rodeaban y nos conducían al interior de la selva.

—Es posible que continúen mostrándose amistosos —continuó Zor—, pero no

podemos saber cuándo cambiará su humor. Lo único que puedo sugerir es que les sigamos la corriente mientras nos sea posible. Ya viste el efecto que tuvo sobre ellos la más mínima señal de contradicción.

—Pues entonces no les llevemos la contraria —dije.

Caminamos durante algún tiempo hasta que por fin salimos a un inmenso poblado, protegido por una empalizada, que se hallaba en un claro de la selva. Los guerreros que se encontraban en la puerta reconocieron a nuestra escolta y nos dejaron pasar inmediatamente.

El poblado, prácticamente una ciudad, presentaba un aspecto sorprendente. Evidentemente, se había construido sin seguir ningún tipo de plan; por el contrario, las viviendas habían sido situadas según el capricho individual de cada uno de sus dueños. El resultado era bastante confuso, puesto que allí no había ninguna calle en el sentido propio de la palabra, toda vez que a los espacios que quedaban entre las viviendas no se les podía llamar calles. A veces, apenas tenían un par de pies de anchura y, en ocasiones, más de veinte; casi nunca había espacio para más de un par de viviendas. El diseño de las casas era tan caprichoso como su ubicación; aparentemente, no había dos de ellas que hubieran sido edificadas de acuerdo con una misma idea. Algunas habían sido construidas con pequeños troncos, otras con barro y zarzo y otras con la corteza de los árboles; incluso había muchas que consistían en un ligero armazón totalmente cubierto de paja. Eran redondas, cuadradas, oblongas y cónicas. Me fijé en una en particular que consistía en una torre de más de veinte pies de altura; justo a su lado había una choza de paja que no se alzaba a más de tres pies del suelo. Tenía una única entrada de espacio tan reducido que sus ocupantes debían pasar a través de ella arrastrándose a gatas.

En los estrechos espacios que quedaban entre las casas jugaban niños de mirada extraviada; también se veían mujeres cocinando y hombres que holgazaneaban. Nuestra escolta tuvo dificultades para abrirse camino hasta el centro del poblado. Constantemente nos veíamos forzados a rodear o a apartar a los hombres, mujeres y niños. La mayoría de ellos no nos prestaban atención, aunque algunos estallaban de rabia si los tocábamos.

Vimos algunas cosas extrañas más durante aquel trayecto a través del poblado. Un hombre, por ejemplo, sentado ante la entrada de su choza, se daba fuertes golpes en la cabeza con una piedra.

—¡Alto o te mato! —gritaba, para luego responderse a sí mismo—: ¡Oh! ¿Lo harás? ¿Lo harás?

Tras semejante parlamento, arrojó la piedra a un lado y empezó a intentar estrangularse a sí mismo.

No vi cómo terminó aquel altercado consigo mismo, ya que cuando giramos la esquina de su casa le perdimos de vista.

Un poco más lejos, nos topamos con una mujer que sostenía a un niño que lloraba. Intentaba cortarle la garganta con un cuchillo de piedra. Aquello fue más de lo que pude soportar. Aunque sabía el riesgo que corría, la cogí por el brazo y aparté el cuchillo de la garganta del niño.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí.

—Este niño nunca ha estado enfermo —contestó—. Estoy segura de que le pasa algo, así que me dispongo a poner fin a sus miserias.

De repente, sus ojos relampaguearon, saltó hacia mí e intentó alcanzarme con su cuchillo.

Conseguí evitar el golpe; simultáneamente, uno de los hombres de nuestra escolta

abatió su lanza sobre la cabeza de la mujer, mientras otro me empujaba rudamente hacia delante a través de la estrecha callejuela.

—Métete en tus propios asuntos o te encontrarás con problemas —me dijo.

—¿Vais a dejar a esa mujer que le corte la garganta al niño? —pregunté.

—¿Por qué íbamos a impedirselo? Si algún día yo quiero cortársela a alguien, no me gustaría que nadie me privase de ese placer. Puedo que incluso me apetezca cortártela a ti.

—No es una mala idea —comentó otro guerrero.

Nos giramos por la esquina de la casa, y, un momento más tarde, volví a oír los gritos del niño. Me era imposible hacer nada al respecto; además, ahora tenía que vigilar mi propia garganta.

En breve, salimos a un espacio abierto en el que se alzaba una baja estructura de aspecto incoherente y enloquecido. Aquel debía ser el palacio de Meeza, el rey. En el centro de la plaza, frente al palacio, había una enorme, grotesca y obscena figura que representaba a una criatura mitad hombre y mitad bestia. Dando vueltas a su alrededor, había varios hombres girando una especie de noria. Nadie parecía prestarles ninguna atención, aunque había bastante gente en la plaza.

Al pasar ante la figura, cada uno de los miembros de nuestra escolta se dirigió a ella.

—¡Salud, Ogar! —decían, avanzando a continuación hacia el palacio. Zor y yo tuvimos que saludar a la espantosa figura del mismo modo.

—Este es Ogar —nos dijo uno de los miembros de la escolta—. Siempre debéis saludarle cuando paséis ante él. Todos somos hijos de Ogar. Todo se lo debemos a él. Él nos hizo lo que somos. Nos dio nuestra inteligencia superior. Nos hizo el pueblo más hermoso, rico y poderoso de todo Pellucidar.

—¿Quiénes son esos hombres que dan vueltas a su alrededor? —pregunté.

—Son los sacerdotes de Ogar —respondió el guerrero.

—¿Y qué es lo que hacen? —inquirí.

—Están rezando por el poblado —contestó—. Nos evitan a nosotros la tarea de tener que rezar. Si no rezasen ellos tendríamos que hacerlo nosotros, y rezar es algo sumamente extenuante y cansado.

—Sí, eso parece —dije.

Tras solicitarlo, fuimos admitidos en el palacio, que era la construcción más grotesca y absurda que había visto en toda mi vida. El jefe de nuestra escolta nos entregó a otro jukan, una especie de mayordomo a cargo del palacio.

—Aquí te dejo a unos amigos que han venido a visitar a Meeza y a traerle algunos presentes —dijo—. No les cortéis las gargantas por equivocación, ni tampoco permitáis que otros lo hagan. Estoy seguro de que Meeza quiere hablar con ellos.

El hombre se hallaba sentado en el suelo cuando entramos. No se levantó ni dejó a un lado sus actividades. En su lugar, despidió a nuestra escolta y nos pidió a Zor y a mí que nos sentáramos a su lado.

Había escarbado un agujero en el suelo con la punta de su cuchillo y luego había llenado el agujero con agua, que había mezclado con la tierra suelta que había excavado hasta que el contenido del agujero había alcanzado la consistencia de una suave arcilla. Luego cogía un poco en la palma de su mano, lo daba forma hasta redondearlo, lo aplastaba y lo depositaba cuidadosamente en el suelo, a su lado.

Inclinó su cabeza hacia nosotros y nos invitó a introducir la mano en el agujero.

—Uniros a mí —nos dijo—. Encontraréis que esta actividad no solo es

exquisitamente entretenida y divertida, sino que además ayuda a forjar el carácter.

Y así, Zor y yo nos unimos a aquel hombre en la tarea de hacer tortas de barro.



Capítulo VII

Gofo, el hombre a cuyo cargo nos habían dejado, pareció bastante contento con nuestra compañía y con nuestro trabajo. Nos dijo que aquella tarea era muy importante, una especie de descubrimiento en la ingeniería que iba a revolucionar Pellucidar. Después de decirnos esto, volvió a introducir todo el barro en el agujero, lo niveló y lo aplastó con sus manos hasta que su superficie quedó tan lisa como el resto del suelo.

—¡Bueno! —exclamó—. Ha sido una deliciosa comida. Espero que os haya gustado.

—¿Qué comida? —contesté con aspereza, pues estaba prácticamente desfallecido. No habíamos probado bocado desde la última vez que habíamos dormido.

El hombre contrajo sus pupilas como si hiciera un esfuerzo por acordarse de algo.

—¿Qué estábamos haciendo? —preguntó.

—Tortas de barro —contesté.

—¡Bah! —dijo—. No tenéis mucha memoria, pero rectificaremos ese error enseguida.

Dando unas palmadas, gritó algo que no fui capaz de entender; de inmediato, tres jóvenes entraron en la estancia procedentes de un compartimento contiguo.

—Traed comida inmediatamente —les ordenó Gofo.

Un poco después, las muchachas regresaron con tres bandejas de comida. En ellas había carne, verduras y frutas, y parecían verdaderamente apetitosas. La boca se me hizo agua con placentera anticipación.

—Dejadlas aquí —dijo Gofo. Las tres muchachas situaron las bandejas en el suelo.

—Ahora comed —les ordenó.

Las tres jóvenes empezaron a comer de modo respetuoso. Me acerqué un poco a ellas y alcancé un trozo de carne; entonces Gofo me dio un golpe en la mano.

—¡No hagas eso! —gritó, sin dejar de observar detenidamente a las jóvenes mientras estas comían.

—Comedlo todo —les dijo—. No dejéis nada.

Las muchachas hicieron lo que se les había ordenado, mientras yo observaba tristemente como desaparecía mi comida.

Cuando las jóvenes terminaron de comer, les ordenó que abandonasen la estancia; luego se volvió hacia mí con un guiño astuto.

—Soy demasiado listo para ellas —dijo.

—Indudablemente —convine—. Lo que no entiendo es por qué has hecho que se coman nuestra comida.

—Ese es precisamente el asunto. Quería descubrir si estaba envenenada. Ahora sé que no lo estaba.

—Pero nosotros aún tenemos hambre —repuse.

—Pronto arreglaremos eso —dijo Gofo, y de nuevo dio unas palmadas y gritó una orden.

En esta ocasión solo vino una de las muchachas. Poseía una hermosa figura y un rostro inteligente. Su expresión era bastante normal, aunque parecía muy triste.

—Mis amigos quieren dormir —dijo Gofo—. Enséñales sus dormitorios.

Iba a decir algo, pero Zor me tocó el brazo.

—No insistas en lo de la comida —me susurró, adivinando cuál era mi intención—. No se necesita mucho para trastornar a esta gente y entonces son capaces de hacer cualquier cosa. Por ahora, será mejor que nos consideremos afortunados de que este individuo se muestre amistoso.

—¿Qué estás murmurando? —demandó Goofó.

—Mi amigo se estaba preguntando si íbamos a volver a tener el placer de tu compañía cuando nos despertásemos —respondí.

Goofó pareció complacido.

—Sí —dijo—, pero hasta entonces quiero ponerlos sobre aviso. Será mejor que tengáis en cuenta que en este lugar hay mucha gente excéntrica y que debéis tener mucho cuidado con lo que hagáis y lo que digáis. Posiblemente yo sea la única persona normal de este lugar.

—Gracias por decírnoslo —contesté, y a continuación seguimos a la muchacha fuera de la estancia. En la habitación contigua, las otras dos muchachas estaban preparando algo de comer; la visión y el olor de aquella comida casi me puso frenético.

—No hemos comido nada desde hace mucho tiempo —le dije a la muchacha que nos acompañaba—. Estamos verdaderamente hambrientos.

La joven asintió.

—Podéis servirlos vosotros mismos —dijo.

—¿No te causaremos algún problema? —le pregunté.

—No. Probablemente, Goofó ya se habrá olvidado de que os ha enviado a dormir. Si viene y os ve comer, seguramente pensará que ha sido él quien os lo ha sugerido. En cuanto a estas muchachas, tan pronto como os vayáis se habrán olvidado de que habéis estado aquí o de que habéis comido. Son poco más que imbéciles. De hecho, excepto yo, aquí todo el mundo está loco.

Sentí pena por aquella pobre criatura, sabedor de que ella creía habernos impresionado con la veracidad de su discurso. Debo admitir que no parecía estar demasiado loca, pero uno de los síntomas de la insanidad es creer que todo el mundo está loco excepto tú.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, sentándome en el suelo y empezando a comer.

—Kleeto —respondió—. ¿Y tú?

—David —contesté—. Mi amigo se llama Zor.

—¿También estáis locos? —preguntó.

Negué con la cabeza y sonreí.

—Claro que no —contesté.

—Eso es lo que dicen todos —observó.

Enmudeció repentinamente, como si hubiera dicho algo que no debía decir; rápidamente, añadió:

—Por supuesto que no estáis locos. Ya os vi antes a través de la puerta como trabajabais el barro con Goofó.

Me pregunté si me estaba tomando el pelo; entonces me di cuenta de que para su pobre e inestable cerebro, lo que habíamos estado haciendo debía parecerle una cosa absolutamente racional y normal. Con un suspiro, continué comiendo; un suspiro motivado por la pena que me producía el que una muchacha tan encantadora estuviera dominada por una mente enferma.

Zor y yo estábamos verdaderamente hambrientos. Kleeto miró asombrada la cantidad de comida que devoramos. Las otras dos muchachas no nos prestaron ninguna

atención, sino que continuaron preparando más comida. Por fin, no pudimos comer más y Kleeto nos condujo a una oscura estancia en la que nos tendimos a dormir en cuanto ella se marchó.

No sé cuánto tiempo permanecimos en el palacio de Meeza. Sé que dormimos muchas veces y que disfrutamos de lo mejor y lo más rico de aquella tierra. Kleeto se preocupó de ello, pues por alguna razón parecía habernos tomado aprecio. Nadie parecía saber qué estábamos haciendo en el palacio, pero, después de que se acostumbraran a vernos rondar por su interior, no nos volvieron a prestar más atención, si bien tampoco se nos permitía abandonarlo, lo que obviamente significaba que no podíamos escapar. No obstante, decidimos aguardar a que se presentara una ocasión propicia, esperando que en algún momento ocurriera algo que nos diera la oportunidad que tanto ansiábamos.

Gofo, que se ocupaba de supervisar todas las tareas del palacio, nunca fue capaz de recordar por qué estábamos allí. Solía verle sentado con una expresión de asombro en su rostro, observándonos intensamente. Zor y yo éramos perfectamente conscientes de que estaba intentando recordar quiénes éramos y qué estábamos haciendo en el palacio.

A medida que fue pasando el tiempo, la inteligencia de Kleeto me impresionó cada vez más. Tenía una excelente memoria, y, en comparación con los demás, era incuestionablemente una persona cuerda. Zor y yo solíamos hablar con ella cuando se nos presentaba la oportunidad. Nos contó muchas cosas acerca de las costumbres de aquella gente y de los chismorreos de palacio.

—¿A qué poblado pertenecéis? —nos preguntó en una ocasión.

—¿A qué poblado? No sé a que te refieres. Zor es de la tierra de Zoram y yo de la tierra de Sari.

La muchacha pareció confundida.

—¿Me estás diciendo que no sois jukans que habéis venido de otro poblado? —inquirió.

—En efecto. ¿Qué te ha hecho pensar que lo éramos?

—Gofo dijo que erais amigos suyos y que debíamos trataros con corrección. Por eso estaba convencida de que no erais prisioneros, sino jukans procedentes de otro poblado. Debo admitir, no obstante, que estaba asombrada de que parecierais mucho más inteligentes que el resto de los jukans. La verdad es que, como sin duda ya os habréis dado cuenta, son todos unos dementes.

Una luz comenzó a encenderse en mi mente.

—Kleeto, tú no eres una jukan, ¿verdad? —pregunté.

—Por supuesto que no —contestó—. Soy una prisionera. Yo soy de Suvi.

Empecé a reírme y la muchacha me preguntó por qué lo hacía.

—Porque durante todo este tiempo he creído que estabas loca, y tú has debido pensar lo mismo de nosotros.

—Tienes razón —repuso sonriendo—. La verdad es que es algo divertido, pero después de que llevéis algún tiempo aquí, no estaréis seguros de quién está loco y quien no. Algunos jukans parecen y actúan de un modo completamente normal y luego resultan estar aún más locos que los demás. Meeza, el rey, y Moko, su hijo, parecen completamente imbéciles, y, sin embargo, ninguno de ellos es un imbécil: son maníacos de la peor especie, crueles e irresponsables, siempre dispuestos a matar.

—Gofo no parece un mal tipo —dije.

—No; es inofensivo. Fuisteis afortunados de caer en sus manos. Si Noak, su segundo, hubiera estado al mando cuando os trajeron aquí, todo habría resultado muy

diferente.

—¿Llevas aquí mucho tiempo, Kleeto? —le pregunté.

—Sí; han pasado tantos sueños que he perdido la cuenta. De hecho, llevo tanto tiempo aquí que ya no recuerdan que no soy una de ellos. Creen que soy una jukan.

—Entonces, te debería ser fácil escapar —sugerí.

—No me serviría de nada escapar yo sola —contestó—. ¿Qué posibilidades tendría de llegar a Suvi sola y desarmada?

—Podríamos escapar los tres juntos —dije.

La muchacha movió la cabeza.

—Desde que estoy aquí, jamás he visto que se presentara una oportunidad para que tres personas se escaparan del palacio y les dejaran salir del poblado. Aquí ha habido muchos prisioneros y no he sabido de ninguno que escapase. Por cierto —añadió—, dijiste que eras de Sari, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Aquí hay otro prisionero de Sari —dijo—; una muchacha.

—¿En este poblado? —repuse—. Había oído decir que había una muchacha de Sari prisionera en un poblado de los jukans, pero no sabía que se tratara de este. ¿Sabes su nombre?

—No —contestó Kleeto—. Ni siquiera la he visto. Pero tengo entendido que es muy hermosa.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En alguna parte del palacio. El sumo sacerdote la tiene escondida. Verás, Meeza quiere hacerla una de sus esposas, Moko, su hijo, también la quiere y el sumo sacerdote pretende sacrificarla a Ogar.

—¿Y quién de los tres se quedará con ella? —pregunté.

—El sumo sacerdote ya la tiene, pero tiene miedo de Meeza. Y Meeza no se atreve a arrebatarla por temor a que la ira de Ogar se desate sobre él.

—Así que de momento está a salvo —dije.

—En el palacio de Meeza nadie está a salvo —contestó Kleeto.



Capítulo VIII

Comer y dormir constituían nuestras principales actividades en el palacio de Meeza. Aquello no era vida para dos guerreros. El aburrimiento estaba a punto de volvernos locos.

—Acabaremos tan locos como ellos si no salimos pronto de aquí —dijo Zor.

—No sé qué es lo que podemos hacer para evitarlo —dije.

—Quizá podamos persuadir a Gofo para que nos permita ir al poblado —sugirió Zor—. Al menos, así haríamos un poco de ejercicio y romperíamos la monotonía.

—Y también tendríamos una oportunidad de escapar —comenté.

Zor se levantó, bostezó y se despezó. Estaba engordando demasiado.

—Vamos a verle —dijo.

Estábamos a punto de abandonar la estancia cuando escuchamos un grito; un único grito seguido de un silencio total.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zor.

—Ha sido cerca de aquí —dije—. Tal vez sería mejor que esperásemos. Nunca se sabe en qué tipo de problemas te puedes meter con esta gente si algo les incomoda; y me ha dado la impresión de que ese grito procedía de las habitaciones de Gofo.

De repente, Kleeto entró en la estancia. Su excitación era evidente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—¿Habéis oído ese grito? —preguntó.

—Sí.

—Ha sido Gofo. Noak le acaba de apuñalar por la espalda.

Zor dejó escapar un silbido.

—¿Le ha matado? —inquirí.

—No lo sé; pero es muy probable. En cualquier caso, está muy malherido y Noak está ahora a cargo del palacio. Las cosas se van a poner más difíciles. Noak es más listo que Gofo y tiene buena memoria. No se va a olvidar de nosotros tan fácilmente.

—No creo que nos haya visto nunca —dijo Zor.

—Eso da lo mismo —repuso Kleeto—. Seguro que comenzará a investigar hasta saberlo todo sobre aquellos que viven en el palacio.

—Tendríamos que vestirnos como los demás jukans —dije—. Así podríamos hacer creer a Noak que somos visitantes de otro poblado.

Los taparrabos de los jukans eran de piel de mono curada, aún con su pelaje. También llevaban ajorcas de piel de mono y collares hechos con dientes humanos. Además, como he mencionado antes, llevaban el cabello muy corto. De ahí que fuera difícil para nosotros pasar por jukans con nuestro aspecto.

—¿No podrías encontrar algún atuendo para nosotros, Kleeto? —preguntó Zor.

—Sé donde hay uno —contestó la muchacha—. Pertenece a un hombre que servía a las órdenes de Gofo. Concibió la idea de que no debía llevar prenda alguna, así que las tiró todas y se quedó desnudo. Todo lo que tiró se puso en una despensa, y, por lo que yo sé, aún sigue ahí.

—Perfecto —dijo Zor—. Espero que no volviera a por sus cosas.

—No lo hizo; ni nunca lo hará —repuso Kleeto—. Acudió desnudo a presencia del rey, y Meeza le hizo matar.

—Bien. Ya tenemos un atavío de jukan —dijo Zor—. Ahora, si conseguimos otro,

podríamos pasar desapercibidos y salir del palacio.

Mientras hablábamos, yo permanecía frente a la puerta. Esta se hallaba cubierta por unos cortinajes confeccionados con varias pieles curtidas pertenecientes a algún animal de pequeño tamaño. Los cortinajes se estaban moviendo ligeramente. Sospechando que alguien nos estaba escuchando, avancé rápidamente hacia ellos y los aparté a un lado. Ante nosotros apareció un hombre de rostro malvado. Sus ojos, pequeños y semicerrados, su nariz alargada y su prácticamente inexistente barbilla, le conferían un aspecto de rata. Permaneció allí durante un momento, observándonos en silencio; luego se dio media vuelta y se escurrió, precisamente como lo hubiera hecho una rata.

—¿Nos habrá oído? —dijo Kleeto.

—¿Quién era? —preguntó Zor.

—Era Ro —contestó la muchacha—. Uno de los hombres de Noak.

—No parece que podamos hacer nada al respecto —dijo Zor—. Sin duda, debe habernos oído.

—Tal vez se olvide de todo antes de encontrar a alguien a quien contárselo —dije.

—No en su caso —apuntó Kleeto—. A veces parece como si cuanto más mezquino fuese el sujeto en cuestión, mejor memoria tuviese.

—Este sería un buen momento para escapar de aquí si pudiéramos disfrazarnos de jukans —dije—. Supón, Kleeto, que te haces con esas prendas de las que nos has hablado y que las arreglamos para Zor. Si él consiguiera moverse por el palacio sin que le descubriesen, tal vez pudiera hacerse con otras para mí.

—¿Y qué pasa con mi cabello? —preguntó Zor.

—¿Puedes conseguirnos un cuchillo, Kleeto? —inquirí.

—Sí, tenemos varios cuchillos para preparar la comida. Puedo traeros un par de ellos.

Luego de que Kleeto nos trajera los cuchillos, se marchó a ver si podía conseguir los atavíos necesarios para Zor. Mientras tanto, yo me puse a cortarle el pelo, que le había crecido bastante. No fue una tarea sencilla, pero un rato después estuvo terminada.

—Abre mucho los ojos, afloja la mandíbula y pasarás por un jukan —le dije riendo.

—Vamos —replicó, torciendo el gesto—, ahora me toca a mí hacer de ti un imbécil.

Apenas acababa de terminar de cortarme el pelo, cuando Kleeto entró en la estancia portando el atavío de un jukan.

—Sería mejor que fueses a tu dormitorio a cambiarte —le dijo a Zor—. Aquí podría entrar alguien.

Después de que Zor se marchase, Kleeto regresó a sus tareas en la cocina y yo me quedé solo. Como me solía ocurrir cuando me encontraba a solas y mi mente no se hallaba ocupada en inútiles planes de fuga, mis pensamientos volvieron a Sari y a mi compañera, Dian la Hermosa. Sin duda me daba por perdido, y, si no conseguía regresar, mi destino permanecería eternamente siendo un misterio para ella y mis compañeros saris.

Sari quedaba muy lejos; y, en verdad, para mí lo estaba aún más. Cualquiera idea de que algún día pudiera regresar parecía descabellada. Incluso aunque lograra escapar de los jukans, ¿cómo podía esperar dar con Sari sin el instinto del hogar con el que estaban dotados los pellucidaros?

Es cierto que Zor podía indicarme la dirección en que se encontraba Sari, pero sin él o sin otro pellucidaro a mi lado, podía pasarme toda mi vida dando vueltas en círculo. Incluso aunque viajase en lo que me pareciera ser una línea recta, las posibilidades de encontrar un lugar tan relativamente pequeño como Sari resultaban remotas. A pesar de

todo, nada me impediría intentar la fuga en cuanto se me presentara la más mínima oportunidad, ni tampoco dejaría de intentar reunirme con Dian mientras siguiese con vida.

En semejantes pensamientos se hallaba ocupada mi mente, cuando los cortinajes se apartaron y un hombre penetró en la estancia. Se trataba de un individuo musculoso cuyo rostro parecía estar a medio camino entre el de un hombre y una bestia. Su erizado cabello casi le crecía a la altura de los ojos, de manera que no parecía tener frente, salvo una estrecha franja por encima de sus cejas de apenas una pulgada de ancho. Sus ojos estaban tan próximos que parecían uno solo y sus orejas eran puntiagudas como las de un animal. Su nariz parecía normal, pero sus labios eran finos y crueles. Permaneció de pie, mirándome en silencio durante unos instantes. Una mueca curvaba su boca.

—Así que pretendes escapar, ¿verdad? —dijo por fin.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

—Soy Noak; ahora estoy a cargo del palacio de Meeza —respondió.

—¿Y qué? —inquirí.

Todo en aquel individuo me repelía y su actitud parecía indicar que pretendía buscarme problemas, así que no hice ningún esfuerzo por congraciarme con él. Cualquier cosa que fuese su intención hacer, se proponía llevarla a cabo sin importarle lo que yo dijera o hiciese.

—Te has cortado el pelo para parecerme más a un jukan. Supongo que ahora todo lo que necesitas es un taparrabos y los ornamentos de un jukan.

—Exactamente —dije, mirando a su taparrabos.

De repente, sus ojos relampaguearon con furia homicida.

—Piensas que puedes escapar de Noak, ¿verdad? —gritó—. Voy a darte tu merecido. Nunca volverás a quererte escapar de nadie cuando acabe contigo.

Y diciendo esto, desenvainó su cuchillo de piedra y avanzó hacia mí. Yo tenía uno de los cuchillos que Kleeto nos había proporcionado. Zor tenía el otro. De modo que no me encontraba indefenso, sino que estaba preparado para enfrentarme a él cuando se precipitó hacia mí.

Espero que nunca tengáis que luchar con un loco. Es una de las experiencias más aterradoras a las que me he tenido que enfrentar en mi vida. Noak no solo estaba loco, sino que además era un poderoso adversario. No obstante, lo más espeluznante de aquel combate fue el horror que inspiraba su bestial rostro, la enloquecida luz que reflejaba su mirada, los espumarajos de rabia que surgían de sus crueles labios, sus descubiertos y amarillentos colmillos.

Parando su primer golpe, le atacé con mi propio cuchillo en busca de su corazón; sin embargo, consiguió eludirme y únicamente logré infligirle una ligera herida. Aquello le hizo incrementar su furia. Abalanzándose de nuevo hacia mí, lanzó un nuevo golpe, al tiempo que intentaba agarrarme por la garganta con la mano que tenía libre. Una vez más conseguí evitar su ataque; entonces, lanzando un grito, dio un salto en el aire y se arrojó sobre mí. Perdí el equilibrio y caí de espaldas al suelo, con el maniaco encima de mí. Noak alzó su cuchillo para acabar conmigo, pero conseguí agarrar su muñeca y de algún modo logré que soltara el arma. Entonces, mostrando sus amarillentos colmillos, me mordió, intentando desgarrarme la yugular.

Me vi forzado a soltar su muñeca y a empujarle para apartarle de mí, al tiempo que conseguía poner mis dedos en su garganta. Todavía tenía mi cuchillo, y, mientras forcejeábamos y nos retorcíamos cada uno en la presa del otro, logré situar su afilada punta bajo su corazón. Con todas mis fuerzas, empujé hasta alojarlo donde pretendía.

Noak dejó escapar un grito y se retorció espasmódicamente durante unos segundos; luego se relajó, inmóvil.

Apartando su cuerpo del mío, me puse en pie de un salto, medio asqueado aún por el horror de aquel enfrentamiento y la cercanía de su repulsivo rostro junto al mío.

Mientras recuperaba el resuello, oí un sonido procedente de la puerta. Me giré rápidamente, dispuesto a enfrentarme a un nuevo enemigo. Era Kleeto. Permaneció en el umbral, con los ojos muy abiertos, mirando el cadáver que yacía en el suelo.

—Has matado a Noak —dijo en un susurro.

—Y también tengo los atavíos de un jukan —repliqué.



Capítulo IX

Antes de llegar a Pellucidar, jamás había matado a un hombre. De hecho, nunca había conocido a nadie que hubiera sufrido una muerte violenta. Sin embargo, desde entonces, he matado a muchos hombres, aunque siempre en defensa propia o en defensa de otros. Siempre ocurre y ocurrirá así en una sociedad en la que no hay constituida ninguna fuerza que salvaguarde la paz y la seguridad de los hombres. Aquí, en Pellucidar, cada hombre debe ser en gran medida su propia fuerza de policía, su propio juez y su propio jurado. Esto no significa que la justicia siempre prevalezca, sino que con más frecuencia lo hace la fuerza. Sin embargo, cuando un individuo tiene tanto la justicia como la fuerza de su lado, obtiene una mayor satisfacción personal de sus victorias que la que posiblemente pueda sentir llamando a un policía o entregando a un malhechor a los lentos procesos de los tribunales, donde la justicia no siempre puede acabar prevaleciendo.

Presumo que Kleeto había sido testigo de muertes semejantes en otras muchas ocasiones, así que no era el asesinato de Noak lo que le afectaba, sino más bien el temor a lo que pudiera ocurrirme si llegaba a descubrirse mi crimen.

—Ahora no podrás evitar que te castiguen —dijo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —inquirí—. La alternativa era dejar que me matase.

—Nunca hubiera pensado que fueras capaz de acabar con él. Era un hombre muy fuerte.

—Bueno, lo que ya está hecho no puede deshacerse. Nuestro problema ahora es desembarazarnos de cualquier evidencia de lo ocurrido.

—Tendremos que enterrarlo —dijo Kleeto—. No hay otra forma de deshacernos de él.

—¿Pero dónde? —pregunté.

—En vuestro dormitorio —dijo—. Creo que es el lugar más seguro.

El cuerpo de un muerto es difícil de manejar antes de que el *rigor mortis* se apodere de él. Por alguna razón, parece dos veces más pesado y cuatro veces más difícil de transportar de lo que lo era en vida. No obstante, me las arreglé para izarlo sobre mis hombros y llevarlo hasta el dormitorio que ocupábamos Zor y yo. Zor, ataviado como un jukan, llegó en ese momento, viéndome cargado con el cadáver.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó.

—Noak intentó matarme —respondí.

—¿Ese es Noak? —Su tono era de incredulidad.

—Era —repliqué.

—David no tuvo más remedio que matarle —dijo Kleeto—. Y creo que lo mejor para todos nosotros es que haya muerto.

—¿Por qué lo habéis traído aquí? —preguntó Zor.

—Porque voy a enterrarlo en nuestro dormitorio.

Zor miró confundido al cadáver.

—Por su aspecto —dijo—, creo que será mejor compañía muerto que vivo. Vamos, mételo adentro. Te ayudaré a enterrarlo.

Cavamos una estrecha fosa de unos tres pies de profundidad cerca de una de las paredes de nuestro dormitorio. Kleeto cogió otro cuchillo de la cocina y nos ayudó; no obstante, aunque los tres participamos en la tarea, esta resultó ser lenta y pesada.

Aflojábamos la dura tierra del suelo con las puntas de los cuchillos y después sacábamos la tierra suelta con nuestras manos. Sin embargo, algún tiempo después, todo estuvo concluido. Empujamos el cuerpo de Noak a la fosa y lo cubrimos, apisonando la tierra a su alrededor. Esparcimos la tierra sobrante por el suelo de la habitación y la pisoteamos con fuerza. Luego situamos las esterillas sobre las que dormíamos encima de la tumba. A la tenue luz de la estancia, nada hubiera hecho sospechar a cualquiera que se hubiese acercado a investigar.

—Ahora, vámonos de aquí —le dije a Zor después de que hubiéramos concluido nuestra tarea.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Intentaremos salir del palacio y mezclarnos con la gente del poblado —contesté—. Y será mejor que lo hagamos antes de que alguien eche de menos a Noak. Vamos, Kleeto, puede que después de todo al final consigas regresar a Suvi.

—¿Vais a llevarme con vosotros? —preguntó la joven, sorprendida.

—Por supuesto. Eres una de nosotros, ¿no? Sin tu ayuda, jamás hubiéramos tenido la más mínima posibilidad aquí dentro.

—Me temo que llevar a una mujer con vosotros, puede poner las cosas aún más difíciles —dijo—. Haríais mejor intentando la fuga vosotros solos. Es posible que podáis sacarme del palacio, pero dudo mucho que consigáis hacerme pasar las puertas del poblado.

—Eso aún está por ver —dijo—. De todos modos, no nos iremos sin ti.

—Por supuesto que no —dijo Zor—. Si nos dan el alto en la puerta, les diremos que somos visitantes de otro poblado que regresamos a casa.

—Decidles que sois de Gamba —dijo Kleeto—. Es el poblado que queda más lejos de aquí. No son muchos los que vienen desde allí y es poco probable que consigamos identificarlos.

A pesar de todo, no nos dejaron salir del palacio. Los guardias no nos dejaban pasar sin permiso de Noak, y, al insistir, observé que empezábamos a levantar sus sospechas.

—Está bien, volveremos y traeremos a Noak —tuve que decir al final.

Abatidos, retrocedimos sobre nuestros pasos. Por ahora, la huida resultaba imposible. Tras comentar el asunto, finalmente Zor y yo llegamos a la conclusión de que nuestra única posibilidad radicaba en familiarizarnos con el palacio y dar con alguna salida que no estuviera bien vigilada. El único rayo de esperanza que brillaba en la oscuridad en que nos encontrábamos, era el hecho de que nadie sospechaba que no fuésemos jukans.

Kleeto comentó que creía que había otra salida del palacio, pues había oído decir que Meeza y Moko iban a menudo al poblado y estaba convencida de que no utilizaban para ello la entrada principal.

—Deben utilizar una puerta secreta —dijo.

—Zor y yo intentaremos dar con ella —dije—. Tú permanecerás aquí; si conseguimos encontrarla, volveremos y te llevaremos con nosotros.

El palacio de Meeza debía cubrir varios acres de terreno. Era una verdadera ciudad en miniatura, y, al igual que las construcciones exteriores, parecía haber sido diseñado según las extravagancias de una mente enloquecida. Había giros, recovecos y oscuros corredores que no conducían a ninguna parte, sino que finalizaban en una pared tapiada. Había oscuras estancias sin ventanas y pequeños patios que no eran en realidad sino habitaciones sin techo. Cómo encontraban sus habitantes el camino que deseaban seguir, era algo que quedaba fuera de mi imaginación. Ni siquiera sé cómo hubiéramos podido regresar junto a Kleeto si hubiéramos encontrado una salida sin vigilar. Estoy hablando

también por Zor, aunque este me aseguró que él si era capaz de retroceder sobre nuestros pasos. Evidentemente, cada paso que habíamos recorrido se había grabado indeleblemente en su memoria, sin duda, resultado de una facultad que estaba claramente asociada al instinto del hogar que es inherente a todos los pellucidaros.

Mientras vagábamos por el palacio no dejamos de toparnos con gente, aunque nadie pareció sospechar de nosotros, dando como resultado que nos fuéramos haciendo cada vez más confiados y nos adentrásemos temerariamente en lugares en los que sin duda estaba prohibida la estancia, en busca de la puerta secreta que esperábamos nos condujera a la libertad. Finalmente, hambrientos y cansados, pues hasta entonces no habíamos encontrado nada de comer, decidimos tendernos a dormir. Recostándonos en un rincón de una oscura habitación, rogamos por que la comida fuera más fácil de encontrar cuando despertásemos.

La mayoría de los que vivís en el mundo exterior teméis a la oscuridad que cae cuando llega la noche. Pensáis en ella como el momento en que las bestias de presa se hallan al acecho y los criminales llevan a cabo sus fechorías. Sin embargo, puedo aseguraros con total convencimiento que, durante veinte horas de las veinticuatro, cambiaría sin pensármelo dos veces el perpetuo sol del mundo interior por la amparadora oscuridad de vuestras noches. Bajo la cobertura de la oscuridad, habríamos encontrado muchas oportunidades de escapar del poblado de Meeza. Bajo el benefactor abrigo de la oscuridad, podríamos haber llevado a cabo sin riesgo alguno las operaciones que precisábamos realizar, no solo porque todo se hubiese hallado envuelto en sombras, sino porque al seguir regularmente la noche al día, hubiera sido el momento adecuado para que la gente se entregase al sueño, no habiendo así muchos ojos capaces de detectarnos.

Sin embargo, donde no existe la noche, tampoco existe un momento adecuado para dormir, por lo que al menos la mitad de la población se encuentra despierta en todo momento, o, lo que es más normal, las dos terceras partes. En consecuencia, como podéis deducir, nuestras posibilidades de pasar desapercibidos resultaban bastante escasas. Sí, habría dado muchas cosas por una buena y oscura noche.

Al despertar, continuamos nuestra infructuosa búsqueda de la salida secreta del palacio. Intentamos hacerlo sistemáticamente, siguiendo un corredor tras otro hasta su final. Encontramos partes del palacio que no habían sido pisadas en años y otras tan atestadas de jukans que podíamos pasar entre ellos totalmente desapercibidos, protegidos por su mismo número.

Al igual que no parecía haber un claro diseño del palacio, que, como ya he dicho antes, abarcaba varios acres de terreno, las actividades de sus habitantes parecían igualmente erráticas. Encontramos diversos grados de ineptitud mental; desde imbéciles inofensivos hasta maníacos agresivos; desde idiotas balbuceantes a hombres de inteligencia aparentemente normal.

Un individuo corría enloquecido dando vueltas en círculo. Otro se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo, mirando fijamente una mancha que había en la pared a un par de pasos de distancia de él, mientras que, justo a su espalda, un hombre estaba despedazando a otro con un hacha de piedra sin que los terribles gritos de la víctima llamasen la atención del que se hallaba sentado. Dos hombres y una mujer lo observaban con indiferencia. Sin embargo, de repente, su atención se vio atraída por un maníaco de espesa cabellera que atravesó corriendo a cuatro patas la estancia, gritando: «Soy un ryth. Soy un ryth». Su comportamiento les pareció normal hasta que intentó demostrar que era en efecto un ryth mordiendo a uno de ellos. Los dos se revolcaban por el suelo, mordiéndose y arañándose el uno al otro, cuando Zor y yo salimos de la cámara dispuestos a continuar

nuestra interminable búsqueda.

Dormimos tres veces desde que nos separamos de Kleeto, siempre arreglándonoslas para encontrar comida, en un par de ocasiones sentándonos a comer junto a unos idiotas que no parecieron percatarse de nuestra presencia.

En una ocasión, tras llevar algún tiempo sin probar bocado, Zor y yo llegamos a una amplia habitación en la que había sido situada una larga mesa a la que se sentaban unos cien hombres a comer. Al ver varios sitios vacíos, dimos una vuelta a su alrededor y nos sentamos, asumiendo que, al igual que había ocurrido anteriormente, nadie nos prestaría atención. Sin embargo, esta vez estábamos equivocados. Sentado a un extremo de la mesa, se encontraba un hombre cubierto con un tocado de plumas.

—¿Quiénes son estos hombres? —gritó cuando nos sentamos—. Nunca los había visto antes.

—Yo sé quiénes son —respondió un individuo que se hallaba sentado frente a nosotros. Al mirarle, descubrí el repulsivo rostro de rata de Ro.

—¿Sí? ¿Quiénes son? —demandó el hombre del tocado de plumas—. ¿Qué están haciendo en la mesa del rey?

—No sé qué hacen en la mesa del rey, Meeza —contestó Ro—, pero sé quiénes son. Fueron traídos a presencia de Gofo hace muchos sueños; luego desaparecieron al mismo tiempo que Noak.

Por accidente, habíamos ido a parar a la estancia en que comía el rey. El hombre del tocado de plumas era Meeza. Al parecer, íbamos a tener que dar algún tipo de explicación.

—Bien —exigió Meeza—, ¿quiénes sois y qué estáis haciendo aquí?

—Somos visitantes de Gamba —contestó Zor.

—Creo que están mintiendo —dijo Ro—. La última vez que les vi no iban vestidos como jukans, sino como extranjeros procedentes de otros países.

—¿Cómo os llamáis? —inquirió Meeza.

Aunque parecía tener más autocontrol que el resto de los jukans, pude observar que estaba empezando a ponerse nervioso. Los jukans son tan inestables que el más mínimo incidente es capaz de sacarles de sus casillas, y, después de eso, nadie es capaz de predecir lo que puede suceder.

—Mi compañero se llama Zor —respondí—. Yo soy David.

—Zor —repitió Meeza—. Zor puede ser el nombre de un jukan, pero no David. Coged a ese y atadle —dijo Meeza, señalándome a mí—. Zor, tú serás bienvenido al palacio de Meeza.

—¿Qué vais a hacer con David? —preguntó Zor.

—Necesitamos una ofrenda para apaciguar a Ogar —respondió Meeza—. Tu compañero servirá. ¡Lleváosle!

—Pero él no ha hecho nada —insistió Zor—. Es amigo mío y sé que no ha hecho nada. No deberías causarle ningún daño, Meeza.

Meeza se levantó de un salto. Sus ojos relampagueaban de ira.

—¿Te atreves a contradecirme? —gritó—. Debería arrancarte el corazón.

Entonces su tono se apaciguó y su voz pareció más calmada.

—Pero eres mi invitado de honor —dijo—. Acércate; bebe y come con nosotros.

Mientras me arrastraban fuera de la estancia, vi como dos sirvientes traían un enorme colmillo de mastodonte lleno a rebosar de algún tipo de líquido. Se lo tendieron a Meeza, quien bebió de él y luego se lo pasó al hombre que se hallaba a su derecha. De esta forma el colmillo comenzó a circular por la mesa, mientras yo era definitivamente sacado

de la estancia.

La perspectiva era cualquier cosa menos agradable. Allí estaba yo, definitivamente prisionero y condenado a ser sacrificado a una pagana deidad. El único rayo de esperanza que penetraba en tan sombría perspectiva emanaba de la chapucera y absurda manera en que me habían atado las manos a la espalda. Incluso mientras me ataban me había dado cuenta de que no me iba a ser difícil liberarme, cosa que llevé a cabo poco después de que me hubieran dejado solo. Sin embargo, la recia puerta que cerraba mi celda desafiaba cualquier intento que hiciera por forzarla, de modo que continuaba siendo un prisionero condenado a muerte.



Capítulo X

Mientras yacía en aquella oscura celda, encontré motivos para pensar en aquel extraño pueblo en cuyas garras me había arrojado el destino. Indudablemente se trataba de unos maníacos, aunque habían alcanzado un grado de civilización mayor que cualquier otra tribu de Pellucidar con la que estuviera familiarizado. Vivían en inmensos poblados en lugar de hacerlo en cavernas, se sentaban en mesas en lugar de comer agazapados en el suelo y tenían un dios al que adoraban en forma de ídolo.

Me pregunté qué extraño capricho del destino habría convertido en locos a toda una nación, y si las futuras generaciones serían incluso más violentas, o si quizá las semillas de la locura las acabarían destruyendo. Y mientras meditaba sobre todas aquellas cuestiones caí dormido y soñé con Sari, con Abner Perry y con Dian la Hermosa. Al despertar, mi corazón se lamentaba de no poder seguir durmiendo y soñar así eternamente.

Me sentía vorazmente hambriento, pues, aunque había estado sentado a la mesa del rey, no había tenido oportunidad de comer nada ante la rapidez con la que me habían echado de la sala. Me pregunté si me traerían algo de comer, si bien, conociendo a aquella gente, suponía que a esas alturas ya se habrían olvidado por completo de mí y yacería allí hasta morirme de hambre.

Buscando algo en lo que entretenerme, comencé a recorrer lentamente las dimensiones de mi celda; cualquier cosa era buena con tal de mantener ocupada mi mente. Estaba bastante oscura, así que caminé a tientas hasta toparme con una de las paredes; luego me moví despacio hacia atrás, manteniendo siempre una mano sobre el muro. Me quedé sorprendido de que lo que al principio había tomado por una pequeña estancia fuera tan grande. De hecho, resultaba ser verdaderamente enorme. Por fin, la verdad se desveló ante mí. Me habían encerrado en un corredor.

Atravesándolo, descubrí que apenas tenía un par de pasos de ancho. ¿Adónde llevaba? Me determiné a averiguarlo, pero antes regresé a la pared desde la que había comenzado mi exploración. Mantuve mi mano constantemente pegada al muro, de modo que siempre pudiera regresar a ella si así lo deseaba. Semejante precaución me pareció necesaria ante la posibilidad de que hubiera otros corredores que atravesaran aquel en el que me encontraba y la oscuridad me hiciera perderme si no mantenía una mano constantemente pegada a la pared.

Al igual que los otros corredores que había visto anteriormente, este discurría primero en una dirección y luego en otra, siempre en la más absoluta oscuridad.

Había estado siguiendo aquel pasadizo durante algún tiempo cuando percibí voces delante de mí. Al principio sonaban débiles y amortiguadas, pero a medida que continué avanzando fueron escuchándose con mayor claridad, por lo que supuse que me estaba aproximando a ellas. Finalmente, las distinguí claramente. Eran las voces de un hombre y una mujer. Parecían discutir sobre algo; en breve, fui capaz de entender lo que decían.

—Si vienes conmigo, te llevaré de vuelta a tu propio país —decía el hombre—. Si te quedas aquí, Bruma te sacrificará a Ogar. Ni siquiera Meeza podrá salvarte, aunque esté ansioso por quedarse contigo.

—No creo tus palabras —respondió la mujer—. Sabes que nunca podrás sacarme de aquí. Tan pronto como me echen en falta, Bruma y Meeza registrarán el poblado de arriba abajo.

—No les servirá de nada —repuso el hombre—. Estaremos fuera del poblado antes de que alguien se entere de que nos hemos marchado. En esta misma habitación existe un pasadizo que conduce a una caverna situada en la selva, más allá de las murallas del poblado; se encuentra justo detrás de esa puerta.

Al decir esto, golpeó con sus nudillos un panel de madera. El golpe sonó tan cerca de mi oído que no pude evitar sobresaltarme.

Así que este era el pasadizo que conducía al exterior del palacio. Aquellos locos me habían ido a encerrar en el único lugar del que me podía escapar. Daba auténtica risa. Cómo me hubiera gustado que Zor y Kleeto se hallasen conmigo. Ahora no serviría de nada intentar regresar a su lado. En primer lugar, porque no podía salir del corredor al palacio, y, en segundo lugar, porque, aunque hubiera podido hacerlo, era incapaz de llegar hasta Zor, pues ahora era un invitado de honor a la mesa de Meeza. Además, tampoco sabía cómo llegar hasta Kleeto a través de los tortuosos pasadizos del palacio. No obstante, odiaba tener que abandonar a mis amigos, así que decidí permanecer allí intentando encontrar el modo de hacerles llegar un mensaje.

Mientras me encontraba allí de pie, pensando, podía oír como el hombre que se hallaba al otro lado de la pared hablaba en fuertes tonos a la mujer. Sin embargo, no fui capaz de volver a entender sus palabras hasta que en breve volvió a alzar la voz.

—Te digo que te amo —decía—, y, con Meeza o sin Meeza, con Bruma o sin Bruma, vas a ser mía.

—Ya tengo un compañero —contestó la mujer—, y, aunque no lo tuviera, antes preferiría unirme a un jalok que a ti.

—¡Me comparas con un jalok, esclava! —rugió el hombre; su voz temblaba de rabia—. ¡Soy Moko, el hijo del rey! ¿Cómo te atreves a insultarme?

—Al único que he insultado ha sido al jalok —repuso la mujer.

—¡Por Ogar! —exclamó el hombre—. Nadie se quedará contigo, mujer; ni tampoco volverás a Sari. Vas a morir por este insulto.

¡Aquella era la muchacha de Sari! No esperé a oír más. Me lancé contra el panel de madera que tenía frente a mí, haciéndose este pedazos ante mi peso. Al introducirme en la habitación, vi a la muchacha debatiéndose en los brazos de Moko, el hijo del rey. La muchacha me daba la espalda, pero el hombre me vio por encima de su hombro. Sus ojos relampagueaban de furia homicida mientras intentaba liberar la mano con la que sostenía el cuchillo de la presa de su pretendida víctima.

—¡Sal de aquí! —me gritó—. ¡Sal!

—No hasta que haya acabado contigo —le respondí, mientras avanzaba hacia él con el cuchillo de piedra en mi mano.

—¡Soy Moko, el hijo del rey! —rugió—. Te he dicho que salgas de aquí. Si no obedeces, morirás.

—No soy yo quien va a morir —contesté, sin dejar de acercarme a él.

Con un grito, apartó a la muchacha de él y vino a mi encuentro. Era más diestro que yo en el manejo del cuchillo, y si yo hubiera dependido únicamente de mi habilidad en el uso de tal arma, hubiera muerto aquel día en el palacio del rey Meeza. Pero no dependía solo de mi cuchillo. Deteniendo su primer golpe con mi brazo derecho, lancé mi izquierda contra su mentón. Mi golpe le derribó, pero se levantó casi inmediatamente y vino de nuevo hacia mí, aunque como pude observar se hallaba un poco *groggy*. Volvió a lanzarme un golpe terrible, pero me aparté a un lado y lo esquivé, al tiempo que le introducía mi cuchillo entre las costillas. Con un único y espantoso aullido, se fue al suelo y se quedó inmóvil.

Entonces, al volverme hacia la muchacha, mis ojos se desorbitaron de asombro. Por un momento, no fui capaz de dar crédito a su testimonio.

—¡Dian! —exclamé—. ¡No es posible!

Dian corrió hacia mí, echándome los brazos al cuello.

—¡David! —sollozó.

Permanecimos allí, abrazados. Pasaron algunos minutos antes de que alguno de los dos pudiera hablar.

—David —dijo ella por fin—, apenas pude creer a mis ojos cuando te vi entrar en la habitación. Sabía que tú no me habías reconocido, ya que te estaba dando la espalda al entrar. Podía haberte gritado que era yo, pero preferí no hacerlo para no distraer tu atención de Moko.

—Dime cómo has llegado hasta aquí —le pedí.

—Es una larga historia, David —contestó—. Espera a que tengamos más tiempo. Ahora tenemos que pensar en salir de aquí. Moko me ha dicho que había una salida en esta habitación.

—Sí —repuse—, le oí cuando te lo decía. Pero tenemos un problema: hay otros dos prisioneros a los que tengo que ayudar a escapar. Zor de Zoram, a quien capturaron conmigo, y Kleeto, una muchacha de Suvi que nos ha ayudado y nos ha hecho posible conseguir el atuendo de jukans con el que nos hemos disfrazado.

—Entonces trataremos de ayudarles —dijo Dian—. Supongo que tienes algún plan en mente.

—Esa es la cuestión —respondí—. No tengo ninguno.

A continuación, le expliqué las dificultades a las que me había tenido que enfrentar. Cuando terminé de hacerlo, ella movió la cabeza.

—No parece que haya muchas posibilidades —dijo—. Pero aún así odiaría tener que abandonarles.

—Hay algo que tenemos que hacer cuanto antes, y es salir de esta habitación antes de que alguien pueda venir y nos encuentre con el cadáver de Moko. Lo mejor será que sigamos este corredor y descubramos si es verdad que conduce a la libertad; entonces estaremos en mejor situación de hacer planes para el futuro.

Antes de abandonar la estancia, volví a colocar el destrozado panel lo mejor que pude, tapándolo después con unos cortinajes, para llamar lo menos posible la atención hacia el lugar por el que habíamos escapado; luego arrastré el cadáver de Moko hacia el oscuro corredor.

—Si lo encuentran en esta habitación, será desde aquí donde comenzarán a buscarnos —dije—, y, lógicamente, si conocen el corredor, llegarán rápidamente a la conclusión de que hemos escapado a través de él. Pero si no ocurre así, no sabrán dónde buscar.

—Tienes razón —convino Dian—. Nadie sabe que Moko vino a esta habitación, ni tampoco creo que me busquen a mí en ella, pues no es aquí donde me retenían prisionera. Fue Moko quien hizo que viniéramos a este lugar.

Cogidos de la mano, Dian y yo seguimos el oscuro corredor hasta llegar a una recia puerta de madera que nos impedía el paso.

—Al otro lado se encuentra la libertad —dije, buscando a tientas el modo de abrirla.

Capítulo XI

La caverna que había al otro lado de aquella puerta era una formación caliza situada a un lado de la colina que había en las afueras del poblado. A través de la abertura exterior, entraba la suficiente luz como para permitirnos ver a nuestro alrededor. En un primer momento no pudimos determinar la extensión de la caverna, ya que aunque las paredes de uno de los lados eran discernibles, las que quedaban a nuestra izquierda se perdían en la oscuridad, sobre la que se vertía un pequeño arroyo de claras y frías aguas que discurría a través del suelo hasta desaparecer por la abertura exterior.

Mi mayor preocupación era que aquella cueva pudiera ser el cubil de algún animal salvaje, pero ni oímos nada ni percibimos ningún olor que sustanciase mis temores. Después, cuando nos aproximamos a la entrada, descubrimos que no había motivo para tal preocupación, puesto que la caverna se hallaba situada en una escarpada pendiente de más de veinte pies de altura, sobre una frondosa hondonada. Estábamos a salvo incluso de los más peligrosos reptiles alados de Pellucidar gracias a la densa vegetación de la cañada, que únicamente podían sobrevolar las más pequeñas criaturas aladas. Un árbol, que crecía cercano al risco, a un lado de la entrada de la caverna, nos proporcionaba los medios necesarios para descender al suelo cuando quisiéramos hacerlo, lo que habría sucedido de inmediato si no hubiéramos tenido que pensar en Zor y en Kleeto.

No me gustaba, sin embargo, la idea de permanecer en la cueva, ya que era consciente de que era utilizada a menudo por los miembros de la familia real, por lo que corríamos el peligro de ser descubiertos en cualquier momento. Tampoco me seducía la idea de acampar en el exterior de la caverna a causa de su proximidad al poblado.

No atreviéndome a dejar sola a Dian en aquella cueva, descendimos juntos al suelo. Desde esa nueva perspectiva descubrimos que había muchas más cavernas en el risco. Explorando algunas de ellas, dimos finalmente con una cuya entrada podía ser obstruida con facilidad. Estaba seca y no era muy grande, así que, después de llevar hasta ella algunas hojas y hierbas secas con las que cubrimos el suelo, tuvimos un hogar tan cómodo y confortable como cualquier pellucidaro hubiera podido desear. Recogí algunas nueces y frutos de los árboles, mientras Dian hizo acopio de diversos tubérculos que encontró. Aprovechados de este modo, regresamos a la caverna a hacer planes para el futuro y a descansar.

Aquella era la primera vez que teníamos un momento de descanso, relativamente seguros y a salvo, desde que la había encontrado, así que aproveché la ocasión para pedirle que me relatará las circunstancias que habían conducido a su apresamiento en el poblado de Meeza.

Me contó que al regresar mis guerreros a Sari, estos informaron de que había muerto en la batalla con las mujeres guerreras. Do-gad, sobrino del rey de Suvi, se hallaba de visita en Sari por aquel entonces. Al enterarse de que se me daba por muerto, no dejó de importunar constantemente a Dian para que se uniera a él como compañera. Abatida por la pena y molesta con aquel hombre, no tuvo demasiada paciencia con él y le ordenó que abandonase Sari. Al no hacerle caso y continuar allí, urdiendo toda clase de planes para conseguirla, Dian acudió ante Ghak, el rey de Sari, y le pidió que fuese expulsado. Fue solo por ser sobrino del rey de Suvi que Do-gad consiguió escapar con vida.

Incapaz de creer las noticias que le habían llevado de mi muerte, Dian organizó una expedición para partir en mi búsqueda.

La ruta elegida por aquella expedición la llevó a través del país de los suvios, y allí, para sorpresa de Dian, fueron recibidos de modo hostil por el rey de Suvi, cuya mente había sido emponzoñada contra los saris por Do-gad, su sobrino.

Su campamento fue rodeado y atacado por una fuerza de guerreros que los sobrepasaban ampliamente en número. Lógicamente, sus hombres cayeron derrotados y Dian fue hecha prisionera, siendo conducida ante el rey de Suvi.

—Siento que seas una mujer —dijo este—. Si fueras un hombre sabría como tratarte. La afrenta que me has hecho se merece la muerte.

—¿A qué afrenta te refieres? —inquirió Dian.

—Sin ninguna razón, ordenaste que Do-gad, mi sobrino, fuera expulsado de Sari.

—¿Es eso lo que te ha dicho? —preguntó ella.

—Sí —contestó el rey—. También me ha dicho que a duras penas consiguió escapar con vida.

—¿No te contó por qué fue expulsado de Sari? —inquirió Dian.

—Por ser un suvio —contestó el rey.

—Eso no es cierto —dijo Dian—. Se enteró de que mi compañero había muerto y comenzó a importunarme para que fuera su compañera. Yo le rechacé, pero él continuó molestándome. Fue entonces cuando le ordené que abandonase Sari. Si lo hubiera hecho enseguida no habría habido ningún problema, pero insistió en continuar allí y persistir en la misma actitud. Tuve que pedirle a Ghak que le expulsara. Ghak estaba terriblemente furioso y fue en verdad afortunado de lograr escapar con vida.

—Si has dicho la verdad, será Do-gad quien sea castigado y no tú —dijo el rey.

—He dicho la verdad —replicó Dian—. Y tú deberías saberlo, porque el argumento de que Do-gad fue expulsado de Sari por ser un suvio es absurdo. Los saris y los suvios siempre han estado en paz desde que se estableció el Imperio de Pellucidar. Muchos suvios, y tú lo sabes perfectamente, han ido a Sari y han sido tratados con respeto. No somos tan estúpidos como para convertir sin motivo alguno en nuestro enemigo a un aliado que siempre ha sido uno de los más fuertes soportes del Imperio.

El rey asintió.

—Hablas razonablemente, y estoy convencido de que dices la verdad. Lamento que mis guerreros atacasen tu campamento y que hayas tenido que sufrir la indignidad de ser apresada. Eres libre de quedarte o de marcharte. No obstante, dime, ¿por qué vinisteis tantos guerreros a Suvi?

—No creo que sean ciertos los rumores de que David, el emperador de Pellucidar, haya muerto —respondió Dian—. Mis guerreros y yo íbamos en su búsqueda.

—Te proporcionaré los guerreros que necesites para cubrir el puesto de los que has perdido —dijo el rey—. Así podrás continuar tu camino.

—Es demasiado tarde —contestó Dian—. Los dos únicos guerreros que podían guiarnos hasta el lugar en que David fue visto por última vez, han muerto. Tendré que regresar a Sari para conseguir nuevas guías.

—Te proporcionaré entonces una escolta para que puedas regresar a Sari —dijo el rey.

Do-gad, al enterarse de lo que había ocurrido y de que iba a ser castigado, escapó del poblado junto a una partida de seguidores suyos. Se dirigieron hacia Sari y luego esperaron a que llegase Dian y su escolta.

Sin sospechar del peligro que les acechaba, la escolta de Dian se introdujo en una emboscada. Cuando Dian se apercibió de ello y descubrió que los hombres de Do-gad

aventajaban a los suyos en número, siendo prácticamente segura su victoria, se escapó durante la batalla.

Dado que Do-gad y sus hombres se encontraban entre ella y Sari, se vio obligada a dar un amplio rodeo para impedir ser capturada.

Pellucidar es un mundo salvaje en el que una mujer sola se encuentra prácticamente indefensa. Los peligros a los que se enfrentó la fueron alejando cada vez más de Sari. Cada vez que intentaba orientarse de nuevo hacia la tierra de los saris, algo obstaculizaba su camino. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Do-gad estaba siguiendo su rastro y su único pensamiento consciente fue escapar de él. Durante cuánto tiempo y cuánta distancia recorrió en su huida, Dian fue incapaz de saberlo. El que escapase con vida de todos los peligros que la acecharon resultó casi un milagro. Finalmente, cayó en manos de los jukans. Hacía mucho tiempo que había abandonado toda esperanza de fuga cuando el destino me llevó a su lado. Sin embargo, ahora que estábamos juntos de nuevo, todo aquello por lo que habíamos pasado se nos hacía poco en comparación con la enorme alegría que experimentábamos al renovar la unión que habíamos creído perdida para siempre.

Dian me dio noticias de nuestros amigos en Sari, y, lo mejor de todo, que los reinos federados de Pellucidar continuaban siendo leales al Imperio. En una ocasión anterior en la que también había estado largo tiempo ausente, la Federación había comenzado a desintegrarse. Ahora parecía que este peligro había pasado. Lo único que nos preocupaba en ese momento era hacer posible la fuga de Zor y Kleeto.

Una vez más, me puse a la tarea de fabricar armas, en esta ocasión un par de arcos y las flechas necesarias para Dian y para mí, así como dos lanzas cortas. Aquellas eran las armas con las que Dian estaba más familiarizada. Ahora no tenía dudas de que conseguiríamos llegar a Sari una vez que hubiéramos dejado atrás el Valle de los Jukans. Era de lamentar que tuviéramos que echar a perder la oportunidad de que ahora disponíamos a causa de Zor y de Kleeto, pero, en honor, no podíamos hacer otra cosa. Mientras trabajaba en mis armas, decidí buscar algún plan que me permitiera sacar a Zor y a Kleeto del poblado de los jukans.



Capítulo XII

Cuando por fin mis armas estuvieron terminadas, ya había dado con un plan para liberar a Zor y a Kleeto que esperaba diese resultado, aunque lo cierto es que entrañaba riesgos considerables. El mayor problema era que tenía que dejar sola a Dian en la caverna, sin protección alguna, mientras me introducía en el poblado de los jukans. A mí no me acababa de convencer por este motivo, y a ella no le gustaba debido al riesgo que iba a correr de que me volvieran a capturar. Pero no había otra solución, así que decidimos ponerlo en práctica cuanto antes.

Gracias a un pigmento pardusco que habíamos obtenido machacando cierto tipo de bayas, Dian trazó una serie de suaves líneas y arrugas en mi rostro, intentando desfigurar mis rasgos. Cuando hubo terminado, comentó que apenas era capaz de reconocerse debido a lo mucho que aquel procedimiento había alterado mi rostro.

—Desearía que todo esto hubiera terminado y que estuvieras aquí otra vez, de vuelta conmigo —dijo—. No estaré tranquila hasta que regreses.

—Si después de que hayas dormido tres veces no he vuelto, intenta llegar a Sari —le dije.

—Si no regresas, me dará igual a dónde ir —contestó.

Le di un beso de despedida, y, luego, tras obstruir la entrada de la caverna y camuflarla con ramas y arbustos, emprendí el camino hacia el poblado de los jukans. La cueva estaba bien aprovisionada de comida y también habíamos llevado hasta ella varias calabazas llenas de agua antes de marcharme, por lo que estaba seguro de que Dian disponía de agua y de comida para más de tres sueños. Además, la cueva estaba lo suficientemente bien escondida como para no temer que fuera descubierta por hombres o animales.

Al llegar a las puertas del poblado, fui detenido por los centinelas que se hallaban de guardia, una docena de maníacos de ojos enloquecidos.

—¿Quién eres? —preguntó uno—. ¿Qué buscas aquí?

—Soy un visitante de Gamba —respondí—. Vengo a reunirme con mi amigo Zor, que ha venido a visitar al rey Meeza.

Conferenciaron en voz baja durante unos instantes; finalmente, el que se había dirigido a mí volvió a hablar.

—¿Cómo sabemos que de verdad procedes de Gamba? —preguntó.

—Porque soy amigo de Zor y él es de Gamba —contesté.

—Sí, parece razonable —dijo uno de ellos—. ¿Cómo te llamas?

—Innes —respondí, utilizando mi apellido.

—In-ess —repitió el individuo—. Es un nombre extraño. Sí, supongo que debes ser de Gamba.

Los otros asintieron en respuesta a su sabiduría.

—No hay duda —dijo otro—. Debe ser de Gamba.

—A mí no me lo parece —dijo un tercero—. No lleva lanza. Ningún hombre viajaría desde Gamba armado solo con un cuchillo.

Evidentemente, aquel individuo tenía un poco más de sentido que sus compañeros. Su objeción tenía lógica.

—Eso es cierto —dijo el que primero había hablado—. No llevas lanza, así que no puedes venir de Gamba.

—¡Te digo que es de Gamba! —gritó otro.

—¿Entonces dónde está su lanza? —preguntó el inteligente, satisfecho de sí mismo.

—La perdí en las llanuras, antes de introducirme en la selva —expliqué—. Tenía hambre y necesitaba comer. Alcancé con mi lanza a un antílope, pero no conseguí matarle. Se dio media vuelta y se escapó, llevándose mi lanza consigo. Así es como la perdí. Vamos, dejadme entrar o Meeza se enfurecerá.

—De acuerdo —dijo el que estaba al mando—. Creo que todo está en orden. Puedes entrar al poblado. ¿Adónde te diriges?

—Al palacio de Meeza, el rey —contesté.

—¿Por qué quieres ir allí? —preguntó.

—Porque es allí donde se encuentra mi amigo.

Entonces al inteligente se le ocurrió otra idea.

—¿Cómo sabes que está allí si vienes de Gamba? —inquirió.

—Es cierto —observaron los demás prácticamente a coro—. ¿Cómo sabes que se encuentra allí?

—No sé si está allí, pero...

—¡Admites que no lo sabes! Has venido aquí con algún propósito oculto. ¡Eso se merece la muerte!

—¡Un momento! —exclamé—. No me habéis dejado acabar. He dicho que no sabía si estaba allí, pero sé que ha venido a visitar a Meeza, así que es lógico suponer que estará en el palacio de Meeza.

—Un buen razonamiento —dijo el que estaba al mando—. Puedes pasar.

—Haz que alguien me acompañe hasta el palacio, para que los guerreros que estén de guardia vean que todo está en orden y me dejen ver a mi amigo —le pedí.

Para mi disgusto designó al suspicaz, y, juntos, emprendimos el camino hacia el palacio a través de las estrechas callejuelas. Las escenas que se desarrollaban en la insana ciudad eran las mismas de las que había sido testigo al llegar a ella por primera vez, indescriptiblemente lunáticas, grotescas o bestiales, según el humor de los diversos actores. En la plaza situada ante el palacio, los sacerdotes seguían dando vueltas a su noria alrededor de Ogar, el dios de los jukans.

Mi guía aún sospechaba de mí y no dudó en ponerme al corriente de tal circunstancia.

—Eres un mentiroso y un impostor —dijo—. No creo ni que seas de Gamba ni que tengas aquí un amigo llamado Zor.

—Es raro que pienses eso —dije.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque eres, de lejos, el hombre más inteligente con el que me he encontrado en mi vida, así que deberías saber que estoy diciendo la verdad.

Pude observar que mi comentario le había halagado, puesto que comenzó a pavonearse y contonearse. Enseguida, dijo:

—Por supuesto que soy una persona muy inteligente, aunque tú sí pareces un poco estúpido. Si no, te habrías dado cuenta de que he estado bromeando todo el tiempo. Siempre he sabido que eras de Gamba.

—Eres un individuo muy simpático —dije—. Posees un gran sentido del humor. Ahora estoy seguro de que no tendré ninguna dificultad para entrar en el palacio y encontrar a mi amigo. Es una suerte tener a mi lado a un hombre de tan alta consideración y de tanta inteligencia como tú.

—No tendrás ningún problema —me aseguró—. Yo mismo te introduciré en el palacio y te conduciré a las habitaciones del rey.

Lo cierto es que aquel individuo cumplió su palabra. Al parecer, era bien conocido en el palacio y más importante de lo que yo me había imaginado, pues la guardia nos hizo pasar inmediatamente. De nuevo, fui conducido a la estancia en la que Gofofo nos había recibido a Zor y a mí. Ahora había otra persona al mando, pero no nos prestó ninguna atención. Parecía sufrir de hipocondría, ya que se hallaba en el suelo sudando copiosamente. Una de las reglas del palacio era que la persona a cargo del edificio interrogase a todo aquel que entrase en él. No podíamos ir más allá sin su permiso.

—No me molestéis con eso —dijo el hombre cuando mi guía le pidió su permiso—. Soy un hombre enfermo, muy enfermo.

—¿Qué es lo que te ocurre? —le pregunté.

—Nada —respondió—; ese es el problema. No tengo ninguna enfermedad.

—Pues parece tener mala cara —le dije.

Me miró de reojo con un gesto más animado.

—¿De veras crees eso? —inquirió.

—No tengo ninguna duda al respecto —le aseguré.

—¿Adónde dices que quieres ir? —me preguntó.

—He venido a visitar a mi amigo Zor. Es un invitado de Meeza, el rey.

—¿Entonces a qué estáis esperando? —contestó enojado—. Salid de aquí y dejadme en paz.

Mi guía y yo abandonamos la cámara.

—A veces creo que está loco —comentó mi acompañante—. Aquí mucha gente lo está.

—Tal vez sea así —repliqué.

Al pasar junto a la cocina en que trabajaba Kleeto, nos encontramos de frente con ella en el corredor. Apenas me miró un instante, sin hacer la más mínima señal de haberme reconocido. Me pregunté si mi disfraz era de verdad tan efectivo o si Kleeto había sido lo suficientemente inteligente para no mostrar señal alguna de reconocimiento.

A medida que continuamos adentrándonos en el palacio, mi guía empezó a avanzar con más cautela. Algo parecía intranquilizarlo. Por fin, sacó el tema a relucir.

—Quizá sería mejor que continuases solo a partir de aquí —dijo.

—No sé a dónde tengo que ir —repuse—. ¿Por qué no quieres seguir a mi lado?

—Están ocurriendo cosas muy raras en el palacio —contestó—. Puede que Meeza no se alegre de ver a un extraño.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —pregunté.

—Por una parte, Moko, el hijo del rey, ha desaparecido. También ha desaparecido una hermosa mujer sari que iba a ser sacrificada a Ogar, y lo mismo ha sucedido con un prisionero llamado David. Tenía las manos atadas a la espalda y estaba encerrado en una celda. También iba a ser sacrificado a Ogar, pero cuando fueron a sacarle de su celda había desaparecido.

—¡Qué extraño! —exclamé—. ¿Nadie sabe qué ha sido de él, de Moko o de esa mujer sari?

—Por ahora no —contestó—. Pero Bruma lo averiguará tan pronto como encuentre otro sacrificio para Ogar. Ogar se lo revelará.

—No creo que Bruma tenga ninguna dificultad en encontrar una víctima adecuada para un sacrificio —dije.

—Necesita una muy especial —repuso mi guía—. Tiene que ser un hombre que no sea un jukan, o, quizás, un jukan de otro poblado.

Entonces, de repente, me dirigió una extraña mirada; luego se dio media vuelta y continuó avanzando. No necesité preguntarle lo que se le acababa de pasar por la cabeza.



Capítulo XIII

Muchas cosas ocupaban mi mente mientras me aproximaba a los aposentos de Meeza. Supongo que debía sentirme como un condenado a muerte que espera que un tribunal superior ordene un nuevo juicio o que el gobernador le conceda el perdón. La mirada que aquel individuo me había dirigido parecía haber sellado mi destino, toda vez que si la idea se le había ocurrido a él, seguramente también se le ocurriría a Bruma, que en ese momento estaba buscando una víctima. Mi guía continuaba mirándome con una jocosa y salvaje expresión en sus ojos.

—Creo que Bruma estará complacido de verte —dijo de repente.

—Así lo espero —contesté.

—Justo delante de nosotros se encuentran los aposentos de Meeza —dijo—. Tal vez Bruma se encuentre allí.

—Gracias por acompañarme —dije—. Si crees que puedes tener algún problema por traer a un extraño hasta aquí, puedes marcharte. Ya encontraré yo solo el camino.

—No te preocupes por eso —replicó—. Iré contigo. Estoy seguro de que serás bienvenido y de que seré recompensado por traerte hasta aquí.

De repente salimos a una amplia estancia en la que se hallaban muchas personas. En su extremo había una tarima sobre la que se sentaba Meeza. Estaba flanqueado a cada lado por unos diez o doce guerreros, sin duda apostados allí para protegerle de cualquier individuo que pudiera sufrir un repentino acceso de ira homicida. Aunque Meeza no llevaba más corona que su tocado de plumas, estoy seguro de que su cabeza no solo se sentía intranquila sino extremadamente insegura.

En el centro de la estancia, un hombre se hallaba de pie con los brazos situados en una posición grotesca. Sus rasgos aparecían retorcidos en una expresión de diabólica malevolencia. Mi guía me hizo un guiño y me lo indicó con la cabeza, al tiempo que me daba un codazo.

—Está loco —me dijo—. Se cree el hermano de Ogar.

—¿Y no lo es? —le pregunté.

—No seas idiota —me espetó—. Ese individuo está completamente loco. El hermano de Ogar soy yo.

—¡Ah! —exclamé—. En efecto, tienes razón. Debe estar mal de la cabeza.

El hombre ciertamente presentaba un aspecto sorprendente, de pie, completamente rígido, sin mover un solo músculo y con la mirada fija hacia delante. De pronto, otro individuo se aproximó corriendo y empezó a dar vueltas a su alrededor. Mi guía me volvió a dar con el codo.

—También está loco —dijo.

Nadie parecía prestar atención ni al caballero con delirios de grandeza ni a su vertiginoso satélite. Lo único que podía pensar mientras los observaba era en lo cerca que debían haberse hallado de la frontera de la locura algunos de los autodenominados grandes hombres del mundo exterior, ya que muchos de ellos han aparentado estar básicamente motivados por sus delirios de grandeza. Sin duda, algunos de vosotros seréis también capaces de pensar en muchos personajes de vuestro propio tiempo a quienes les encanta adoptar determinadas poses.

—¡Ahí está Bruma! —exclamó mi guía.

De repente pareció ponerse muy nervioso. Cogiéndome por el brazo, me arrastró a

través de la estancia hacia un individuo gordo y de aspecto grasiento que llevaba un tocado de plumas similar al ostentado por Meeza, salvo que sus plumas eran negras en lugar de blancas.

Mi guía se excitaba cada vez más a medida que nos acercábamos a Bruma. Al mismo tiempo, yo no dejaba de estrujarme el cerebro buscando alguna solución al dilema frente al que me hallaba, pero las cosas parecían haberse puesto muy negras para mí. En lo que podía ver, no había ninguna posibilidad de huida. Temblando de excitación, el individuo me llevó ante Bruma.

—¡Bruma! —exclamó—. Aquí tienes un...

Eso fue todo lo que dijo. De pronto se quedó rígido, los ojos se le pusieron en blanco y cayó de bruces al suelo a los pies de Bruma, presa de un ataque epiléptico. Tras observar al individuo que se hallaba tendido a sus pies, temblando espasmódicamente y aferrándose la garganta, Bruma me miró interrogativamente.

—¿Qué quería? —me preguntó.

—Iba a decirte que yo era un buen amigo suyo y que estoy buscando a un hombre llamado Zor —contesté.

—¿Y tú quién eres? —inquirió.

—Me llamo Napoleón Bonaparte.

Bruma movió la cabeza en gesto negativo.

—Nunca he oído hablar de ti —dijo—. Zor está allí, junto al rey, aunque sigo pensando que sería un buen sacrificio para Ogar.

—¿Meeza no lo cree así? —le pregunté.

—No —contestó Bruma enfáticamente; luego, acercándose más a mí, me susurró al oído—: Meeza está loco.

Mi guía todavía seguía retorciéndose, lo que me suponía un afortunado respiro, puesto que probablemente me daría tiempo para encontrar a Zor y salir de allí antes de que recuperase la consciencia. Dejando a Bruma, encaminé mis pasos hacia el trono.

No me llevó mucho tiempo encontrar a Zor. A pesar de situarme frente a él, no me reconoció. La gente con la que estaba hablando se hallaba muy cerca, por lo que no me atreví a revelar mi identidad en su presencia.

Le toqué en un brazo.

—Acompáñame un momento —le dije—. Hay un amigo tuyo cerca de aquí que quiere hablar contigo.

—¿Qué amigo? —preguntó.

—El amigo con quien trabajaste en los campos de Gluck —respondí.

—¿Pretendes hacerme caer en una trampa? —inquirió—. Ese hombre ya no está aquí, a no ser que le hayáis vuelto a capturar, y tampoco sería tan estúpido como para volver aquí por su propia voluntad.

—Está aquí —le dije en un susurro—. Acompáñame, Zor.

Zor vacilaba. Yo no sabía qué hacer. Era consciente de que Zor sospechaba de toda aquella gente y de que seguramente estaba pensando que aquello era una treta para llevarle a algún sitio, fuera de la vista de todos, y acabar así con su vida. Los jukans solían actuar de ese modo. Sin embargo, no podía revelarle mi identidad mientras hubiera allí tanta gente escuchando lo que estábamos hablando. Miré de reojo a mi guía. Nadie le prestaba atención pero parecía estar recuperándose del ataque. Era consciente de que tenía que hacer algo con rapidez, antes de que aquel individuo recuperase la consciencia. Al levantar los ojos de la postrada figura de mi antiguo guía, observé la mirada de Bruma fija en mí. De pronto,

comenzó a andar hacia donde nos encontrábamos; sin pérdida de tiempo, me volví hacia Zor.

—Tienes que venir conmigo —le apremié—. Estoy diciéndote la verdad. ¿Cómo iba a saber sino lo de los campos de Gluck?

—Es cierto —repuso Zor—. No había pensado en eso. ¿Adónde quieres que vayamos?

—Con Kleeto —contesté en un susurro.

Entonces me examinó detenidamente. Sus ojos se abrieron de asombro.

—Soy un estúpido —dijo—. Vamos.

Pero no pudimos ir a ninguna parte. Justo en ese momento, Bruma llegó a nuestro lado.

—¿De dónde es este Napolaparte? —le preguntó a Zor.

Zor le miró confundido.

—Tu amigo, Napolaparte —insistió Bruma.

—Nunca he oído hablar de nadie llamado así —respondió Zor.

—¡Un impostor! —exclamó Bruma, mirándome fijamente—. Este hombre, Napolaparte, ha afirmado ser amigo tuyo.

—Has entendido mal mi nombre, Bruma —le interrumpí—. Te dije que me llamaba Napoleón Bonaparte.

—¡Ah! —exclamó Zor—. Ahora te entiendo. Claro que conozco a Napoleón Bonaparte. Es un viejo amigo.

—Hay algo en su rostro que me resulta familiar —dijo Bruma—. Me parece que yo también te conozco, Napolaparte. ¿Dónde te he visto antes?

—Nunca te había visto hasta hoy —repliqué.

—¿De dónde eres entonces? —inquirió.

—De Gamba —contesté.

—¡Excelente! —exclamó Bruma—. Justo el hombre que necesito para sacrificar a Ogar.

Ahora sí que me hallaba metido en un lío, y, para mayor desesperación, cuando estaba a punto de lograr mi objetivo. ¿Qué hacía ahora? Tenía entendido que los locos podían ser burlados; pero ¿cómo iba a hacer para burlar a Bruma?



Capítulo XIV

No soy propenso a dejarme llevar por el pánico, pero la situación en que me encontraba tendía a arrastrarme hacia ese estado en un grado mayor que cualquier otra que pudiera recordar en mi larga y azarosa experiencia en aquel salvaje y peligroso mundo.

Me hallaba rodeado de dementes, todos ellos enemigos potenciales, en un edificio del que no era capaz de salir sin la ayuda de un guía. Sin embargo, el aspecto más aterrador de la situación consistía en el hecho de que Dian se encontrase irremediablemente perdida si no era capaz de regresar a su lado. Me reproché a mí mismo el haber arriesgado su seguridad por la de dos personas sobre las que no tenía ninguna otra lealtad más que la dictada por la humanidad y el honor. En ese momento, les habría sacrificado a ambos, sin ningún sentimiento de culpa, si de alguna forma hubiera podido regresar al lado de Dian. Me daba cuenta de que había sobrestimado mi suerte y mi astucia. La primera parecía haberme abandonado y la segunda estaba a punto de ser neutralizada por las aún más astutas mentes de aquellos locos. Lo único que podía hacer era arriesgarme e intentar un farol. Sabía que Zor no vacilaría en ponerse a mi lado si había que luchar, pero también era consciente de que si teníamos que luchar para salir del palacio, la reacción de los jukans sería impredecible. Desenvainando mi cuchillo, miré a Bruma directamente a los ojos.

—Tú no vas a sacrificarme a Ogar —dije en un tono de voz lo suficientemente alto como para atraer la atención de todos hacia nosotros, incluida la de Meeza, el rey.

—¿Por qué? —inquirió Bruma.

—Porque soy un invitado de Meeza y demando su protección —repliqué.

—¿Quién es ese hombre? —exclamó el rey.

—Se llama Napolaparte —respondió Bruma—. Procede de Gamba y me propongo sacrificarle a Ogar para que este nos diga qué ha sido de Moko, tu hijo.

En ese momento me encontraba situado frente a donde se hallaba Meeza, ya que este estaba mirando a Bruma y escuchando lo que decía. Más allá de la multitud podía ver una puerta que conducía al salón del trono. Las espaldas de todos, excepto las de aquellos que estaban en la tarima con Meeza, se hallaban situadas frente a la puerta, y la atención de los que se encontraban en la tarima estaba centrada en Bruma y en mí. Por este motivo, yo fui el único en percibir a la cadavérica figura que se tambaleaba en el corredor, apoyándose débilmente contra el marco de la puerta.

—¿Nos dirá Ogar dónde está Moko si tú le ofreces este sacrificio? —le preguntó Meeza a Bruma.

—Si el sacrificio es aceptable para Ogar, nos lo dirá —contestó el sumo sacerdote—. Si no es aceptable para él, tendremos que hacer otro.

Me giré rápidamente hacia Meeza.

—No necesitas que Ogar te diga dónde está Moko —le dije—. Yo puedo hacerlo. ¿Nos dejarás en paz a Zor y a mí si te lo digo?

—Sí —afirmó el rey.

Volviéndome, señalé hacia la puerta.

—Moko está ahí —dije.

Todas las miradas se volvieron hacia la dirección que yo había indicado para ver a Moko tambaleándose hacia el interior de la estancia. Parecía un cadáver dotado con el don de la movilidad. Su figura y sus extremidades se veían muy delgadas y su cuerpo aparecía

literalmente cubierto de sangre seca procedente de una herida parcialmente curada que tenía bajo el corazón.

De modo que no había matado a Moko, y ahora, por algún irónico capricho del destino, este había regresado, posiblemente para salvarme la vida. Vi como se tambaleaba a través de la cámara hasta aproximarse al trono de Meeza, donde se dejó caer al suelo, exhausto.

—¿Dónde has estado? —preguntó el rey. En su voz no había nada que denotase simpatía o afecto.

Débilmente, tomando aire para respirar, Moko le respondió con un apagado susurro.

—Ha intentado matarme. Cuando recuperé el conocimiento, todo estaba a oscuras. Me había arrastrado hacia el pasadizo que solo conocen el rey y su hijo. Se ha marchado, llevándose con él a la mujer de Sari.

—¿A quién te refieres? —preguntó Meeza.

—No sé quién era —contestó Moko.

—Tiene que haber sido ese hombre, David, el que se escapó de la celda en la que le confinaste —sugirió Bruma.

—Los encontraremos —dijo Meeza colérico—. Enviad guerreros a la selva a buscarles. Que busquen también en la gran caverna que hay en la Garganta de los Reyes.

De inmediato, varios guerreros partieron hacia la puerta. Zor y yo nos unimos a ellos. No creo que Bruma se fijase en nosotros, ya que su atención se hallaba centrada en Moko, sobre el que estaba entonando una extraña jerigonza, sin duda una especie de conjuro sanatorio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zor.

—Tenemos que encontrar a Kleeto y luego intentar salir del poblado con esos guerreros —contesté—. Simularemos ayudarles en su búsqueda.

—No podemos sacar a una mujer del poblado —repuso Zor—. ¿No recuerdas lo que nos dijo Kleeto?

—Es cierto —repliqué—. Lo había olvidado. No obstante, puede que haya otra manera.

—¿Cuál?

—El pasadizo por el que hui la otra vez. El único problema es que conduce a la gran caverna en la que van a buscarme.

—¿Qué ha sido de la muchacha de Sari? —preguntó Zor.

—La llevé conmigo y la escondí en otra cueva que hay junto a la que sale el pasadizo.

—Vamos a llevarla con nosotros, ¿verdad?

—Por supuesto —contesté—. Cuando la encontré con Moko hice un descubrimiento sorprendente.

—¿A qué te refieres? —inquirió Zor.

—A que esa muchacha de Sari no es otra sino mi compañera, Dian la Hermosa.

—Entonces fue una afortunada casualidad la que hizo que te capturasen los jukans.

Encontramos a Kleeto en la cocina. Estuvo sorprendida y feliz de vernos, aunque al principio apenas podía creer que era yo quien acompañaba a Zor, dado lo bien que Dian había desfigurado mi rostro. Tampoco me había reconocido al vernos pasar a mi guía y a mí en el corredor, aunque recordaba haberse fijado en nosotros.

Tras discutir sobre lo que íbamos a hacer, finalmente decidimos adentrarnos en el pasadizo hasta alcanzar la parte posterior de la caverna. Allí aguardaríamos hasta que los

jukans hubiesen completado su registro y se marchasen. Estábamos seguros de que su búsqueda no llegaría al pasadizo, pero si lo hacía, simplemente nos mantendríamos por delante de ellos para impedir que nos descubriesen, incluso aunque tuviéramos que retroceder todo el camino hasta la entrada al pasadizo.

Sin embargo, nos enfrentábamos a otro obstáculo. Ninguno de nosotros sabía cómo llegar a la entrada del pasadizo. Ni Zor ni Kleeto habían estado jamás allí y yo era incapaz de recordar cómo llegar hasta él, incluso aunque mi vida y la de Dian dependían de ello.

—Entonces no nos queda más remedio que atravesar las puertas del poblado —dijo Zor.

—Marchaos vosotros —dijo Kleeto—. Estoy segura de que a mí no me dejarán pasar.

—Tiene que haber otro modo —repuso Zor.

—Puede que lo haya —señalé—. Tú y yo saldremos del poblado acompañando a los que van en mi búsqueda. Cuando los jukans hayan terminado de buscar en la Garganta de los Reyes, nos introduciremos en la caverna y regresaremos aquí a por Kleeto. Una vez que tú encuentres el camino desde el pasadizo hasta estas habitaciones, podrás retroceder con facilidad sobre tus pasos, algo que yo no puedo hacer.

—Es una buena idea —dijo Zor—. Pero no es necesario que vengas conmigo y abandones a tu compañera. Lo único que hay que hacer es guiar a Kleeto a través del palacio, y para eso no hacen falta dos hombres.

—Tienes razón —repuso Kleeto—; pero no quiero que arriesguéis vuestras vidas por mí. De todos modos, nunca esperé escapar de aquí. Lo mejor será que os aseguréis de escapar vosotros.

—David ya ha arriesgado su vida y la de su compañera por venir a rescatarnos —dijo Zor—. Te llevaremos con nosotros si hay alguna posibilidad de hacerlo.

Tras dejar a Kleeto y salir del palacio, en breve nos encontramos frente a las puertas exteriores. Los guerreros aún seguían saliendo en mi búsqueda, por lo que no tuvimos ningún problema en abandonar el poblado.

Encontramos la Garganta de los Reyes repleta de guerreros, de modo que nos unimos a ellos para estar más cerca de Dian y averiguar si la habían descubierto.

—Si lo han hecho, tendremos que luchar —le dije a Zor—. No permitiré que la vuelvan a llevar al poblado.

Mezclándome con los jukans y pretendiendo participar en mi propia búsqueda, me acerqué a la cueva en la que Dian se hallaba escondida. La barricada todavía seguía allí, cubierta por los arbustos. Nada había cambiado. En el interior de la caverna, a no más de diez pies de donde me encontraba, estaba la mujer que amaba, la única a la que he amado y la única a la que siempre amaré. Sin duda, ella estaba mucho más preocupada por mi seguridad que yo por la suya, y, sin embargo, no me atrevía a llamarla para hacerla saber que me encontraba allí, a salvo y a su lado, por temor a los jukans que había a nuestro alrededor.

Algún tiempo después, vi que algunos de ellos descendían de la gran caverna, por lo que supuse que ya habían terminado su búsqueda. Ahora Zor podía introducirse en ella, tan pronto como los jukans abandonasen la hondonada, y recorrer el camino a través del pasadizo hasta el interior del palacio.

Puede que no exista nada parecido al tiempo en Pellucidar, pero me pareció que pasó una eternidad antes de que los jukans diesen por finalizada su búsqueda en la garganta y se marchasen. Zor y yo nos las arreglamos para ocultarnos sin llamar la atención, de

modo que nadie se dio cuenta de que nos quedábamos atrás cuando los demás se marcharon.

—Ahora tendrás que llegar hasta donde se encuentra Kleeto y traerla aquí —le dije a Zor—. La entrada al pasadizo está justo frente a la boca de la caverna. Una vez que te internes en él, mantén siempre tu mano izquierda contra el muro y seguirás el mismo camino que hice yo desde el palacio a través del pasadizo...

De pronto, me detuve horrorizado cuando un recuerdo semiolvidado me vino repentinamente a la mente.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido de olvidarme de eso! —exclamé.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Zor.

—No podrás cruzar la puerta que se halla al otro extremo del pasadizo —contesté—. Fue detrás de esa puerta donde estuve prisionero, y resistió todos mis esfuerzos por derribarla.

—¿Y no hay otra manera? —inquirió.

—Sí la hay, pero no sé si podrás llevarla a cabo. Hay otra puerta que sale del corredor a la estancia en que encontré a Moko y a Dian. Tal vez puedas reconocerla al tacto cuando llegues a ella, aunque solo parece un panel de los que cubren la mayor parte del pasadizo.

—Si la puerta del corredor aún permanece cerrada, encontraré ese panel —me aseguró Zor.

—Tus posibilidades se verán muy reducidas si te ves forzado a elegir ese camino —le dije—. Estoy convencido de que esa estancia se encuentra en las habitaciones de Moko o de Meeza, puesto que Dian se hallaba prisionera cerca de ellas. Si te descubren allí, ten por seguro que perderás la vida. Tal vez sea mejor que desistas de la idea si la puerta del corredor aún se halla cerrada. Hemos hecho todo lo humanamente posible por sacar a Kleeto de allí.

—No pienso abandonarla —repuso Zor—. Si no he regresado dentro de dos sueños, será señal de que ya nunca regresaré. Coge entonces a tu compañera y emprended los dos el viaje hacia Sari.

Con un sentimiento de pesar en el corazón, me despedí de él, viendo como se subía al árbol y se introducía en la boca de la gran caverna.



Capítulo XV

Tan pronto como Zor partió hacia su misión, regresé a la caverna en que se hallaba escondida Dian. Después de asegurarme de que no había nadie en la hondonada, comencé a retirar los arbustos y la maleza que obstruían la entrada. Mientras lo hacía, la llamé varias veces. Al no recibir respuesta, supuse que se encontraba durmiendo, así que procedí a retirar los restos de la barricada tan silenciosamente como me fue posible a fin de no despertarla, pues el sueño es algo muypreciado en Pellucidar.

No recuerdo haber sido más feliz que en aquel momento. Mi espíritu se hallaba henchido de alegría, pues estaba convencido de que teníamos una inmejorable oportunidad de escapar del Valle de los Jukans y regresar juntos a nuestro querido Sari.

Tras hacer una abertura lo suficientemente grande para pasar mi cuerpo, me arrastré de espaldas al interior de la cueva, volviendo luego a obstruir la entrada lo mejor que pude. Mi intención era tenderme junto a Dian y dormir yo también un poco.

¡Qué sorpresa se iba a llevar cuando se despertase y me encontrase a su lado! Casi no podía resistir la tentación de verla y de tocarla. La cueva era pequeña, así que no podía hallarse a más de un brazo de distancia de mí; sin embargo, aunque busqué por todas partes, no la encontré. En ese momento, la terrible verdad cayó con todo su peso sobre mí: ¡Dian no estaba allí!

Ser arrojado desde tan altas cotas de felicidad a semejante abismo de desesperación me trastornó por completo. Más como un demente que como un hombre cuerdo, registré pulgada a pulgada la totalidad de la caverna. Encontré un poco de agua y de comida. También encontré mis armas, pero ni rastro de Dian.

Cualquier idea de entregarme al sueño se evaporó por completo; desapareció cualquier pensamiento dedicado a Zor y a Kleeto; ahora, solo me importaba Dian.

Cogiendo la lanza, el arco y las flechas que había dejado allí, aparté la barrera y salí al exterior. Durante un momento permanecí allí de pie, indeciso. ¿Dónde buscar a Dian? Algo, no sé el qué, parecía decirme que no había sido conducida otra vez al poblado. Decidí descender garganta abajo, que era la dirección que deberíamos haber tomado para alejarnos del Valle de los Jukans y dirigirnos a Sari. Eso era lo único que sabía, gracias a haberle preguntado a Dian la dirección en que quedaba nuestro hogar y haberme dicho ella el camino que debíamos seguir.

En toda la extensión de la Garganta de los Reyes, el terreno aparecía pisoteado por los jukans en su reciente e infructuosa búsqueda, de manera que cualquier posible señal del rastro de Dian había desaparecido. Sin embargo, esperaba que si me alejaba lo suficiente de allí lo acabaría encontrando, toda vez que al carecer del instinto del hogar propio de los pellucidaros, me había visto obligado a convertirme en un excelente rastreador. Era capaz de seguir un rastro que un hombre normal no hubiera sido capaz de percibir y confiaba absolutamente en mi habilidad para seguir el rastro de Dian y de quienquiera que se la hubiese llevado.

Llegué al final de la selva de los jukans sin haberme topado con hombre o bestia alguna y sin dar tampoco con ningún rastro de Dian.

De acuerdo con las instrucciones de Dian, giré hacia la derecha y bordeé la selva. Ella me había dicho que aquello me conduciría al extremo más alejado del valle, donde encontraría un río, y que siguiendo aquel río, llegaría a un mar interior en el que

desembocaba; luego, debía seguir la costa de aquel mar hacia la izquierda. Finalmente, divisaría un elevado pico a lo lejos, frente a mí, el cual me indicaría la dirección de Sari. Desde allí dependía de mis propios recursos para encontrar el camino, ya que ella había sido incapaz de recordar ningún otro punto de referencia. Al haber nacido con el mencionado instinto del hogar, no había necesitado fijarse de manera particular en ninguno de ellos.

Había alcanzado el extremo inferior del valle y llegado hasta el río sin descubrir ninguna señal de Dian, cuando empecé a pensar que podía haberme equivocado al asumir que se la habían llevado en aquella dirección, pues era igualmente posible que hubiera sido capturada por los jukans y llevada otra vez al poblado. ¿Debía regresar al poblado de Meeza o continuar avanzando? Esa era la cuestión. Mi mejor juicio me decía que diera media vuelta, pero finalmente decidí continuar hacia delante. Sin embargo, al cabo de un tiempo, desistí de mi intención inicial y retrocedí sobre mis pasos.

La selva que recorría el Valle de los Jukans cesaba de manera brusca al encontrarse con la llanura, aunque unos cuantos árboles seguían moteando esta última. Para poder ocultarme mejor, avancé hasta el borde de la masa selvática, desde donde la llanura aún me era visible y los árboles fáciles de alcanzar en caso de necesitar una urgente vía de escape ante cualquier posible carnívoro.

Desde el poblado de Meeza hasta el extremo inferior del valle, de donde había regresado, debía haber unas veinte millas. Llevaba bastante tiempo sin dormir y me encontraba prácticamente exhausto. Busqué un árbol en el que poder improvisar una plataforma que me permitiera descansar oculto por el follaje de miradas curiosas, y, a la vez, lo bastante alejada del suelo como para poder considerarme a salvo de las bestias de presa. Tras llevar a cabo mi propósito, me dormí.

No sé cuánto tiempo permanecí dormido pero al despertar descubrí que había llovido, pues la selva estaba empapada de agua. Que la lluvia no me hubiera despertado, evidenciaba lo agotado que me hallaba; pero ahora me encontraba mucho más descansado, así que de inmediato me deslicé al suelo, dispuesto a continuar mi viaje hasta el poblado de Meeza. Me encontraba más descansado, pero también vorazmente hambriento, lo que constituía una medida aproximada del tiempo que había estado durmiendo.

Al no disponer de tiempo para cazar, hice acopio de un poco de fruta con la intención de ir comiéndola por el camino; sin embargo, apenas había tocado el suelo cuando descubrí algo que erradicó cualquier pensamiento dedicado al hambre que pudiera existir en mi mente: justo bajo el árbol sobre el que había dormido, encontré las huellas de un hombre y una mujer claramente marcadas en el terreno mojado por la lluvia; un hombre y una mujer que se habían dirigido apresuradamente hacia el extremo inferior del valle. Al instante, deseché cualquier idea de regresar al poblado de los jukans, convencido de que aquellas eran las huellas de Dian y de su captor.

No podía saber la antigüedad de aquel rastro, puesto que tampoco sabía el tiempo que había dormido, pero estaba seguro de que la lluvia había caído hacía relativamente poco tiempo y que las dos personas habían pasado por allí durante o después de la tormenta.

La falta de medios para medir el tiempo en Pellucidar puede llegar a ser verdaderamente frustrante y molesta. En lo que era capaz de saber, podía haber estado durmiendo durante una semana de tiempo terrestre, y aquellas dos personas tanto encontrarse muy lejos de mí como relativamente cerca, ocultas en este último caso por los árboles de la selva.

Al hallarse bien marcado su rastro, pude seguirlo con rapidez. De hecho, adopté un vivo trote que la experiencia me había enseñado a mantener durante una considerable cantidad de tiempo, ya que solo de esta forma podía esperar alcanzarles, pues era evidente que marchaban muy deprisa.

Cerca del extremo del valle el rastro salió de la selva. Entonces, a lo lejos, distinguí dos figuras, si bien todavía a bastante distancia como para poder reconocerlas. Ahora ya no trotaba sino que corría. A menudo volvía a perderles de vista, según ellos o yo nos encontrásemos en hondonadas o en bajas praderas; sin embargo, cada vez que volvía a verles, comprobaba que les había ganado terreno.

Por fin, después de algún tiempo sin verles, al ascender una loma me los encontré justo debajo de mí. Estaban en un claro, haciendo frente a una pareja de jaloks, los feroces y salvajes sabuesos de Pellucidar. Los reconocí al instante. Eran Zor y Kleeto. Armados únicamente con sus toscos cuchillos de piedra, luchaban desesperadamente por sus vidas contra aquellas enormes bestias que se habían deslizado sigilosamente tras ellos. Su situación habría sido verdaderamente desesperada si no hubiera llegado a su lado de manera tan oportuna, si bien no estaba demasiado seguro de que los tres pudiéramos escapar con vida de aquel enfrentamiento, pues el jalok es un animal conocido por su gran fuerza y su terrible ferocidad. Es un consumado devorador de hombres que prefiere a los seres humanos sobre cualquier otra presa.

Mientras corría colina abajo en dirección a ellos, sus espaldas se hallaban vueltas hacia mí, de modo que no podían verme ni oír el ruido que mis pies calzados con sandalias hacían sobre la suave hierba. Los jaloks no me prestaban ninguna atención al sentir poco o ningún temor del hombre; de hecho, posiblemente me contemplaban como una nueva presa.

Sin dejar de correr, introduje una flecha en mi arco. Una vez que estuve seguro de hallarme a una distancia adecuada, me detuve a unos cuantos pasos por detrás de Zor y de Kleeto y apunté al más grande de los jaloks, el macho, una bestia enorme que medía al menos seis pulgadas más de alzada que su compañera. Hice retroceder la flecha hasta que su punta tocó mi mano izquierda. La cuerda vibró y la flecha se hundió profundamente en el pecho del jalok. Simultáneamente, Zor y Kleeto se giraron y me reconocieron. Y ambos jaloks cargaron.

Con una celeridad nacida de una larga, continuada y urgente necesidad de preservar mi vida, introduje una nueva flecha en mi arco y disparé contra la hembra. El disparo consiguió derribarla, pero el macho, gruñendo ferozmente y con mi flecha aún clavada en su pecho, se abalanzó sobre mí. Se hallaba prácticamente encima cuando le arrojé mi lanza, una jabalina corta y pesada.

Afortunadamente para nosotros, mi brazo fue certero y el pesado proyectil abatió a la enorme bestia; un segundo más tarde, atravesaba su corazón con otra flecha y remataba de modo similar a la hembra.

Zor y Kleeto me expresaron profusamente su gratitud. Estaban desconcertados tanto por lo que había ocurrido como porque yo hubiera aparecido de un modo tan providencial. Me contaron que habían ido a la caverna en la que Dian había estado escondida y la habían encontrado vacía. Inmediatamente llegaron a la conclusión de que ambos habíamos partido hacia Sari.

Les expliqué entonces lo que había ocurrido y por qué había estado siguiéndoles. Les hablé de mis temores de que Dian hubiera sido capturada y de que, al no haber sido capaz de encontrar su rastro, me había llegado a convencer de que se la habían vuelto a llevar al poblado de los jukans.

—No —dijo Kleeto—. Puedo asegurarte que no está allí. Me habría enterado enseguida, en cuanto la hubieran llevado ante la persona que está a cargo del palacio. Oí hablar a los guerreros cuando regresaron de vuestra búsqueda y era bastante evidente que no os habían encontrado a ninguno de los dos. Creo que puedes estar seguro de que no está en el poblado de Meeza.

Naturalmente, aquello suponía un alivio. ¿Pero, entonces, dónde estaba? ¿Quién la había secuestrado? Recordé que Moko había pretendido escaparse con ella y le pregunté a Kleeto sobre la posibilidad de que hubiera sido él quien la hubiera capturado y se la hubiese llevado de la cueva.

—Es posible —contestó ella.

—Pero se hallaba muy malherido la última vez que le vi. Apenas podía tenerse en pie.

—Oh, ha tenido bastante tiempo para recuperarse de sus heridas —respondió.

Moví la cabeza, desesperado. La desconcertante cuestión de la falta de noción del tiempo resultaba enloquecedora. Para mí, la sensación era de que no habían pasado más de dos días desde que había visto caer a Moko, exhausto, a los pies del trono de su padre. Sin embargo, Kleeto me aseguraba que había tenido tiempo suficiente para curar sus heridas. ¿Cómo era posible saber entonces cuánto tiempo había pasado desde que se habían llevado a Dian de la cueva? Si otro que no fuera Moko era el responsable, podía haber sucedido hacía muchos días según los cánones del mundo exterior. Podía haber tenido tiempo de sobra para llevársela a cualquier lugar en el que yo no pudiera encontrarla.

El hecho de que no fuera capaz de dar con su rastro era lo que mayor desesperación me causaba, puesto que era perfectamente consciente de que, en efecto, podía haber pasado por allí, pero hacía ya tanto tiempo que cualquier señal de su rastro había desaparecido.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Zor.

—Voy a regresar a Sari —contesté—. Traeré un ejército al Valle de los Jukans y borraré su maldita raza de la faz de la tierra. Su locura es una amenaza para todos los seres humanos de Pellucidar. ¿Y tú? ¿Adónde te dirigirás?

—Creo que nunca encontraré a Rana —contestó—. Me parece inútil seguir buscándola. Kleeto me ha pedido que la acompañe a Suví —añadió con un tono que me pareció un poco turbado.

—Entonces continuaremos los tres juntos —dije—. Suví se encuentra en la misma dirección que Sari. Con Kleeto de guía, mi desventaja se verá compensada.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—David es incapaz de encontrar el camino hasta su hogar —contestó Zor, sonriendo como si aquello fuese una especie de broma.

Kleeto abrió los ojos, asombrada.

—¿Quieres decir que no eres capaz de encontrar tú solo el camino a Sari? —preguntó.

—En efecto; no soy capaz de hacerlo —respondí.

—Nunca había oído hablar de nada parecido —dijo Kleeto.

—David dice que es de otro mundo —señaló Zor—. Al principio no le creí, pero ahora que le he llegado a conocer mejor, no dudo de su palabra.

—¿Qué otro mundo puede existir? —inquirió Kleeto.

—Dice que Pellucidar es redondo, como los huevos de las grandes tortugas, y que también es hueco. Según él, Pellucidar está en la parte interior y su mundo en el exterior.

—¿Y en tu mundo nadie puede encontrar el camino hasta su hogar si se pierde? —

preguntó la muchacha.

—Sí puede hacerlo —contesté—, aunque no del modo en que lo hacéis vosotros. Pero ahora tenemos otras cosas en que pensar; la más importante en este momento es alejarnos todo lo posible del Valle de los Jukans.

De nuevo emprendimos el largo camino hacia Sari. Me habría sentido feliz si no hubiera sido por la ansiedad que me producía el destino de Dian. Si tan solo hubiera sabido la dirección en que se la habían llevado... Incluso saber quién lo había hecho me hubiera supuesto un considerable alivio. Pero no sabía nada; ni siquiera era capaz de conjeturarlo. Solo podía rezar para que el tiempo me desvelase aquel misterio.

Habíamos atravesado el valle y seguido el río hasta su desembocadura en el mar interior del que Dian me había hablado, cuando nos topamos con los huesos de un gran ciervo cuya carne había desaparecido a causa de las múltiples criaturas de todos los tamaños y descripciones que pueblan Pellucidar.

Con tanta frecuencia se tropieza uno con estas blanqueadas y trágicas evidencias, que no suelen despertar mayor comentario que una breve mirada ocasional. Sin embargo, al pasar junto a los restos, distinguí una flecha enterrada entre los huesos. Lógicamente, la cogí para ponerla en mi carcaj, y, al hacerlo, debí pronunciar alguna exclamación de sorpresa, pues tanto Zor como Kleeto se giraron interrogativamente hacia mí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó el primero.

—Esta flecha es mía —contesté—. La hice para Dian. Siempre marco nuestras flechas para poder identificarlas. Esta lleva su marca.

—Entonces ha debido pasar por aquí —dijo Kleeto.

—Sí; se dirige a Sari —respondí.

En ese momento, caí en la cuenta de algo que no se me había ocurrido hasta entonces: el hecho de que solo hubiera encontrado mis armas en la cueva y no las de Dian. ¿Por qué su secuestrador solo se había llevado sus armas y no las mías? Hice la misma pregunta a Zor y a Kleeto.

—Tal vez se fue sola —sugirió Kleeto.

—Dian nunca me hubiera abandonado —dije.

Zor movió la cabeza negativamente.

—No lo entiendo —dijo—. Muy pocos hombres en Pellucidar saben usar esa extraña arma que llevas. Los jukans desde luego no la poseen. ¿Quién más podría haber hecho este disparo sino tu compañera?

—Tuvo que ser ella —respondí.

—Pero si la raptaron, entonces su captor no le habría permitido conservar sus armas —argumentó Zor.

—Tienes razón —convení.

—Entonces tiene que estar sola —dijo Zor—, o... o ir con alguien por su propia voluntad.

No podía creerlo. Por mucho que me estrujara el cerebro, me era imposible dar con una explicación lógica.

Capítulo XVI

Es destacable como se adapta la vida al entorno, aunque quizá debiera hablar más bien del hombre, el ser humano, una criatura que se encuentra completamente indefensa y desprotegida frente a los elementos y que, comparativamente hablando, es un ser lento y débil. Aquí estaba yo, un hombre del siglo XX, con más de mil años de civilización a mis espaldas, viajando a través de los yermos parajes de un mundo salvaje junto a un hombre y una mujer de la Edad de Piedra, sintiéndome tan a gusto y confiado como ellos. Yo, que no me habría aventurado en las calles de mi ciudad natal en mangas de camisa, me sentía ahora perfectamente cómodo y sin conceder mayor importancia al hecho de ir ataviado únicamente con un taparrabos y un par de sandalias. A menudo me sonreía al pensar en lo que habrían dicho mis elegantemente vestidos amigos de Nueva Inglaterra si me hubiesen visto. Habrían considerado a Kleeto una vulgar campesina semidesnuda y cubierta de harapos, aunque, al igual que todas las muchachas que había conocido en Pellucidar, era bella, inteligente y virtuosa casi hasta la exageración, si bien es cierto que tenía un defecto; un defecto que, sin embargo, le era común a todas las jóvenes del mundo exterior: no dejaba de hablar en ningún momento. No obstante, su ingenua y habitualmente alegre y charla me ayudaba a distraer mi mente del pesar que la agobiaba.

Al haber descubierto que yo procedía de otro mundo, Kleeto quiso saberlo todo acerca de él. Me hizo un millón de preguntas. Aquella Kleeto era muy diferente de la joven que había conocido en el palacio de Meeza. Allí había vivido reprimida por la desesperación de la situación en que se encontraba y el temor a los dementes con quienes convivía; sin embargo, ahora que era libre y se sentía segura, la natural vivacidad de su espíritu se había vuelto a asentar y la verdadera Kleeto volvía a florecer.

Para mí era bastante evidente que Zor se había enamorado de Kleeto, y, por otra parte, no había ninguna duda de que la pequeña bribona le estaba volviendo loco —la coquetería es algo innato a las mujeres—. Era imposible saber si ella estaba verdaderamente enamorada de él, aunque, por lo mal que le trataba, tenía la impresión de que sí lo estaba. En cualquier caso, sabía que había sido ella quien le había sugerido que fueran a Suvi.

—¿Por qué te marchaste de Suvi, Kleeto? —le pregunté en una ocasión.

—Me escapé —contestó con un encogimiento de hombros—. Quería haber ido a Kali, pero me perdí. Estuve dando vueltas de un lado a otro hasta que me capturaron los jukans.

—Si te perdiste, ¿por qué no regresaste a Suvi? —preguntó Zor.

—Porque tenía miedo de volver allí —respondió Kleeto.

—¿Miedo de qué? —pregunté yo.

—Había un hombre que pretendía hacerme su compañera, pero yo no soportaba estar a su lado. Era un hombre muy fuerte y su tío era el rey de Suvi. Hui de Suvi por él, y también fue por su causa por lo que luego no me atreví a regresar.

—¿Y ahora no tienes miedo de volver allí? —inquirí.

—Ahora que Zor y tú estáis conmigo, no tengo ningún miedo —contestó.

—¿Ese hombre no se llamará por casualidad Do-gad? —pregunté.

—Sí, así es. ¿Le conoces?

—No —contesté—. Pero algún día le conoceré.

Por alguna extraña coincidencia, Dian y Kleeto habían sido capturadas por los jukans mientras intentaban escapar de Do-gad. Aquel individuo iba a tener mucho de que responder ante Zor y ante mí.

Una vez más, un nuevo territorio se desplegaba ante mis ojos. Lo cierto es que la superficie terrestre de Pellucidar es tan enorme, tan escasamente poblada y ha sido tan poco explorada, que casi toda ella supone un nuevo territorio desconocido para el hombre. Estas áreas inexploradas constituyen una auténtica mezcla de vida en las que animales de todas las edades geológicas que se han conocido en la corteza exterior coexisten simultáneamente. Me han dicho que también existen territorios de gran tamaño totalmente despoblados de vida animal y sé que existen muchos otros en que los grandes reptiles del Triásico y del Jurásico gobiernan de manera indiscutida, al no haber ninguna otra criatura que se atreva a penetrar en sus dominios. Otras zonas están únicamente pobladas por las grandes aves y los mamíferos que existieron en la corteza exterior durante el Cretáceo y el Plioceno. No obstante, la mayor parte del Pellucidar que conozco, gracias a mis exploraciones y a lo que me ha sido contado, se encuentra simultáneamente poblada por todas estas formas de vida con alguna que otra aislada comunidad de hombres que habitan en cavernas. Tan solo desde la fundación del Imperio ha existido en Pellucidar algo parecido a la construcción de ciudades, a no ser que uno pueda considerar así a las bóvedas subterráneas que constituyen las ciudades de los mahars o aplicar la misma denominación a las enloquecidas aglomeraciones de chozas construidas por los jukans.

Una sola excepción puede salvarse de esta regla general: la ciudad de Korsar, situada cerca de la abertura polar del norte, y que creo que fue fundada por la tripulación de un antiguo navío pirata que, por algún desconocido milagro, encontró el camino desde la abertura del Océano Glacial Ártico hasta Pellucidar. La civilización de esta raza, sin embargo, nunca se ha extendido hacia el sur. Son por naturaleza un pueblo marino, pero al no tener sol, ni luna, ni estrellas que les guíen, no se atreven a aventurarse lejos de tierra firme y adentrarse en el gran océano que se encuentra ante sus mismas puertas, el Korsar Az.

Dormimos muchas veces. Aún continuábamos avanzando a lo largo de la costa del mar interior cuando nos topamos repentinamente con un grupo de mastodontes en un pequeño y florido valle, a través del cual discurría un gran río. El grupo lo formaban tres mastodontes, un macho, una hembra y una cría. A juzgar por las acciones de los adultos algo parecía hallarse fuera de lugar, pues no dejaban de moverse continuamente de un lado a otro, barritando con fuerza.

Nos disponíamos a evitar su encuentro, cuando descubrimos la causa de su excitación. La cría se había metido en un lodazal cercano a la orilla del río y se había quedado atrapada. Hubiera sido un suicidio para el macho o la hembra, dado su enorme peso, introducirse en un terreno tan blando para intentar salvar a su cría.

Al igual que la mayoría de la gente, soy una persona bastante sentimental con los animales jóvenes, así que, al oír desgañitarse a la pequeña bestia, mi corazón se hizo pedazos.

—Vamos a ver si podemos sacarlo de ahí —le dije a Zor.

—Y a morir por habernos metido donde nadie nos ha llamado —repuso el hombre de Zoram.

—El gran Maj es un animal muy inteligente —dije—. Creo que se dará cuenta de que estamos intentando ayudarlo.

Zor se encogió de hombros.

—A veces creo que de verdad eres un jukan —dijo entre risas—. Tienes unas ideas verdaderamente absurdas.

—Está bien —contesté—. Si tienes miedo, entonces...

—¿Miedo? —inquirió Zor—. ¿Quién ha dicho que yo tenga miedo?

Aquello fue suficiente. Zor me ayudaría aunque ello le costase la vida. Los hombres de Zoram son especialmente celosos de su reputación de hombres valientes, así que comencé a aproximarme a los mastodontes, seguido de cerca por Zor y Kleeto. En un principio preferí no acercarme mucho a ellos, sino que descendí hasta el borde de la marisma, a unas cien yardas de donde se encontraban, para observar el terreno y comprobar si había alguna posibilidad de salvar a la cría. En aquel punto, las marismas abarcaban unos veinte pies del terreno comprendido entre el río y la tierra firme y aparecían cubiertas por varios trozos de madera que habían sido depositados allí durante las crecidas del río. La superficie de la marisma se había secado por efecto del cálido sol, y, después de comprobar su resistencia, descubrí que podía soportar nuestro peso. La única manera de sacar a la cría de allí resultaba obvia. Tras explicársela a Zor y a Kleeto, los tres recogimos los trozos de madera más grandes que encontramos y los colocamos frente a la cría formando una especie de estríberón hasta el terreno firme. Al principio, la pequeña bestia estaba asustada y comenzó a corcovear y a barritar, pero enseguida pareció darse cuenta de que no queríamos hacerle daño alguno y se tranquilizó. El macho y la hembra también estaban muy inquietos y nerviosos en un primer momento, pero al cabo de un rato cesaron de barritar y se pusieron a observar lo que hacíamos. Creo que comprendieron lo que estábamos intentando realizar, pues los últimos tramos de nuestro improvisado sendero tenían que ser tendidos muy cerca de donde se hallaban, al alcance de sus trompas, y, sin embargo, en ningún momento trataron de molestarnos.

Una vez terminada la vía que habíamos proyectado, acometimos la tarea de introducir a la cría en ella. Posiblemente pesaba cerca de una tonelada, así que levantar a la pequeña bestia quedaba fuera de toda consideración.

Zor y yo encontramos un tronco lo suficientemente grande y lo tendimos en paralelo al animal, cerca de donde se encontraba; luego, cogimos un trozo de madera alargado, fuerte y resistente —el tronco de un pequeño árbol—, lo situamos a través del tronco más grande y, lentamente, lo colocamos bajo sus patas delanteras. Mientras tanto, Kleeto, siguiendo mis instrucciones, se hallaba preparada con el trozo de madera de mayor tamaño que era capaz de levantar. Zor y yo nos colocamos al otro extremo de la palanca y situamos todo nuestro peso sobre ella. Una y otra vez repetimos el intento hasta que finalmente la pata comenzó a salir del cieno; tan pronto como estuvo libre, Kleeto introdujo el trozo de madera debajo de ella.

La cría intentó entonces subirse al sendero que habíamos construido con los troncos, pero fue incapaz de hacerlo, así que nos situamos en su otro costado y repetimos la operación con la otra pata delantera. Esta vez fue mucho más fácil, ya que la pequeña bestia podía valerse un poco de la pata que tenía libre. Una vez que tuvo ambas extremidades en terreno firme, pudo tirar de sí misma hasta que consiguió salir.

Nunca he visto nada tan enternecedor como la solicitud del macho y la hembra cuando la pequeña cría se encontró a su lado en tierra firme. La palparon con sus trompas durante unos momentos, como para asegurarse de que estaba bien, y luego se la llevaron fuera de las marismas.

Kleeto, Zor y yo nos sentamos a descansar sobre el tronco que habíamos utilizado, pues había sido una tarea verdaderamente ardua. Aunque esperábamos que los mamuts se

marchasen, no lo hicieron. Se detuvieron a unos doscientos pasos de nosotros y permanecieron observándonos.

Tras haber descansado, volvimos a ponernos en marcha buscando un paso por el que cruzar el río. Tan pronto como lo hicimos, el macho empezó a moverse detrás de nosotros seguido de la hembra y la cría. Aquello nos intranquilizó, así que nos mantuvimos cerca de las marismas, de modo que nos fuera posible escapar en caso de que aquellos animales adoptasen una actitud amenazadora. Sin dejar de mirar de reojo, en breve nos dimos cuenta de que los mastodontes no nos ganaban terreno. Aparentemente, solo era una coincidencia el que siguieran la misma dirección que nosotros.

Recorrimos una corta distancia río arriba antes de encontrar un lugar seguro por el que cruzar el río. El cauce no era demasiado profundo y el lecho por el que cruzamos bastante arenoso. Cuando alcanzamos la orilla opuesta vimos que los mastodontes se introducían en el río detrás de nosotros.

Se mantuvieron relativamente cerca hasta que encontramos un lugar seguro en el que acampar. Nunca se aproximaban demasiado y, cuando nos deteníamos, ellos también lo hacían.

—Parece como si nos estuvieran siguiendo —dijo Kleeto.

—Lo están haciendo —convino Zor—, pero me pregunto por qué.

—Estoy de acuerdo con vosotros —dije—. De todas formas, no creo que quieran hacernos ningún daño. No muestran ninguna señal de nerviosismo o excitación, lo que sí harían si se hallasen furiosos o tuvieran miedo de nosotros.

—El gran Maj no le teme a nada —dijo Zor. Maj es el nombre que en Pellucidar se le da al mastodonte.

—Voy a comprobar si son realmente amistosos —señalé.

—Harías mejor en localizar un buen árbol antes de intentar algo parecido —repuso Zor—. Y asegúrate de que sea el más grande que veas. Ese viejo macho puede arrancar de cuajo casi todos los que hay por aquí.

Nos habíamos detenido cerca de las cuevas en las que pensábamos acampar, y supuse que si los mastodontes daban señales de hostilidad podría dejarles atrás y llegar a la cueva que habíamos elegido antes de que me alcanzasen. Al menos, eso esperaba.

Avancé despacio hacia ellos. Los mastodontes permanecían observándonos sin mostrar señal alguna de hostilidad. Cuando me hallé a unos cien pies de ellos, la cría comenzó a acercarse a mí. La hembra se movió un poco nerviosa y emitió un sonido bajo e inquieto. Supongo que la estaba llamando para que regresase a su lado, pero la cría siguió avanzando. Yo permanecí inmóvil. Se detuvo dos o tres veces, mirando de vez en cuando a los dos adultos, pero continuó avanzando hasta que por fin se detuvo a pocos pasos de donde me encontraba. Alzó su trompa hacia mí; yo también alcé mi mano muy lentamente y se la toqué. Al comenzar a acariciársela, se acercó un poco más. Entonces puse mi mano sobre su cabeza y empecé a rascársela. Aquello pareció gustarle, y enseguida comenzó a enroscar su trompa a mi alrededor. Eso no me gustó, así que me la desenrollé a la fuerza.

El macho y la hembra no se habían movido, pero creedme si os digo que no dejaban de observarnos. De repente, la hembra alzó su trompa y barritó con fuerza; la cría se giró en redondo y volvió a su lado a toda prisa, mientras yo regresaba junto a Zor y Kleeto.

Aquello fue el comienzo de una extraña amistad, puesto que cuando despertamos las bestias seguían a nuestro alrededor, trotando más tarde detrás de nosotros cuando volvimos a ponernos en camino.

Solía hablar mucho con ellos, dándoles el nombre de Maj. En una ocasión, al no

verlos cerca de nuestro campamento cuando nos despertamos, les llamé varias veces por ese nombre y enseguida se acercaron los tres procedentes de un bosquecillo cercano, donde evidentemente se habían estado alimentando. Nos habíamos acostumbrado a su presencia y ellos a la nuestra, dando como resultado el que frecuentemente se situaran muy cerca de nosotros. De hecho, a menudo acariciaba sus trompas, lo que por alguna razón parecía gustarles mucho; sin embargo, ni fuimos capaces de adivinar el motivo por el que nos estaban siguiendo ni jamás llegamos a saberlo. Lo más que pudimos conjeturar es que se hallaban agradecidos por haber sacado a la cría de la marisma, en la que seguramente habría muerto si no hubiéramos intervenido. Su presencia a nuestro lado nos recompensó suficientemente de nuestros esfuerzos por salvar al animal, ya que mientras permanecieron a nuestro lado no nos vimos amenazados en ningún momento por los múltiples depredadores que abundaban en el territorio que estábamos atravesando, pues incluso las bestias más feroces y salvajes respetaban la enorme fuerza de Maj.

Habíamos dormido varias veces desde que habíamos abandonado el Valle de los Jukans, lo que nos hacía suponer que habíamos recorrido una distancia considerable, cuando nos dispusimos a acampar al pie de unas colinas en las que habíamos encontrado una cueva capaz de proporcionarnos refugio mientras dormíamos. Los restos de un fuego a la entrada de la caverna indicaban que había sido utilizada hacía relativamente poco tiempo. En la pared del risco, junto a la boca de la caverna, había señales del paso de otros muchos viajeros que habían encontrado cobijo en su interior en otras ocasiones. Varios de ellos habían dejado sus marcas en la piedra caliza, una costumbre bastante habitual entre las tribus más inteligentes de Pellucidar, donde cada individuo posee su propia marca a modo de firma.

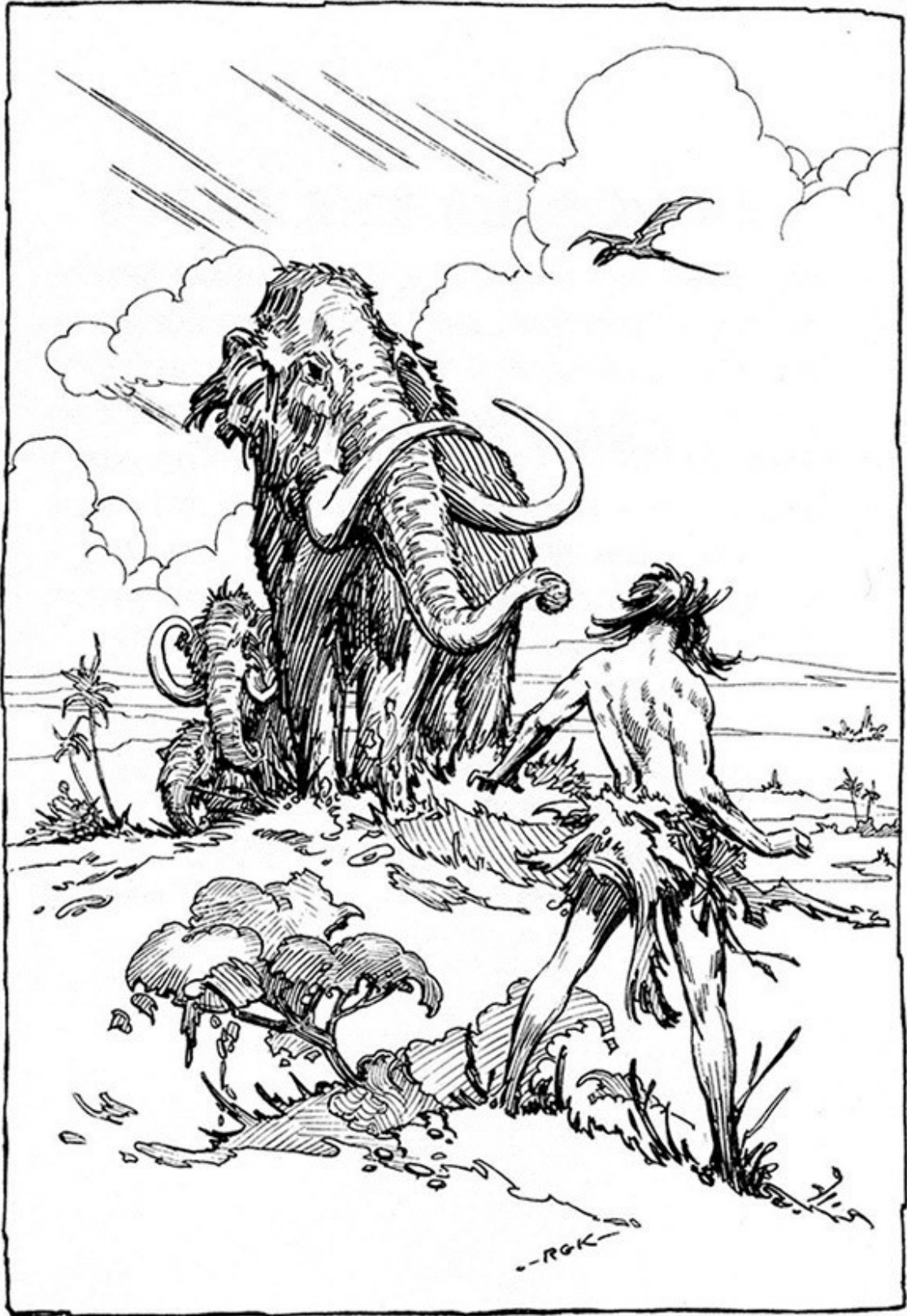
Me hallaba observándolas de forma distraída, cuando mi atención fue repentinamente atraída por una de ellas, que evidentemente no llevaba mucho tiempo allí. Consistía en un triángulo equilátero con un punto en su centro. Era la marca de Dian. Al llamar la atención de Zor y Kleeto hacia ella, se mostraron tan excitados como yo.

—Ha estado aquí hace poco e iba sola —afirmó Zor.

—¿Qué te hace pensar que iba sola? —le pregunté.

—Si hubiera ido acompañada por otro, este también habría puesto su marca —repuso Zor—; pero la suya es la única que ha sido hecha recientemente.

¿Podría ser posible que Dian me hubiera abandonado voluntariamente? Era incapaz de creerlo, pero todas las pruebas parecían apuntar hacia esa teoría, al menos para todo aquel que no conociera a Dian la Hermosa tanto como yo.



Capítulo XVII

Fue en aquel campamento donde los mastodontes nos abandonaron. Les llamé varias veces al despertar, pero no acudieron a mi llamada. Creo que todos nos sentimos un poco deprimidos al reanudar nuestro largo viaje hacia Sari.

Por alguna inexplicable razón, un mal presentimiento me asaltó en cuanto los mastodontes nos dejaron. No era el único en sufrir esa sensación. Zor y Kleeto la compartían. Como si se propusiera acentuar la depresión que sentíamos, el cielo se cubrió de negras y ominosas nubes y, en breve, rompió sobre nosotros una terrorífica tormenta eléctrica. El viento aullaba a nuestro alrededor, aplastándonos contra el suelo. El aire estaba lleno de hojas y ramas que volaban de un lado a otro; los árboles gemían ominosamente. Nuestra situación pasó a ser precaria en cuanto los árboles comenzaron a caer a nuestro alrededor. Enseguida, la lluvia comenzó a caer en densas cortinas que nos azotaron con sorprendente furia. Nunca antes había visto una tormenta semejante en Pellucidar.

Golpeados sin cesar por la lluvia y el viento, avanzamos tambaleándonos hasta que por fin llegamos a un espacio abierto en el que nos sentimos bastante más seguros que entre la densa vegetación de la selva. Agazapándonos el uno contra el otro, volvimos nuestras espaldas a la tormenta, aguardando inmóviles a que cesara la furia de los elementos.

Enormes animales, que en circunstancias normales habrían amenazado nuestra existencia, pasaban a nuestro lado mientras huían de la tormenta. No sentíamos, sin embargo, ningún temor de su presencia, pues éramos conscientes de que se hallaban aún más aterrorizados que nosotros y de que la caza y la comida se encontraban en aquel momento muy lejos de sus pensamientos. Aparte del peligro que suponían las ramas que volaban en todas direcciones, nos sentíamos relativamente a salvo, así que no estábamos tan alerta como de costumbre. Lo cierto es que bien poco hubiéramos podido ver u oír por encima de la tormenta y la cegadora lluvia. El incesante fragor de los truenos y el aullante viento ahogaban cualquier otro sonido.

La tormenta se hallaba en su punto más álgido cuando de repente sentimos como unas poderosas manos nos levantaban del suelo. Nuestras armas nos fueron arrebatadas y las manos atadas a la espalda. Tras unos momentos de confusión, vimos por fin a la intermitente luz de los relámpagos a nuestros captores. Eran quince o veinte individuos, los hombres más grandes que jamás había visto en mi vida. El más pequeño de ellos mediría más de siete pies de altura. Sus rostros eran extremadamente desagradables y el par de amarillentos colmillos que sobresalían de sus bocas no ayudaban a conferirles una mayor belleza. Aparentaban hallarse en un nivel evolutivo muy bajo. Iban completamente desnudos y llevaban unas armas muy primitivas: unos toscos cuchillos de piedra y unos enormes garrotes. Además, cada uno de ellos portaba varias cuerdas de hierba trenzada.

No le prestaban ninguna atención a la terrorífica tormenta; para ellos era como si no existiera, aunque parecían sentirse muy satisfechos con nuestra captura.

—Bien —gruñó uno de ellos, pellizcando a Kleeto.

—¿Qué pretendéis hacer con nosotros? —pregunté desde el suelo.

Otro de ellos se aproximó a mí, sonriendo y echándome su pestilente aliento en el rostro.

—Os comeremos —dijo.

—Deberíais haber permanecido lejos de Azar si no queríais ser devorados —dijo otro.

—¡Azar! —exclamó Kleeto—. ¡Oh, no! Ahora sé quiénes son. Toda mi vida he oído hablar de los gigantes devoradores de hombres de Azar. ¡No tenemos ninguna posibilidad de escapar con vida!

Debo admitir que la perspectiva no parecía muy agradable, pero siempre he tenido por costumbre no perder la esperanza. Zor y yo intentamos animar a Kleeto pero no tuvimos mucho éxito, a pesar de que la tormenta amainó tan rápidamente como se había abatido sobre nosotros dando paso a un brillante sol y a un cielo despejado. Parecía sugerir, como así se lo dije a Kleeto, que nuestra tormenta también pasaría y que nuestra buena suerte regresaría, al igual que lo había hecho el resplandeciente sol.

Los azarianos nos arrastraron a través de la selva. En breve, salimos a una aldea protegida por una empalizada, o quizá debiera decir a un cercado vallado, puesto que al entrar no vimos edificación alguna. La tormenta había ocasionado un caos considerable en el cercado. Algunos árboles habían sido derribados, uno de ellos llevándose consigo una parte de la empalizada.

Había varias mujeres y niños azarianos en el cercado, todos tan grotescos y repulsivos como los hombres que nos habían capturado. Atados a diversos árboles había varios seres humanos similares a nosotros, evidentemente prisioneros.

Nuestros captores nos ataron a los árboles y luego se pusieron a ayudar en la reconstrucción de la dañada empalizada. Las mujeres y los niños nos prestaron muy poca atención. Algunas mujeres vinieron y nos pellizcaron para ver en qué condición estábamos, haciendo gestos bastante expresivos.

Me habían atado cerca de uno de los prisioneros que se hallaban allí antes de que llegásemos y me puse a conversar con él.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que nos devoren? —le pregunté.

El hombre se encogió de hombros.

—Cuando nuestra carne se encuentre a su gusto —respondió—. Solo nos dan de comer nueces y frutas. Nunca carne.

—¿Os han maltratado? —pregunté.

—No —contestó—. Eso retrasaría el que engordásemos. Dormirán muchas veces antes de comerse a cualquiera de nosotros. Consideran a la carne humana como un manjar exquisito del que no disfrutan muy a menudo. Llevo aquí más sueños de los que puedo recordar y solo les he visto comerse a dos prisioneros. No fue un espectáculo muy agradable. Rompieron todos sus huesos a garrotazos y los devoraron vivos.

—¿Hay alguna posibilidad de escapar? —inquirí.

—Para nosotros no hay ninguna —respondió—. Dos prisioneros consiguieron escapar durante la tormenta. Los árboles a los que estaban atados fueron derribados por el viento. Las cuerdas que les retenían se rompieron y echaron a correr hacia la selva, aunque aún tenían las manos atadas a la espalda. No creo que sobrevivan mucho tiempo, pero al menos su final será más agradable que el que les hubiera esperado aquí, muriendo a golpes y luego siendo devorados vivos. Me alegro especialmente por uno de ellos, una bella muchacha de Sari a la que el hombre llamó Dian la Hermosa.

Durante un instante se me cortó la respiración. La conmoción fue tan intensa como si me hubieran propinado un golpe. ¡Dian estaba en aquella selva hostil con las manos atadas a la espalda! No podía permanecer allí sin hacer nada. Comencé a restregar con fuerza la cuerda que ataba mis muñecas contra la áspera corteza del árbol que tenía a mi espalda. Al menos eso era algo, por muy desesperada que fuera la situación en que me encontraba. Quizás el hombre que se había escapado con ella podía ayudarla de alguna

manera. Aquel pensamiento me elevó un poco el ánimo.

—¿Dices que un hombre se escapó con ella? —le pregunté.

—Sí.

—¿Quién era? ¿Le conocías?

—Era un guerrero de Suvi. Un hombre llamado Do-gad.

Aquello supuso un golpe más duro de lo que podía soportar. De todos los hombres de Pellucidar, tenía que tratarse de Do-gad. Ahora más que nunca tenía que escapar.

Los gigantescos azarianos terminaron de reconstruir la empalizada y se tendieron a dormir. Tanto ellos como sus mujeres e hijos dormían en el suelo, como bestias. Su único cobijo era la sombra de los árboles bajo los que se tendían.

Al despertar, los hombres se fueron a cazar. Trajeron consigo varias piezas, puesto que al parecer siempre comían carne. Las mujeres y niños recogieron nueces y frutas, destinados a nuestro alimento.

Los sueños fueron transcurriendo. Constantemente, cuando no me observaban, frotaba mis ligaduras contra la áspera corteza del árbol. Sabía que estaba haciendo progresos, pero ¿qué iba a hacer cuando me liberara? Siempre había azarianos en el interior de la empalizada. Esta era demasiado alta para trepar por ella y solo existía una puerta, que siempre permanecía cerrada. No obstante, siempre cabía la posibilidad de que una combinación de circunstancias pudiera abrirme un camino hacia la libertad. Mi mayor obstáculo, sin embargo, radicaba en el hecho de que también tenía que liberar a Zor y a Kleeto, puesto que no podía abandonarles a su suerte. Ellos también intentaban romper sus ligaduras, pero era más de lo que cabía esperar que los tres obtuviéramos el mismo resultado de forma simultánea.

El tiempo continuó transcurriendo lentamente, incluso en aquel mundo sin tiempo. Mis pensamientos recaían constantemente en Dian, sola en algún lugar, siempre en peligro, si es que no había muerto ya. ¿Pero se hallaba realmente sola? Sí, aunque Do-gad se hubiera escapado con ella, estaba convencido de que, si aún seguía con vida, estaba sola. Sin duda, habría encontrado un modo de escapar de su lado. O puede que le hubiera matado.

Aquellos eran los tristes pensamientos que cruzaban por mi mente mientras, atado a un árbol, aguardaba en el cercado de los gigantescos caníbales de Azar un destino que cada vez me parecía más oscuro.



Capítulo XVIII

El largo y eterno día pellucidaro continuó transcurriendo. Era el mismo día en que yo había irrumpido a través de la corteza terrestre treinta y seis años antes, y era exactamente la misma hora —el mediodía—, puesto que el estacionario sol seguía colgando en su cénit. Era el mismo día y la misma hora en que aquel mundo había nacido; el mismo día y la misma hora en que vería su muerte. Era el eterno día, la eterna hora, el eterno instante de Pellucidar.

Con la excepción de dos o tres mujeres y unos cuantos niños, los azarianos dormían. Los que permanecían despiertos estaban ocupados en una zanja que había en el centro del cercado. Se trataba de una fosa de unos siete pies de largo, dos de ancho y un pie y medio o dos de profundidad. Removían unas cenizas que había en su interior. Parecían trabajar con desgana, recogiendo las cenizas con sus manos y esparciéndolas por el suelo. Los niños, pequeñas bestezuelas, se peleaban entre ellos. Las mujeres, a su vez, también les pegaban, propinándoles fuertes bofetadas que les enviaban rodando por el suelo. Nunca vi ningún signo de afecto entre aquellas gentes, que se encontraban en un nivel muy inferior al de las bestias.

Cuando retiraron todas las cenizas, hicieron un lecho de hojas y ramas secas en el fondo de la fosa. Luego situaron sobre ellas otras ramas más largas y después unos troncos de gran tamaño. Sabiendo lo que sabía de aquella gente, su propósito me pareció evidente. Preparaban un banquete. ¿Quién de nosotros iba a ser la primera víctima?

Un terror cercano al pánico me atenazó. El horror de semejante muerte se apoderó violentamente de mí al ver como se llevaban a cabo aquellos preparativos. Cada vez que no había ninguna mirada fija en mí trabajaba frenéticamente en mis ligaduras. Era una tarea ardua y difícil, sobre todo porque estaba convencido de que iba a ser inútil. Observé que Zor y Kleeto también trabajaban de modo frenético en sus ataduras, pero no sabía con qué éxito.

Los azarianos me habían quitado el arco, las flechas y la lanza al capturarme, dejándolos abandonados en el suelo, pero se habían olvidado de nuestros cuchillos. Supongo que pensaron que al tener las manos atadas a la espalda nos sería imposible utilizarlos, aunque tal vez el motivo de que no nos despojaron de ellos se debiese a su estupidez y su falta de imaginación. O quizá su indiferencia estuviera verdaderamente justificada, pues, al fin y al cabo, ¿qué es lo que se podía hacer armado solo con un cuchillo frente a tan enormes criaturas?

Mientras tales pensamientos cruzaban por mi mente no había dejado en ningún momento de trabajar en mis ligaduras. Por fin, noté como se rompían. ¡Mis manos estaban libres! Todavía hoy retengo ese instante en mi memoria. Sin embargo, mi libertad aún no me servía de nada, salvo para impartirme una nueva sensación de confianza. Si no hubiera sido por la responsabilidad que sentía hacia Zor y Kleeto, habría echado a correr en ese mismo instante. Estaba seguro de poder escalar la empalizada por un punto en el que había visto como los azarianos apoyaban un pequeño árbol en un ángulo de cuarenta y cinco grados. No obstante, la situación de Zor y Kleeto me impedía llevar a cabo semejante idea.

En breve, los azarianos que se hallaban dormidos comenzaron a despertar. Algunos de los hombres inspeccionaron los preparativos que habían realizado las mujeres y los niños; entonces, uno de ellos, el que aparentaba ser el jefe, se acercó a nosotros. Nos examinó detenidamente, palpándonos las costillas y pellizcándonos los muslos. Se detuvo

un buen rato ante Kleeto, y, a continuación, se dirigió a dos de los guerreros que le acompañaban.

—Esta —dijo.

Los dos guerreros la desataron. Desde mi posición pude observar que Kleeto casi había logrado romper sus ligaduras, aunque los azarianos no parecieron percatarse de nada. ¡Kleeto iba a ser la próxima víctima! ¿Qué podía hacer para evitarlo, armado únicamente con un pequeño y diminuto cuchillo de piedra, frente a aquellos gigantes gargantuescos? No lo sabía, pero de todos modos tenía que intentar algo. Rápidamente, elaboré un improvisado plan. Cuando la atención de los azarianos se apartase de nosotros, me deslizaría sigilosamente hacia Zor y cortaré sus ataduras con mi cuchillo; luego, los dos nos arrojaríamos sobre ellos, esperando desconcertarles lo suficiente como para que al menos uno de los tres pudiese escapar por encima de la empalizada.

Arrostraron a Kleeto hasta situarla sobre la fosa y comenzaron a discutir sobre algo que no alcancé a oír. En ese momento, sucedió algo que me cortó la respiración: desde el otro lado de la empalizada me llegó el barritar de un mastodonte. No habíamos visto en aquel territorio más señal de aquellas bestias que la de las tres que nos habían estado siguiendo. ¿Sería posible que el gran Maj estuviera ahí afuera buscándonos? Aun cuando me parecía increíble, sin embargo existía la posibilidad de que así fuera, y, al igual que el hombre que se ahoga se aferra a una cuerda, así me aferré yo a aquella demencial posibilidad, alzando otra vez mi voz para llamar a la gigantesca bestia tal y como lo había hecho en el pasado. Al instante, todas las miradas recayeron sobre mí. De nuevo, volví a alzar mi voz, esta vez aún con más fuerza que antes, llegándome desde la distancia un bramido en señal de respuesta. Los azarianos, sin embargo, no parecieron reparar en ninguna conexión entre los dos y continuaron con los preparativos del pavoroso festín. Arrojando a Kleeto al suelo, varios de ellos la retuvieron allí, mientras los otros cogían los garrotes con los que se disponían a partírle los huesos. Una vez más grité llamando a Maj, y, luego, mientras la atención de los azarianos se hallaba centrada en Kleeto, me deslicé rápidamente junto a Zor y corté las ligaduras que lo retenían.

—¡Maj y su compañera vienen hacia aquí! —susurró excitado—. ¿Los oyes?

—Sí.

Podía oír con claridad el destrozo que sus enormes cuerpos estaban haciendo al pasar entre los árboles. Sus bramidos alcanzaron tales proporciones que los azarianos desviaron momentáneamente su atención de Kleeto y miraron desconcertados hacia el lugar de donde procedía el estruendo. Entonces, de repente, la empalizada saltó en pedazos y la inmensa mole de Maj irrumpió en el cercado.

Los azarianos se quedaron mudos de asombro. Zor y yo nos precipitamos al lado de Kleeto y la ayudamos a ponerse en pie mientras los azarianos se dispersaban en todas direcciones. En un instante, Maj, su compañera y su cría se hallaron junto a nosotros.

—¡Maj! ¡Maj! —grité, intentando llamar su atención y esperando que me reconociera.

Algunos azarianos que se disponían a proteger su hogar armados con sus garrotes y cuchillos fueron arrojados por los aires por las trompas de los gigantes mastodontes. Entonces, Maj me cogió a mí con su trompa. Pensé que iba a matarme, pero en su lugar irrumpió a través del cercado, transportándome bajo sus colmillos. A toda velocidad, inclinó su cabeza y embistió a la empalizada por el punto opuesto a aquel por el que había entrado.

Avanzó pesadamente durante un largo trecho, deteniéndose por fin junto a un río

que discurría a través de una abierta llanura; entonces, me descendió al suelo.

Estaba salvado. Pero ¿qué había sucedido con Zor y Kleeto? ¿Habían sido tan afortunados como yo, o se hallaban aún prisioneros de los gigantes caníbales de Azar?

Me sentía como si hubiera recibido una paliza a causa del accidentado viaje a través de la jungla, pues he de hacer notar que, a pesar de sus buenas intenciones, el gran Maj me había transportado sin ninguna delicadeza. Así, en el mismo instante en que me soltó, me tendí agotado sobre la hierba que había en la orilla del río. El gran Maj permanecía vigilante a mi lado, moviendo su cabeza de un lado a otro, con sus ojillos ribeteados de rojo observando fijamente el camino por el que habíamos venido. De repente, alzó su trompa y emitió un penetrante bramido que, de inmediato, fue respondido desde la distancia. Reconocí el agudo timbre de la hembra y el chillido de la cría. No pude evitar preguntarme si Zor y Kleeto venían con ellos.

En breve, los dos mastodontes aparecieron ante nosotros; pero venían solos. ¿Cuál había sido el destino de mis compañeros? ¿Habrían logrado escapar o permanecían aún cautivos en el poblado de los azarianos? Me sentí abatido, no solo por la aprensión que me producía desconocer cuál había sido su suerte, sino por la situación en que yo mismo me encontraba. Si hubiera existido la más mínima posibilidad de ayudarles, habría regresado al poblado y lo habría intentado. Pero no sabía cómo regresar allí, y, además, aunque hubiera sido capaz de hacerlo, no existía ninguna posibilidad de que pudiera serles de alguna ayuda.

Su pérdida significaba mucho para mí, no solo por motivos sentimentales, sino porque dependía de Kleeto para llegar a Sari. Ahora, sin un guía y sin una ruta que seguir, las posibilidades de que alguna vez consiguiera volver a mi hogar eran cada vez más remotas. Además, aún pesaba sobre mi espíritu la preocupación por el destino de Dian. Sí, había escapado de los azarianos, pero estaba lejos de sentirme feliz. Tal vez un destino aún peor me aguardaba en el viaje eterno y sin rumbo que ahora se hallaba ante mí.



Capítulo XIX

Imaginaos que vuestro tamaño es el de un microscópico microbio y que os encontráis en la superficie de una pelota de tenis; una pelota de tenis que por algún inexplicable milagro se encuentra suspendida en el espacio. La superficie de esa pelota desaparecerá gradualmente de vuestra mirada en cualquier dirección; no importa hacia donde miréis, siempre tendréis ante vuestros ojos un horizonte bien definido. De repente, imaginad que sois transportados al interior de esa pelota de tenis, un interior que se encuentra iluminado por un estacionario sol que cuelga en su mismo centro. En todas las direcciones posibles, el interior de esa pelota de tenis se curvará hacia lo alto y no existirá ningún horizonte. Pues bien, en esa misma situación es en la que me encontraba mientras permanecía de pie junto a aquel río pellucidaro. Era como si me hallase en el centro de un tazón no demasiado profundo de unas trescientas millas de diámetro. El aire era limpio, el sol brillante, y, bajo esas condiciones, asumí que el alcance de mi visión debía ser de unas ciento cincuenta millas, aunque naturalmente ningún objeto era discernible desde una distancia tan grande; la periferia de mi tazón simplemente se desvanecía, fundiéndose en la bruma de una distancia que estaba más allá del límite de mi visión.

A una distancia de cien millas, un simple árbol en medio de una llanura es más o menos discernible, mientras que, por el contrario, una montaña no lo es. Esto sucede así, porque bajo el eterno sol de mediodía de Pellucidar el árbol desprende una sombra, mientras que la montaña no lo hace; al no haber un cielo que forme un contraste de fondo, simplemente se funde con la perspectiva que se encuentra a su espalda, dando la impresión de hallarse al mismo nivel del suelo.

Debo decir, no obstante, que reconocer un árbol a una distancia de cien millas es algo para lo que debe ayudar bastante la imaginación, aunque sí se puede distinguir con facilidad la tierra del agua, incluso aun cuando se encuentre en la periferia de mi tazón, puesto que el agua resplandece con fuerza bajo la luz del sol. Ese era el motivo por el que podía ver que el río en cuya orilla me encontraba desembocaba en un océano que se hallaba a unas cincuenta millas de distancia.

Estas peculiaridades del paisaje pellucidaro me son hoy en día bastante familiares, pero podéis imaginaros como nos afectaron a Perry y a mí la primera vez que llegamos aquí procedentes del mundo exterior. No obstante, también es cierto que a pesar de estar lo suficientemente acostumbrado, aún no he llegado a familiarizarme del todo con la falta de un horizonte claro y definido. Por alguna razón, siempre siento una sensación extraña, quizá porque inconscientemente presiento que debería ver algo distinto de lo que veo. Además, a pesar del enorme tamaño del tazón en el que me encuentro, sufro una definida sensación claustrofóbica; esto es: estoy dentro de un tazón que nunca podré escalar, puesto que no importa lo lejos que viaje o la dirección que siga, el borde del tazón siempre se moverá en la misma dirección en que lo haga yo. Afortunadamente para mi cordura y mi equilibrio mental, nunca dejo que mis pensamientos hagan demasiado hincapié en este asunto. Solo lo menciono aquí para que la gente del mundo exterior tenga una concepción más clara de las condiciones que imperan en Pellucidar y pueda así tener una mejor visualización de la extraña perspectiva que hoy me es familiar.

Mientras me hallaba de pie en el centro de mi tazón, con los mastodontes como única compañía, intenté elaborar algún plan para el futuro.

Entraba dentro de lo posible que la gran masa de agua que veía en la distancia fuese

el mismo océano inexplorado y sin cartografiar que recibe tantos nombres como tribus viven en sus costas. Yo lo he conocido en algunos sitios como el Lural Az, en otros como el Darel Az y, bajo la Tierra de la Horrible Sombra, como el Sojar Az. En cualquier caso, si mis deducciones eran correctas, siguiendo la línea costera llegaría a Amoz y desde allí a Sari.

Desde mi posición podía ver unas lejanas islas sobre su seno, unas misteriosas islas cuyos secretos seguramente nunca conocería. ¿Qué extrañas bestias y hombres habitarían en aquellas gemas esmeraldas que flotaban sobre aquel mar azulado? Lo inaccesible y desconocido siempre ha intrigado mi imaginación, y, una vez más, como con frecuencia había hecho otras veces en el pasado, me determiné a mí mismo a que si algún día era lo bastante afortunado como para regresar a Sari, construiría un navío adecuado para explorar los mares de Pellucidar.

¡Qué poco sé de esta tierra en la que he pasado tantos años! La primera vez que llegué aquí hablé autorizadamente de muchos asuntos acerca de los cuales hoy me doy cuenta de que tengo poco o ningún conocimiento. Asumí, por ejemplo, que las cosas que quedaban al alcance de mi experiencia eran típicas de todo Pellucidar. Igualmente, asumí que los mahars, los reptiles ramforincóceos que constituían la raza dominante de la porción del mundo interior con la que estaba familiarizado, dominaban la totalidad de la superficie de Pellucidar. Hoy soy plenamente consciente de que no era así, pues la superficie terrestre de Pellucidar es enorme y, sin embargo, tan solo conozco una pequeña parte de ella.

Asimismo, mi afirmación de que las tres cuartas partes de la superficie de Pellucidar están ocupadas por tierra firme, abarcando un área terrestre considerablemente mayor que la de la corteza exterior, se basa únicamente en la teoría de Perry de que las depresiones del mundo exterior suponen elevaciones geológicas en el mundo interior, de modo que las áreas terrestres de Pellucidar se corresponden de manera aproximada con los océanos del mundo exterior. Sin embargo, todo esto son teorías y no estoy muy seguro de que sean ciertas.

Con un buen navío y los instrumentos de navegación de que Perry disponía, podía convertirme perfectamente en un aventajado discípulo de Colón, Magallanes, Cook o Balboa. Para un espíritu aventurero como el mío, la perspectiva resultaba fascinante; sin embargo, en aquel momento, incapaz de saber cuál era el camino de regreso a Sari, el llevar a cabo semejante empresa me parecía una posibilidad bastante remota.

Siguiendo el curso del río en dirección al mar, encontré una caverna en la que dormir. Después de hacer acopio de unas cuantas bayas y algunos tubérculos con los que saciar mi hambre, me arrastré a su interior y me dormí.

Como ya he repetido en otras ocasiones, probablemente hasta la saciedad, no sé cuánto tiempo dormí. En cualquier caso, al salir de la caverna, los mastodontes no se hallaban a la vista. Les llamé varias veces, pero no respondieron a mis llamadas. Jamás volví a verles.

Ahora sí que estaba solo, y lo cierto es que nunca me había sentido tan solo en toda mi vida. La compañía de aquellas enormes bestias no solo me había proporcionado un sentimiento de seguridad, sino también de camaradería; ahora me sentía como alguien que hubiera perdido al único amigo que le quedaba en el mundo. Con un suspiro de resignación volví mis pasos hacia el gran mar, y así, armado únicamente con un diminuto cuchillo de piedra, partí una vez más en mi peligrosa e interminable búsqueda de Sari.

Antes que nada, necesitaba hacerme con armas. De nuevo me puse a la tarea de fabricarme un arco, unas cuantas flechas y una lanza, sin apartarme de ella hasta que la

hube finalizado. Naturalmente, no sé cuánto tiempo me llevó, pero al terminar sentí otra vez la necesidad de dormir. No podéis imaginaros la sensación de seguridad con la que me dispuse a afrontar el futuro ahora que una vez más estaba convenientemente armado.

Al aproximarme al río, distinguí una serie de bajos montículos en la distancia. Parecían carecer de vegetación, algo bastante inusual en aquel mundo de lujurioso verdor tropical; sin embargo, lo que más llamó mi atención fue el hecho de ver a varios animales moviéndose a su alrededor. Se hallaban demasiado lejos para poder identificarlos, pero, debido a su número, asumí que debía tratarse de alguna manada de animales herbívoros. Toda vez que no había comido nada de carne desde hacía bastante tiempo, di la bienvenida a la posibilidad de cazar que se me presentaba y comencé a acercarme a ellos tanto como me era posible sin que me descubrieran. La ribera del río me proporcionaba una buena cobertura para mis movimientos. Desde allí no se veían las lomas, por lo que estaba seguro de que aquellos animales no me descubrirían hasta que me hallase bastante cerca de ellos.

Avancé tan cauta y silenciosamente como me fue posible hasta que creí encontrarme cerca de donde se hallaban los montículos. Entonces comencé a trepar por la escarpada pendiente que constituía la ribera del río, arrastrándome sobre mi vientre a través de las altas hierbas hasta el punto en el que esperaba descubrir a mi presa. La hierba finalizaba abruptamente junto a la base de una de aquellas lomas. Al salir de ella, mis ojos se toparon con una visión que me dejó petrificado.

Las lomas consistían en diversos amontonamientos de leña, piedras y rocas de todos los tamaños. Deslizándose a su alrededor, se veían enormes hormigas de una escala gigantesca dedicándose a las mismas actividades que había visto llevar a cabo en múltiples ocasiones a sus diminutos parientes del mundo exterior. Aquellas criaturas eran de proporciones inmensas; sus cuerpos medían más de nueve pies de largo, alzando sus cabezas hasta más de tres pies del suelo... ¡Y qué cabezas! Presentaban un aspecto aterrador, con sus gigantescos ojos, sus articuladas antenas y sus poderosas mandíbulas.

Si alguna vez habéis visto en vuestro jardín a las hormigas comunes portar sus enormes cargas, a menudo mucho mayores que ellas mismas, seréis capaces de tener una ligera idea de la inmensa fuerza de estas criaturas. Muchas de ellas transportaban grandes rocas que hubieran requerido de varios hombres para poder levantarlas. Una llevaba el tronco de un gigantesco árbol entre sus mandíbulas.

Ahora podía ver que lo que había tomado por lomas eran en realidad enormes hormigueros. Al pie de aquellos montículos había un claro que abarcaba varios acres y en el que numerosas hormigas se hallaban atareadas en lo que, a pesar de mi incredulidad, enseguida descubrí que eran ocupaciones agrícolas. Trabajaban en campos simétricamente trazados en los que crecían plantas y flores. Las hileras eran completamente rectas y las plantas aparecían equidistantemente separadas. No se veía ni un solo hierbajo y en algunas hileras, evidentemente en las que habían sido sembradas recientemente, cada planta aparecía cubierta por una hoja de gran tamaño para protegerla de los cálidos rayos del sol.

Tan asombrado y fascinado me hallaba, que permanecí durante algún tiempo observando a aquellas criaturas llevar a cabo sus actividades de siembra y mantenimiento de sus cosechas. Algunas de las obreras recolectaban los tiernos tallos de las plantas que allí crecían, mientras que otras extraían miel de las flores y llevaban su carga hacia los hormigueros. Había torrentes de hormigas moviéndose constantemente en direcciones opuestas, desde los hormigueros y hacia los hormigueros. Todo era actividad y bullicio.

Me di cuenta de que algunas hormigas eran más grandes que otras y que las de mayor tamaño no trabajaban; luego me fijé en que sus mandíbulas también eran más

grandes que las de sus compañeras: aquellas eran los soldados que vigilaban a las obreras.

Todo aquello resultaba muy interesante, pero era consciente de que no podía permanecer allí eternamente, tendido boca abajo sobre la hierba observando las actividades de aquellos insectos, por muy interesantes que estas fueran. Nunca llenaría mi estómago viendo trabajar a aquellas hormigas. Con un suspiro de contrariedad, me levanté para marcharme. Aquello supuso un error fatal.

Tendido en silencio y cubierto casi por completo por las altas hierbas, las hormigas no me habían podido percibir. Sin embargo, al levantarme, fueron automáticamente conscientes de mi presencia. No sé si me vieron o no, pues a pesar de sus enormes ojos es muy posible que fueran ciegas, ya que algunas especies de hormigas lo son. Pero las hormigas no necesitan ver, dotadas como están de sensibles órganos auditivos en la cabeza, en los segmentos torácicos y abdominales y en las patas. Además, sus combadas antenas están provistas de unas proyecciones dentadas que, conectadas a unas terminaciones nerviosas, desempeñan funciones olfativas; en consecuencia, aunque no fueran capaces de verme, ciertamente podían olerme y sentirme. En cualquier caso, se dieron cuenta de que estaba allí y varias de las gigantescas hormigas soldado comenzaron a avanzar hacia mí.

Una mirada a aquellas horribles cabezas y a aquellas formidables mandíbulas me fue suficiente. Me volví para emprender la retirada, pero, al mirar de reojo por encima de mi hombro, comprobé que era demasiado tarde. Las hormigas soldado, impulsadas por sus seis poderosas patas, corrían hacia mí mucho más rápido de lo que yo era capaz de hacerlo. ¡Estaba atrapado! Tenía que luchar o morir, o más bien, luchar y morir.

Me giré, y, al girarme, introduje una flecha en mi arco. Mi primer disparo se alojó en uno de los enormes ojos de la hormiga que avanzaba al frente, la cual cayó retorciéndose al suelo. Abatí a otra inmediatamente a continuación, y después a otras dos en rápida sucesión. Pero mi resistencia fue inútil. Las otras cayeron enseguida sobre mí, derribándome al suelo.

Recuerdo los pensamientos que cruzaron por mi mente en aquel instante. Pensé que la muerte por fin me había alcanzado; que iba a morir solo y que ningún hombre sabría ni cómo ni dónde había ocurrido. Mi hermosa Dian, si es que aún vivía, el bueno y viejo Perry, y todos mis demás amigos del mundo interior jamás llegarían a saber lo que me había sucedido.

Esperaba que en cualquier momento un par de aquellas gigantescas mandíbulas acabasen con mi vida. Dos de las criaturas me estaban palpando con sus antenas; entonces, de repente, una de ellas me atrapó por la cintura; la presión de sus mandíbulas no era mayor de la que se necesitaba para sostenerme. La criatura me transportó con la misma facilidad con que vosotros llevaríais a un gatito. Lo hacía del modo errático con el que se suelen desplegar las hormigas, zigzagueando de un lado a otro, haciendo que mi cabeza y mis pies se golpeasen constantemente con los obstáculos que se interponían en su camino o con otras hormigas.

Solo ocasionalmente alguna de las otras criaturas me prestó atención, si bien en un par de ocasiones mi captor se detuvo mientras otra hormiga me palpaba con sus antenas. Aquellas, pensé, debían ser oficiales o altos mandos de su ejército. Quizá me estuvieran examinando para ver qué era y dando las instrucciones precisas sobre el modo en que tenían que disponer de mí.

Finalmente, tras vagar sin rumbo fijo de un lado a otro, mi captor se encaminó hacia un agujero situado cerca de la base de un hormiguero. No era una abertura muy amplia y tuvo algunas dificultades para pasar conmigo entre sus mandíbulas. Por dos veces golpee

contra el arco que formaba la entrada, lo que no resultó una experiencia muy agradable, puesto que el borde de la abertura era de roca viva. La criatura intentaba hacerme pasar a la fuerza, pero era incapaz de conseguirlo. Por fin, me dejó caer al suelo y, agarrándose por las piernas, de espaldas al suelo, me arrastró al interior.

Me di cuenta entonces de cómo debían sentirse las moscas y los gusanos cuando eran arrastrados a los cubiles de las hormigas. Quizá, como hice yo, echaran una última y desesperada mirada al hermoso mundo que posiblemente dejaban atrás para siempre.



Capítulo XX

La cautividad es un estado bastante angustioso; pero la cautividad que solo puede acabar en la muerte es un estado infinitamente peor. Si, además, tus captores son criaturas con las que no te puedes comunicar, el horror de la situación se incrementa notablemente. Si hubiera podido hablar con aquellas criaturas, habría podido averiguar lo que pretendían hacer conmigo; incluso habría podido intentar negociar mi libertad. Sin embargo, en la situación en que me encontraba, lo único que podía hacer era esperar a que llegase el final. La forma en que este llegaría solo lo podía conjeturar, pero lo más lógico era pensar que me habían llevado allí como comida.

La criatura me arrastró hacia el interior del hormiguero; luego ascendió por un corto túnel hasta una amplia cámara que, evidentemente, se hallaba situada justo bajo la superficie del suelo, ya que a través de una abertura que había en el abovedado techo se filtraba la luz del sol.

Una primera y apresurada mirada al interior de la cámara, me reveló que allí había más hormigas; tres de ellas, con abdómenes enormemente distendidos, colgaban de sus patas del techo. Ocasionalmente, una hormiga se introducía por la abertura y aparentemente forzaba algo a través de la garganta de una de aquellas criaturas, las cuales después habría de averiguar que servían como depósitos de miel que suministraban alimento tanto a sus compañeras como a las criaturas a las que engordaban como comida. Recordé entonces que en mi juventud había leído algo sobre la existencia de aquellos depósitos vivientes de miel en algunas familias de las *formicidae*. La idea me había intrigado en aquel entonces; pero siempre había visto a las hormigas como seres diminutos, y ahora, sin embargo, la visión de aquellos cuerpos colgantes, enormemente hinchados, resultaba particularmente repulsiva.

Mi captor me arrojó sin ninguna ceremonia sobre el suelo de la cámara; luego se dirigió hacia donde se encontraba otra pareja de hormigas y se palparon con sus respectivas antenas. Aquello me indicó cuál era el medio que utilizaban para comunicarse entre ellas. Tras esto, la criatura abandonó la cámara y las demás hormigas, aparentemente, no me volvieron a prestar más atención.

Naturalmente, por encima de cualquier otra cosa, en mi mente predominaban los pensamientos de fuga; así, al ver que las hormigas seguían ocupadas en sus diversas tareas, me dirigí cautelosamente hacia la abertura por la que había sido arrastrado a la cámara.

Mis esperanzas crecieron al saberme capaz de encontrar el camino de salida del hormiguero. Había una posibilidad de escapar si me movía despacio y con extrema cautela, sin atraer la atención de las criaturas que trabajaban en el exterior. Sin embargo, tan pronto como alcancé la abertura, una de las hormigas cayó sobre mí. Atrapándome con sus mandíbulas, me devolvió al interior de la cámara.

—No malgastes tus energías —dijo una voz desde las sombras cercanas al muro—. Es imposible escapar.

Al mirar en la dirección de la que procedía la voz, descubrí una figura situada junto a la pared, no lejos de donde me encontraba.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Un prisionero como tú —contestó la voz.

Me acerqué a la figura. Aquella voz humana me impartió un nuevo coraje y una renovada esperanza. Aunque el propietario de aquella voz fuese un extraño y, sin duda, un enemigo, su presencia sugería una cierta camaradería, y, entre aquellos silenciosos y

feroces insectos, la camaradería con alguien de mi propia especie constituía un regalo sin precio.

Las hormigas, al ver que no encaminaba mis pasos hacia la salida, no me prestaron ninguna atención mientras me aproximaba a mi compañero de cautiverio. Enseguida me encontré a su lado. No era necesario preguntarme por qué no le había visto antes, ya que a la sombra del muro contra el que se apoyaba, resultaba una visión tan negra como la noche. Más tarde descubrí que poseía un marcado tinte oscuro en su piel.

—¿Eres el único prisionero? —le pregunté.

—Sí —contestó—. Ya han devorado a los demás. Probablemente yo seré el siguiente, aunque quizá lo seas tú.

—¿No hay ninguna forma de salir de aquí? —inquirí.

—Ninguna. Ya deberías saberlo. Tú también lo has intentado y has fracasado.

—Me llamo David —dije—. Soy de Sari.

—Yo soy U-Val —repuso él—. Soy de Ruva.

—Supongo que deberíamos ser amigos —propuse.

—¿Y por qué no? —contestó—. Estamos rodeados de enemigos y pronto estaremos muertos.

Mientras hablábamos, había estado observando como una hormiga extraía miel de uno de los depósitos vivientes que pendían del techo. A continuación, descendió por la pared y cruzó el suelo en nuestra dirección; entonces, para mi sorpresa, saltó sobre mí y me arrojó de espaldas al suelo. Reteniéndome, deslizó la miel en mi boca, forzándome a tragarla. Tras haberme obligado a ingerir aquel alimento, la criatura se fue.

U-Val se reía mientras yo me atragantaba y tosía.

—Te acostumbrarás —dijo—. Te engordan para que sirvas de alimento, y no te dejan elegir la clase o la cantidad de comida que quieres. Saben exactamente lo que necesitas, en qué cantidad y con qué intervalo se obtienen los mejores resultados. En breve te alimentarán con grano, que ellas previamente habrán digerido y regurgitado. Es muy bueno y bastante nutritivo. Te encantará.

—Creo que vomitaré —dije asqueado.

U-Val se encogió de hombros.

—Sí, quizá lo hagas al principio; pero después te acabarás acostumbrando.

—Si no lo como, no engordaré, y quizás entonces decidan no matarme —sugerí.

—No estés muy seguro de eso —dijo—. Creo que nos engordan para la reina y sus crías, o puede que sea para los guerreros. Si no engordamos, probablemente nos entregarán a los trabajadores y los esclavos.

—¿Y crees que hay alguna ventaja en ser devorado por una reina? —inquirí.

—Para mí no hay ninguna —contestó.

—Pues seguramente algunos le darían a eso una gran importancia.

—¿Estás bromeando? —me preguntó.

—Por supuesto que sí.

—Nosotros no bromeamos mucho en Ruva —dijo—, y, ciertamente, tampoco siento muchas ganas de bromear aquí. Voy a morir y no deseo hacerlo.

—¿Dónde se encuentra Ruva? —le pregunté.

—¿Nunca has oído hablar de Ruva? —inquirió.

—No —admití.

—Es raro —comentó—. Es una de las islas más importantes; una de las Islas Flotantes.

—¿Las Islas Flotantes? ¿Dónde están? —pregunté.

—¿Dónde va a estar una isla flotante? —inquirió a su vez—. Pues en el mar, naturalmente.

—¿Pero en qué mar? —insistí.

—En el Bandar Az —explicó—. ¿Qué otro mar existe?

—Bueno, yo he estado en el Korsar Az, el Sojar Az, el Darel Az y el Lural Az —respondí—. Puede que haya más, pero ni los he visto ni he oído hablar de ellos.

—Solo existe un mar, y ese es el Bandar Az —dijo U-Val—. He oído que lejos existen otros pueblos que le llaman Lural Az, pero ese no es su nombre.

—Si vives en una isla, ¿cómo es que has llegado a caer prisionero aquí, en el continente? —le pregunté.

—A veces Ruva flota cerca del continente. Cuando lo hace, acostumbramos a salir en busca de carne, pues esta no abunda mucho en nuestra isla. También solemos recoger nueces y frutas que no crecen allí. Si tenemos suerte, incluso podemos capturar a hombres y mujeres de otras tribus como esclavos. Yo estaba cazando en el continente cuando estas criaturas me cogieron.

—Supón que consigues escapar...

—No lo haré —replicó.

—Pero supón que lo haces. ¿Serías capaz de volver a Ruva? ¿No se habrá alejado?

—Seguramente ya lo habrá hecho, pero aún así encontraré mi canoa; y, si no la encontrase, construiría otra y la seguiría. Ruva se mueve muy lentamente, a merced de la corriente. La seguiría y la alcanzaría.

Las hormigas no nos molestaron, excepto para alimentarnos, y el tiempo pasó con lentitud. Aprendí a comer la comida que nos proporcionaban sin vomitarla y recuerdo que dormí muchas veces. La monotonía se me hizo casi insoportable. Sugerí a U-Val que ya que de todas formas íbamos a morir, bien podíamos hacerlo intentando escapar. U-Val no estuvo de acuerdo conmigo.

—Aunque vaya a morir dentro de poco, no quiero precipitar mi muerte —dijo.

Poco después, una hormiga alada se introdujo en la cámara y las demás hormigas se congregaron a su alrededor. Todas palparon a la recién llegada y se palparon entre sí con sus sensitivas antenas.

—Uno de nosotros va a morir —afirmó U-Val.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo dices?

—La que tiene alas ha venido a por alimento, probablemente para la reina o para los guerreros. Al ser los únicos prisioneros que hay aquí, nos cogerá a uno de los dos; o quizás a ambos.

—Yo voy a luchar —dije.

—¿Con qué? —inquirió él—. ¿Con ese pequeño cuchillo de piedra? Tal vez puedas matar a algunas, pero no conseguirás nada. Hay demasiadas.

—De todos modos pienso luchar —repetí obstinadamente—. No acabarán conmigo sin presentar batalla.

—Está bien —repuso U-Val—. Si quieres luchar, lucharé a tu lado, aunque no nos servirá de mucho.

—A mí sí me servirá de algo acabar con unas cuantas de esas malditas criaturas.

Cuando la hormiga alada terminó de conferenciar con sus compañeras, se aproximó a nosotros y empezó a palpar nuestros cuerpos con sus antenas, pellizcando a veces nuestra carne con sus mandíbulas. Tras completar su examen, regresó de nuevo a conferenciar con

las demás hormigas.

—Creo que eres tú el que le parece más tierno y más gordo —dijo U-Val.

—Quieres decir que esperas que sea así.

—No deseo que mueras, por supuesto —dijo—, pero tampoco quiero morir yo. De todos modos, sea quien sea el elegido, voy a hacerlas frente a tu lado.

—Al menos tendremos una pequeña satisfacción matando a unas cuantas de ellas —repliqué.

—Sí, algo es algo —contestó.

La hormiga alada abandonó la cámara y poco después vinieron dos grandes hormigas soldado. Una vez más hubo una nueva conferencia de antenas, tras lo cual una de las hormigas condujo a los dos soldados hacia nosotros. Fueron directamente hacia U-Val.

—¡Soy yo! —exclamó U-Val.

—Si tratan de sacarte de aquí, utiliza tu cuchillo —dije—. Estoy contigo.

La hormiga que había conducido a los soldados hacia nosotros volvió a sus propios asuntos; entonces, uno de los soldados avanzó sobre U-Val con sus poderosas mandíbulas abiertas de par en par.

—¡Ahora! —grité a U-Val, sacando mi cuchillo de piedra.



Capítulo XXI

Antes de que la hormiga llegase a coger a U-Val, este abatió su cuchillo sobre ella, cortándole una de sus antenas. En el mismo instante, salté sobre ella desde el otro costado, hundiéndole mi cuchillo en su abdomen. Al momento se volvió hacia mí, intentando atraparme con sus mandíbulas. U-Val volvió a golpear, atravesando uno de sus ojos, mientras yo le clavaba una y otra vez mi cuchillo con rápidos y sucesivos golpes. La criatura rodó sobre su costado, retorciéndose y revolcándose por el suelo, mientras U-Val y yo retrocedíamos para escapar de la amenaza que suponían sus poderosas patas.

La otra hormiga se aproximó a su compañera, examinándola; luego retrocedió, aparentemente confundida. Sin embargo, de alguna manera, debió comunicar lo que ocurría al resto de hormigas que había en la cámara, ya que inmediatamente todas fueron presas de una gran excitación, corriendo de un lado a otro, aunque convergiendo en última instancia sobre nosotros en un cuerpo sólido y compacto.

Constituían una visión amenazadora. Su absoluto silencio, sus horribles rostros, vacíos y sin expresión, reflejaban una siniestra amenaza absolutamente imposible de describir.

Las criaturas se hallaban prácticamente encima de nosotros cuando su avance se vio bruscamente interrumpido por una amenaza procedente del techo. Rocas y tierra comenzaron a caer a la cámara desde lo alto, y, al mirar de reojo, vi que algo se introducía por la abertura y se alargaba rápidamente. Uno de los depósitos vivientes de miel cayó entonces al suelo, reventándose por el impacto. Una larga y peluda nariz asomó por la abertura del techo y una fina y delgada lengua descendió hasta la cámara empezando a succionar a las hormigas mientras el techo continuaba desmoronándose, añadiendo mayor confusión al caos que reinaba. Los insectos parecieron olvidarse por completo de nosotros. De inmediato, se entabló una auténtica batalla por llegar hasta la abertura que conducía al túnel. Las hormigas trepaban las unas sobre las otras y se agolpaban en la entrada presas del pánico; la gran lengua no dejaba de succionarlas y el techo continuaba desmoronándose.

U-Val y yo nos aplastamos contra el muro opuesto de la cámara en un intento por escapar de la avalancha de rocas que se desprendían del techo, mientras, por encima de nosotros, la bestia escarbaba con sus poderosas garras intentando ampliar la abertura.

La larga y poderosa lengua recorría cada rincón de la oquedad. Por dos veces pasó junto a nuestros cuerpos, aunque en ambas ocasiones nos descartó y continuó buscando hormigas. Una vez que todas sus presas hubieron huido, la lengua y la monstruosa cabeza desaparecieron del enorme agujero que la criatura había hecho en la cima del hormiguero.

La cámara estaba llena de cascotes hasta alcanzar el borde del agujero del techo, formando así una vía de escape. No había ni una sola hormiga a la vista.

—¡Vamos! —grité a U-Val—. ¡Salgamos de aquí antes de que las hormigas se recuperen de la confusión!

Ambos trepamos por la pila de escombros. Al alcanzar la abertura no vimos ninguna hormiga, pero sí a un gigantesco oso hormiguero que se desplazaba hacia otro montículo. En apariencia, la criatura era prácticamente idéntica al oso hormiguero sudamericano, si bien su tamaño era proporcional a las enormes hormigas de las que se alimentaba.

Perry y yo hemos especulado a menudo sobre la asombrosa similitud que existe entre muchos de los animales de Pellucidar y del mundo exterior. Perry ha formulado una teoría que a mí me parece bastante razonable.

Se ha demostrado con cierta exactitud que en algún tiempo pasado debió existir un clima tropical en lo que hoy conocemos como regiones árticas. Pues bien, Perry sostiene que en algún momento muchos animales pasaron desde la corteza exterior al mundo interior a través de la abertura polar. Sea como fuere, lo cierto es que allí había un gigantesco oso hormiguero y a él le debíamos nuestras vidas.

Animados por un impulso común, U-Val y yo nos alejamos a toda prisa de la zona de los hormigueros, encaminando nuestros pasos hacia el océano. Debo decir que nunca antes me había alejado de un sitio con tanta sensación de alivio, ni siquiera del poblado de Meeza, el rey de los jukans.

Cerca de la orilla, U-Val se detuvo y observó el océano, haciendo pantalla con una de sus manos sobre sus ojos, oteando la distancia.

Al seguir su mirada, me vi repentinamente sorprendido al percibir un cambio en la perspectiva desde la última vez que la había contemplado.

—¡Qué extraño! —comenté.

—¿El qué? —inquirió U-Val.

—La última vez que observé el océano, allí había unas islas. Las vi con toda claridad. No puedo haberme equivocado.

—No estás equivocado —repuso U-Val—. Viste las Islas Flotantes, las islas de las que forma parte Ruva.

—Entonces, tengo la impresión de que ya nunca volverás a verlas —me lamenté—. Lo siento.

—Claro que volveré a verlas —replicó U-Val—; esto es, siempre y cuando no pierda la vida mientras me dirijo a ellas.

—Pero, aunque consigas hacerte con una canoa, ¿cómo vas a arreglártelas para saber la dirección en que se encuentran en cada momento? —le pregunté.

—Eso no es mayor problema —contestó—. Sé perfectamente dónde están. Ahora mismo se encuentran justo allí —dijo, señalando un punto—, más allá del alcance de nuestra vista.

Tenía ante mí una nueva faceta del asombroso instinto del hogar que le es inherente a todos los pellucidaros. Allí había un hombre cuya tierra natal flotaba a la deriva, sin rumbo ni destino, sobre un gran océano, a merced de las mareas, de las corrientes y del viento; y, sin embargo, en dondequiera que U-Val se hallase, si le proporcionabas un medio de transporte adecuado, era capaz de dirigirse directamente hacia ella, o, al menos, eso aseguraba. No pude evitar preguntarme si de verdad era cierto.

El lugar en que U-Val había dejado su canoa se encontraba en la misma dirección que yo pensaba seguir, así que decidí acompañarle.

—Si no está allí, tendré que construir otra —dijo—, y, mientras lo hago, Ruva se seguirá alejando, así que espero que siga donde la dejé.

La fortuna acompañó a U-Val. La canoa aún permanecía donde la había escondido, entre unos largos juncos, cerca de un pequeño estuario.

U-Val dijo que tenía que hacerse unas cuantas lanzas antes de partir en su largo viaje en busca de Ruva, pues probablemente se vería atacado durante su travesía por los diversos monstruos marinos que poblaban aquel océano, y la única arma que podía usar contra ellos con ciertas garantías era una larga lanza.

—Tendremos que hacernos varias —dijo.

—¿Tendremos? —repetí—. Yo no voy a ir contigo.

Me miró sorprendido.

—¿No vas a acompañarme? —me preguntó—. ¿Adónde irás entonces? Me has dicho que no sabes cómo encontrar el camino hacia tu país. Lo mejor que puedes hacer es venir conmigo.

—Yo no lo creo así —contesté—. De lo que estoy completamente seguro es de que Sari no se encuentra en medio del océano, así que, si te acompaño, lo único que haré será alejarme de mi destino. Mi única posibilidad es seguir la línea costera, sobre todo, si como pienso, este es el mismo océano que se encuentra en sus inmediaciones.

—Esto no es lo que había pensado —repuso U-Val. Su voz me pareció un tanto hosca.

—Seguiré a tu lado hasta que partas —le dije—. Yo también necesito hacerme con unas cuantas armas; una lanza corta, un arco y algunas flechas.

Una vez más me puse a la tarea de fabricarme unas armas. Puede pareceros que tengo muy mala suerte con las armas que me fabrico, ya que constantemente estoy perdiéndolas; sin embargo, no me supone excesivo trabajo el hacerlas, toda vez que no soy muy exigente con su acabado. Lo único que me interesa es que respondan al propósito para el que las hago, pues, al fin y al cabo, eso es lo único que importa.

U-Val no dejó de insistirme en que le acompañara. No parecía tener otra idea en mente y continuamente intentaba persuadirme para que cambiara de opinión.

Era incapaz de entender su insistencia, pues nunca había mostrado la más mínima señal de albergar algún afecto hacia mí. Un accidente nos había unido; dos personas completamente extrañas que ahora estaban juntas. Lo más que cualquiera hubiera podido decir respecto a nuestra situación es que no éramos hostiles entre nosotros.

U-Val era un individuo bien parecido. A la brillante luz del sol pellucidaro su piel resultaba ser negra con cierto matiz cobrizo. Sus rasgos eran finos y regulares, y era, en conjunto, bastante apuesto. Las primeras criaturas parecidas al hombre con que me había encontrado al llegar a Pellucidar, cuando Perry y yo irrumpimos en su superficie procedentes del mundo exterior, también eran de piel negra, pero se trataba de unas criaturas arbóreas de largas colas y que se hallaban en un nivel muy bajo de la evolución humana. U-Val, por el contrario, era completamente humano, y debo decir que tan inteligente como cualquier hombre de raza blanca que hubiera visto anteriormente sobre Pellucidar.

Tras haber acabado mis armas, le ayudé con las suyas, toda vez que había prometido permanecer a su lado hasta que partiera. Por fin, sus armas también estuvieron terminadas y la canoa aprovisionada con agua y comida. El agua la almacenamos en diversas secciones que habíamos cortado de una gruesa planta muy parecida al bambú, capaz de mantenerla fresca casi indefinidamente. Su provisión de comida consistía en nueces y tubérculos, una dieta que podía complementarse con tanto pescado como fuera capaz de ensartar con su lanza.

Una vez que todo estuvo dispuesto, U-Val sugirió que durmiéramos antes de separarnos. Así ambos estuviéramos descansados antes de emprender nuestros respectivos viajes.

Justo antes de despertar, soñé con Dian. Ella tenía mis manos entre las suyas. Entonces, en una de esas extrañas transformaciones que tienen lugar en los sueños, de pronto se convirtió en un policía de Hartford, Connecticut, que me aseguraba las manos a la espalda con sus esposas. En el momento en que sonaba el cierre, me desperté.

Me hallaba tendido sobre un costado. U-Val estaba de pie, frente a mí. Apenas tardé unos momentos en hallarme completamente despierto. Al hacerlo, descubrí que tenía las

manos atadas a la espalda.

Al principio no comprendí bien lo que había ocurrido. El recuerdo de mi sueño aún persistía con fuerza en mi mente. ¿Qué hacía U-Val en mi sueño? No pertenecía al mismo escenario que un policía de Hartford, Connecticut. ¿Dónde se había ido el policía? ¿Dónde estaba Dian?

De repente, mi mente se aclaró y comprendí que estaba solo con U-Val. Debía haber sido él quien me había atado las manos a la espalda. Pero ¿por qué?

—¿Qué significa esto, U-Val? —exigí.

—Significa que te vienes a Ruva conmigo —respondió.

—Yo no quiero ir a Ruva.

—Ese es el motivo por el que te he tenido que atar las manos. Ahora no tendrás más remedio que acompañarme. No puedes hacer nada para evitarlo.

—¿Pero por qué insistes en que vaya contigo?

U-Val se lo pensó un momento antes de responder. Por fin, dijo:

—Ya no hay razón para no decírtelo, puesto que no puedes hacer nada para impedirlo. Te llevo a Ruva como esclavo.

—En el lugar del que procedo, tu actitud se calificaría como propia de una rata —dije.

—¿Qué es una rata? —preguntó. Había usado la palabra inglesa, y, por supuesto, él no la entendía.

—Lo que tú eres; bueno, casi. Las ratas deben tener alguna cualidad redentora, aunque yo no sepa cuál es. Tú no tienes ninguna. Aceptaste mi amistad. Juntos hicimos frente a nuestro apresamiento y juntos miramos cara a cara a la muerte. Juntos luchamos contra un enemigo común tratando de obtener nuestra libertad. Ahora tú me atas mientras duermo y me dices que vas a llevarme a tu país como esclavo. ¿Qué opinión te merece tu actitud, U-Val?

—No veo nada malo en lo que he hecho —contestó—. Tú no eres un ruvano; en consecuencia, somos enemigos. Deberías estar contento de que no te haya matado mientras dormías. Te he dejado vivir porque un hombre que tiene esclavos es un hombre importante en Ruva. Teniendo un esclavo podré tomar una compañera. Ninguna mujer que se precie en Ruva, se uniría a un hombre que no tuviera esclavos. Es necesario ser un hombre valiente y un gran guerrero para capturar un esclavo.

—¿Incluso del modo en que tú lo has hecho?

—Nadie sabrá cómo lo hice —respondió.

—Yo puedo contarlo —le recordé.

—No te atreverás a hacerlo —señaló.

—¿Por qué no?

—Porque siempre se puede matar a un mal esclavo.

—No siempre tendré las manos atadas a la espalda —dije.

—Y yo no estaré solo. Estaré con los míos. Si les dices algo, puedes darte por muerto.

—Yo no miento nunca.

—Harás mejor en no decirles nada. ¡Vamos! Nos marchamos de aquí. ¡Levanta!

Me propinó una fuerte patada en el estómago. Aquello me enfureció, pero no podía hacer nada.

No es fácil levantarse cuando tienes las manos atadas a la espalda, pero, ayudándome con la cabeza, el hombro y el codo, finalmente conseguí incorporarme.

U-Val me empujó sin ningún miramiento hacia la canoa.

—¡Adentro! —me ordenó.

Me senté en la proa. U-Val empujó la canoa al mar y ocupó su lugar en la popa. Tomando su remo, sacó la frágil embarcación del estuario y la condujo a mar abierto. Y de este modo dio comienzo nuestro viaje a través de un océano sin cartografiar, sin brújula ni sextante y hacia un destino que constantemente variaba su posición.



Capítulo XXII

Mientras contemplaba la vasta extensión del océano y la inadecuada embarcación que se suponía nos iba a llevar hasta nuestro elusivo destino, no le habría dado a U-Val un níquel de plomo por su esclavo. De hecho, tenía la sensación de ser más una carga que algo de valor. Era un peso muerto que U-Val tenía que soportar, aunque lo cierto es que estaba haciendo mis cuentas sin tener en consideración el ingenio de U-Val.

Nos habíamos alejado casi una milla de la costa cuando un pequeño saurio surgió de las profundidades. En el momento en que sus fríos y repulsivos ojos nos descubrieron, se dirigió hacia nosotros con sus fauces completamente abiertas, su largo cuello arqueado y el agua ondulándose a través de su sinuoso cuerpo.

Su aspecto resultaba aterrador. Aunque no era una de las especies de mayor tamaño, era consciente de que se trataba de un rival tan formidable como aparentaba y bastante capaz de poner fin a nuestro viaje apenas este había comenzado.

Ya me había encontrado en otras ocasiones con aquellas terribles criaturas, así que sabía perfectamente lo que se podía esperar de su ciega e insensata ferocidad. Son bestias insaciables que aparentemente matan por el mero placer de matar, aun cuando tengo que admitir que nunca parecen capaces de satisfacer su voraz apetito, pues prácticamente se comen todo lo que matan.

Atado e indefenso en la proa de la canoa, resultaba una presa fácil para aquel monstruo, que sin duda me atraparía y devoraría antes de acabar con U-Val. Tales eran mis pensamientos mientras el saurio se deslizaba velozmente hacia nosotros. Sin embargo, había algo en aquella situación que al menos me ofrecía una pequeña compensación por la pérdida de mi vida y no pude resistir la tentación de sacar algún provecho de ello.

—Estás a punto de perder a tu esclavo —le dije a U-Val—. Nadie sabrá jamás que has llegado a poseerme. Nunca compensa ser una rata, U-Val.

U-Val no respondió. El saurio se hallaba a unos cien pies de distancia y se acercaba rápidamente, siseando como el escape de una válvula de vapor. La canoa quedaba a su costado.

U-Val hizo girar la embarcación, presentándole la popa, donde él se hallaba sentado; entonces cogió una de las lanzas de las que disponíamos y se puso en pie.

Odio tener que admitirlo, pero lo cierto es que U-Val parecía tener redaños. Incuestionablemente, daba la sensación de que no iba a renunciar a su esclavo sin presentar batalla.

El saurio se dirigió directamente hacia él. U-Val sostuvo en alto su lanza de casi doce pies de largo y, cuando la criatura se encontró a unos diez pies de distancia de la canoa, alojó su puntiagudo extremo en el cuerpo del reptil. Lo hizo con la misma destreza y seguridad con la que un torero hubiera entrado a matar a un toro.

Durante casi medio minuto el saurio se sacudió de un lado a otro en un intento por alcanzar a U-Val, pero este, aguantando el extremo de su lanza, mantuvo hábilmente la canoa siempre frente a la bestia, de modo que todos sus esfuerzos por alcanzarnos únicamente sirvieron para impulsar la embarcación a través del mar. Por fin, con una convulsión final, la criatura rodó sobre su costado y quedó boca arriba sobre las olas. La punta de la lanza de U-Val se había introducido en su corazón.

Si se hubiera tratado de una criatura más evolucionada habría muerto mucho antes.

Es ciertamente asombrosa la cantidad de tiempo que las percepciones de las graves heridas que sufren tardan en llegar a los cerebros de las criaturas de los órdenes más inferiores de Pellucidar. He visto a un lidi, con una dolorosa herida en su cola, totalmente inconsciente de que le dolía durante más de un minuto; supongo que la causa fueron los cerca de sesenta pies que hay desde el extremo de la cola del lidi hasta su diminuto cerebro, situado en el otro extremo de su gigantesco cuerpo.

U-Val arrastró la inerte masa del reptil hasta el costado de la canoa y cortó varios trozos de carne con su cuchillo de piedra. Antes de que hubiera terminado, el agua ya estaba hirviendo de peces carnívoros y de reptiles atraídos por la promesa de carne. Al empezar la batalla por los restos del saurio, U-Val cogió su remo y alejó la canoa del inminente peligro tan rápidamente como le fue posible; más tarde, cuando estuvimos a una distancia segura, dejó a un lado el remo y comenzó a cortar la carne del saurio en finas tiras que colgó en una de las lanzas para que se secasen al sol.

Durante todo este tiempo, U-Val no se dirigió a mí; luego volvió a coger el remo, mientras que yo optaba por hacerme un ovillo en cubierta y tenderme a dormir. Que mi «amo» remase solo hasta la costa, pensé somnoliento antes de perder la consciencia.

Cuando desperté no se veía tierra por ninguna parte. U-Val remaba incansablemente con fuertes y poderosas paladas. Debí dormir durante mucho tiempo ya que la tierra firme hubiera sido visible a unas cien millas de distancia, posiblemente a unas ciento cincuenta, dada la claridad de la atmósfera. Como mera suposición, calculé que U-Val debía haber estado remando durante unas quince horas; remando con una canoa de veinte pies y pesadamente cargada. La fuerza y la resistencia de los hombres de las tribus marítimas de Pellucidar resulta verdaderamente asombrosa.

La canoa había sido diseñada para ser una embarcación veloz. Aunque construida tan solo con el tronco de un árbol, era extremadamente ligera. El suelo tenía un grosor de poco más de una pulgada, y desde ahí su espesor aumentaba gradualmente hacia las bordas, que se ensanchaban hasta alcanzar las tres pulgadas de ancho. El casco era tan pulido y suave como el cristal. Saber cómo estos hombres logran semejante perfección con las toscas herramientas de que disponen, continúa siendo un misterio para mí.

La madera con la que estaba construida la canoa era tan resistente como el hierro forjado y resultaba ser muy oleosa. A esta última característica se debía en parte la facilidad con la que se deslizaba a través del agua.

La carga estaba situada en medio de la embarcación y la habíamos cubierto con las enormes hojas de un árbol de la jungla parecido a la palmera. Tanto U-Val como yo disponíamos de una especie de refugios hechos con estas hojas que podíamos colocar rápidamente sobre nosotros si era necesario. Al menos U-Val podía colocar el suyo, puesto que yo, lógicamente, al tener las manos atadas, no podía hacer lo mismo con el mío. Siempre es deseable estar protegido del eterno sol de mediodía, el cual, por cierto, lleva tanto tiempo bronceando mi piel, que esta casi posee el color de un nativo de las islas del sur.

Poco después de haberme despertado, U-Val dejó a un lado su remo y se acercó a donde me hallaba sentado.

—Voy a desatarte las manos, esclavo —me dijo—. Ahora vas a remar. También me ayudarás si nos ataca algún azdyryth u otra de las bestias de mayor tamaño. Permanecerás siempre en este extremo de la canoa. Si te acercas a popa, te mataré. Volveré a atarte cuando me disponga a dormir. Así evitaré que puedas tener la tentación de matarme.

—No necesitas atarme cuando quieras dormir —contesté—. No pienso matarte

cuando lo hagas, lo prometo. Podríamos ser atacados mientras duermes y entonces no tendrías tiempo para liberarme. Por desgracia para ti, puedes necesitarme, y tú lo sabes.

U-Val pensó durante un buen rato en la proposición que le había hecho y, por fin, convino en que tenía razón.

—De todos modos, no conseguirías nada matándome —dijo—. Nunca volverías a encontrar el camino de vuelta hacia el continente. El Bandar Az llega más lejos de lo que cualquier hombre sabe. Quizá no exista otra orilla. Eso es lo que muchos piensan. No, no creo que te atrevas a matarme.

—He prometido que no te mataré mientras duermes —repliqué—; pero no que no lo vaya a hacer. Algún día sí lo haré... no porque me hayas hecho tu prisionero, a pesar del modo en que lo hiciste, que por sí solo sería un motivo suficiente, sino por la patada que me diste mientras me hallaba atado e indefenso. Por eso, U-Val, juro que te mataré.

Tras terminar de quitarme las ligaduras de mis muñecas, regresó a su asiento sin hacer ningún comentario sobre lo que le había dicho, aunque sí dijo algo.

—Hay un remo bajo las hojas de pango. Cógelo y rema, esclavo —me ordenó—. Yo te diré hacia donde dirigirte.

Al principio pensé en negarme, pero finalmente no vi ninguna razón para hacerlo, sobre todo cuando necesitaba ejercitar mis músculos tras haber permanecido tanto tiempo inactivo en el hormiguero alimentado únicamente con miel y grano. En consecuencia, decidí coger el remo y ponerme a remar.

—¡Rápido, esclavo! —ordenó U-Val—. ¡Rema más rápido!

Le dije a donde se podía ir, que no era al Cielo precisamente.

—Creo que lo que necesitas es una buena paliza —gruñó, y comenzó a acercarse a mí con un tallo de bambú en la mano. Arrojando a un lado el remo, cogí una de las largas lanzas.

—¡Vamos, U-Val! —exclamé—. ¡Ven a pegar a tu esclavo!

—¡Tira esa lanza! —ordenó—. Esa no es forma de comportarse para un esclavo. ¿Es que no eres consciente de cuál es tu situación?

—No sé cómo se comporta un esclavo —admití—. Al menos, no ante un estúpido como tú. Si tuvieras un poco de cerebro, ninguno de los dos tendría que remar. ¿Pero por qué no vienes a pegarme? Nada me gustaría más que lo intentases.

—Tira esa lanza y sabrás lo que es bueno —gruñó.

—Vuelve a tu sitio y siéntate. ¡He dicho que te vuelvas y te sientes!

Consideró el asunto durante un momento y, evidentemente, decidió que si quería seguir teniendo un esclavo vivo, o, al menos, seguir siendo un amo con vida, era mejor no llevar las cosas demasiado lejos. En consecuencia, regresó a popa y se sentó. Yo también hice lo propio, pero dejando el remo donde estaba.

Al rato, U-Val volvió a coger su remo y se puso a remar, aunque con un rostro bastante hosco. No era una persona muy inteligente y, evidentemente, estaba preocupado por la actitud que debía tomar ante un esclavo recalcitrante; al no haber poseído ninguno con anterioridad, no sabía qué hacer. Sin embargo, lo que más le preocupaba era la sugerencia que le había hecho de que era un estúpido por hacer que los dos remásemos.

Finalmente rompió su silencio.

—¿Cómo se puede navegar sin tener que remar? —preguntó.

—Navegando a vela —respondí.

No sabía a qué me refería, al no haber ningún equivalente para la navegación a vela en el lenguaje pellucidaro. Los habitantes del mundo interior aún no han alcanzado ese

grado de civilización. Poseen armas de piedra y han aprendido a hacer fuego, pero la navegación a vela es algo que ni siquiera sus mayores sabios aún han llegado a concebir.

Teníamos un fuerte viento a favor, así que no vi ninguna razón para no aprovecharme de esta circunstancia, pues, al fin y al cabo, remar bajo el sol de mediodía no es una cosa para tomársela a broma.

—¿Qué es navegar a vela? —preguntó.

—Te lo enseñaré. Déjame esa cuerda que tienes ahí.

—¿Para qué? —inquirió.

—Dámela si quieres que te lo enseñe. ¿Quieres que la canoa navegue sin tener que remar o prefieres hacerlo? A mí me da igual; al fin y al cabo, no soy yo el que va a remar.

—¡Ya basta! —gritó—. Estoy cansado de todo esto. ¿Es que no eres consciente de que ahora eres mi esclavo? Remarás si yo te digo que lo hagas. Si no lo haces, te volveré a atar y te daré una paliza... Sí, creo que eso es lo que necesitas.

—Ni yo voy a remar ni tú vas a tocarme. Si te acercas a mí, te atravesaré con la lanza. Ahora, échame esa cuerda y deja de comportarte como un imbécil. Quiero enseñarte algo que te ahorrará un montón de esfuerzos.

U-Val prefirió seguir remando; la expresión de su rostro era tan agria como el vinagre. El viento aumentó. La canoa subía y bajaba a medida que alcanzaba la cresta de las olas y luego se hundía en su seno. El sol caía de plano a través de un cielo sin nubes. U-Val sudaba por todos los poros de su piel. Por fin, dejó a un lado su remo y, sin una palabra, tiró el rollo de cuerda hacia mí.

No fue fácil aparejar solo la vela, pero con la ayuda de las lanzas, un par de tallos de bambú, la cuerda de hierba trenzada y varias de las hojas de pango que cubrían las provisiones, fabriqué una especie de esterilla capaz de aprovechar el viento. Al instante, la canoa saltó hacia delante, cortando las olas con convincente estilo.

—¡Dirígela! —le grité a U-Val, quien comenzó a remar.

—¡No remes! —Le indiqué—. Sitúa el remo en el agua, a popa, y no lo sumerjas del todo; después, gíralo primero en una dirección y luego en otra, y fíjate en lo que sucede cuando lo haces. Así aprenderás a manejarla.

Era perfectamente capaz de hacerlo, pero se había quedado tan sorprendido de ver avanzar la embarcación sin necesidad de utilizar los remos, que en un primer momento se sintió confundido. A pesar de todo, en breve, fue capaz de dirigirla, aunque no dijo nada en bastante tiempo.

Por fin, rompió su silencio.

—Supón que el viento sopla en otra dirección —dijo.

—Entonces tendrás que remar —le respondí—. Si tu canoa hubiera sido construida de otra manera, podrías navegar con cualquier tipo de viento.

—¿Serías capaz de construir una canoa así? —preguntó.

—Podría enseñarte a hacerlo.

—Me parece que vas a ser un esclavo muy valioso —dijo—. Me enseñarás a construir esas canoas que navegan sin tener que remar.

—Mientras siga siendo un esclavo no te enseñaré nada —le respondí.

Capítulo XXIII

No sé cuánto tiempo duró aquel viaje. Dormí muchas veces, gracias a haber tomado la precaución de colocar las lanzas y las cuerdas de modo que U-Val no pudiera acercarse a mí sin despertarme.

El viento siguió soplando con fuerza en la misma dirección. La canoa se deslizaba en el agua como una cosa viva y U-Val se sentía tan feliz que casi parecía un tipo decente. En varias ocasiones —sí, en varias ocasiones—, fuimos atacados por los feroces habitantes de aquel mar paleolítico, pero, tras recuperar mi arco y mis flechas de debajo de las provisiones, mis certeros disparos y las lanzas de U-Val lograron evitar la repentina extinción con que nos amenazaron las terribles fauces de aquellos monstruos.

La monotonía de aquel viaje fue algo que me impresionó y que nunca olvidaré. Ni siquiera los espantosos saurios a los que tuvimos que hacer frente produjeron en mi mente una mayor impresión que la causada por la monotonía de aquella vasta extensión de agua sin horizonte que se extendía por todas partes a nuestro alrededor, más allá incluso de los límites de la visión humana. No se veía ninguna columna de humo de algún distante vapor porque allí no existían vapores; no se veían velas porque allí no había velas. Lo único que había era un océano vacío.

Y así transcurrió todo hasta que por fin divisé tierra firme en la lejanía. Al principio fue solo una oscura bruma percibida en la distancia, pero enseguida supe que no podía tratarse de otra cosa más que de tierra. Llamé la atención de U-Val hacia mi descubrimiento, pero aunque este esforzó su vista no logró percibir nada. Aquello fue algo que no me causó excesiva sorpresa, pues hace ya mucho tiempo que descubrí que mi vista es mucho más aguda que la de los pellucidaros. Quizás el poseer su maravilloso instinto del hogar disminuye su necesidad de ver cosas en la lejanía, pues nunca tienen que forzar sus ojos en la distancia para buscar puntos de referencia que les sean familiares. Esta teoría es mía y puede que no sea correcta. Diré, no obstante, en favor de los pellucidaros, que su sentido auditivo y su olfato son mejores que los míos.

Al no ser capaz de ver lo que yo estaba viendo, U-Val insistió en que yo no veía nada. La naturaleza humana no ha cambiado mucho desde la Edad de Piedra.

Continuamos navegando. Aunque U-Val no veía tierra, mantuvo nuestro rumbo hacia la distante mancha que lentamente iba tomando una forma más definida, circunstancia que me convenció de que aquello debía ser la isla flotante de Ruva. Una vez más, como ya me había ocurrido en un millar de ocasiones anteriores, me maravillé ante aquel asombroso instinto, inexplicable tanto para quienes lo poseen como para los que carecen de él. ¿Cómo se puede explicar algo así? No tengo ninguna teoría al respecto.

Al final, U-Val reconoció que, en efecto, había tierra firme frente a nosotros.

—Tenías razón —admitió a regañadientes—. Ahí delante hay tierra firme. Y es Ruva. No entiendo cómo has podido verla antes que yo.

—La explicación es bastante sencilla —contesté.

—¿Y cuál es? —inquirió.

—Puedo ver más lejos que tú.

—¡No digas estupideces! —estalló—. Nadie es capaz de ver más lejos que yo.

¿Qué podía argumentar ante una mente tan obtusa? En cualquier caso, tenía algo más importante que discutir con U-Val. Introduje una flecha en mi arco.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, mirando rápidamente a su alrededor—. No hay nada a lo que disparar.

—Estás tú —respondí.

Por un instante, no captó el significado de mis palabras. Cuando lo hizo, intentó alcanzar una de sus lanzas.

—¡No la toques! —le ordené—. Si lo haces, te atravieso el corazón.

—No te atreverás a hacerlo —dijo sin mucha convicción y dejando caer el brazo a su costado.

—¿Y por qué no lo iba a hacer? Ahí delante veo tierra firme y puedo llegar a ella sin tu ayuda.

—No te serviría de nada. Mi gente acabaría contigo.

—Tal vez sí y tal vez no —repliqué—. Podría decirles que soy amigo tuyo y que me has enviado a Ruva para llevar una partida de rescate hasta el continente porque a ti te han cogido prisionero. Si son tan estúpidos como tú, me creerán y me llevarán de vuelta al continente para que les guíe hasta ti. Cuando lleguemos allí, simularé que pretendo acercarme a espiar a la tribu que te ha capturado y no regresaré. Esa será la última vez que me vean.

—Tú no serías capaz de matarme, David —arguyó—. Hemos sido amigos. Hemos luchado juntos. Cuando pude haberte matado, te perdoné la vida.

—Pero me diste una patada en el estómago cuando me hallaba atado e indefenso —le recordé.

—Lamento haberlo hecho —dijo—. Además, no te di tan fuerte. No me mates, David. Déjame vivir y haré todo lo que pueda por ayudarte.

—No voy a matarte porque por alguna razón, si puedo evitarlo, soy incapaz de matar a un hombre a sangre fría y sin arriesgar mi vida. En su lugar, voy a hacerte una proposición. Perdonaré tu vida a cambio de que prometas llevarme hasta tu gente, no como esclavo, sino como un amigo al que protegerás de los demás miembros de tu tribu. También prometerás que a la primera oportunidad que se presente, me ayudarás a regresar al continente.

—Lo prometo —dijo sin pensárselo dos veces, demasiado rápidamente para mi gusto. Debía haberle matado y lo sabía, pero no podía rebajarme al punto de cometer un asesinato.

—De acuerdo —dije, bajando mi arco—. Veremos como mantienes tu promesa.

A medida que nos aproximamos a la isla flotante de Ruva, esta se reveló como una isla baja, sin montañas y densamente cubierta de árboles. Aparentaba hallarse muy hundida en el mar; su línea de flotación apenas sobresalía cinco pies por encima del agua y en ninguna parte se distinguía elevación orográfica alguna. La parte de la costa que aparecía ante nuestra vista era muy irregular, viéndose frecuentemente interrumpida por pequeñas calas y bahías. Hacia una de ellas dirigió U-Val nuestra embarcación. Mientras yo arriaba la vela, él se encargó de remar hacia la costa.

Fue una sensación agradable volver a sentir tierra firme bajo mis pies y ser capaz de estirar las piernas y de moverme por los alrededores. U-Val amarró la canoa a un árbol; luego, haciendo eco con sus manos, lanzó una fuerte y penetrante llamada. Al instante, a lo lejos, nos llegó otro grito en señal de respuesta.

—¡Vamos! —dijo U-Val—. Están en el estanque de los peces.

Comenzamos a andar hacia el interior de la isla a través de un sendero bien marcado que se adentraba en la selva. Los árboles, no demasiado grandes, crecían muy juntos. Eran

de una clase que no había visto anteriormente, tan suave y esponjosa como algunas especies de cactus, aunque sin espinas ni púas. A estos árboles se debe en realidad no solo la misma existencia de las Islas Flotantes, a las que pertenece Ruva, sino también que estas sean habitables por los seres humanos. Las raíces de estos árboles, fuertemente entrelazadas entre sí, evitan que las islas se desintegren, formando una cesta natural que contiene el terreno en el que crece la vegetación. Los árboles también suministran buena parte del alimento de los isleños y la totalidad del agua que consumen. Esta última la obtienen sangrando cada cierto tiempo uno de estos árboles o cortando una de sus hojas. Los tallos más tiernos son además comestibles y sus frutos constituyen la principal dieta de los isleños. No hay mucha más vegetación en la isla ni tampoco mucha necesidad de ella. Algunas hierbas de gran longitud crecen entre los árboles, así como diversas plantas parasitarias, parecidas a las enredaderas, que poseen grandes y bellas flores. Varias especies de pájaros viven en la isla, proporcionando a sus habitantes una alternativa en su dieta de vegetales y pescado, gracias tanto a su carne como a sus huevos.

Habríamos caminado cerca de una milla cuando salimos a una zona que había sido parcialmente aclarada de vegetación. Unos cuantos árboles dispersos aún permanecían en su lugar, sin duda para que sus raíces evitasen la desintegración del terreno. En el centro del claro se había hecho un gran agujero, de unos cien pies de diámetro, formando un gran estanque. Unas cincuenta personas de ambos sexos y de todas las edades se hallaban reunidas en el claro. Varias de ellas se encontraban junto al estanque, con sus lanzas en alto, acechando a algún pez que se encontraba a su alcance. Los peces debían haber aprendido por propia experiencia lo que les ocurriría si se mantenían muy cerca de la orilla, ya que el centro de la laguna, fuera del radio de acción de las lanzas, hervía de peces. Ocasionalmente, algún pez demasiado estúpido o descuidado se ponía al alcance de los isleños, siendo ensartado al instante. La habilidad de aquellos lanceros era increíble. No fallaban nunca. Sin embargo, debido a la prudencia de los peces, sus capturas no eran muy abundantes.

Cuando U-Val y yo nos introducimos en el claro, el primer hombre en darse cuenta de nuestra presencia, gritó:

—¡Ha regresado U-Val!

Todas las miradas se volvieron hacia nosotros, si bien no hubo ningún saludo amistoso para el retorno de aquel hijo pródigo. Un individuo gigantesco se aproximó a nosotros.

—Has traído un esclavo —dijo. No se trataba de ninguna pregunta. Era simplemente la constatación de un hecho.

—No soy un esclavo —repliqué—. U-Val y yo fuimos capturados juntos. Peleamos juntos y también escapamos juntos. Por tanto, en honor, U-Val no podía hacerme su esclavo.

—Si no eres un esclavo, eres un enemigo —repuso el hombre—, y nosotros matamos a nuestros enemigos.

—He venido aquí como amigo —dije—. No hay ninguna razón por la que tengamos que ser enemigos. De hecho, puedo ser un amigo muy valioso para vosotros.

—¿Cómo? —inquirió.

—Puedo enseñaros a construir canoas que se desplacen en el agua sin necesidad de remar —contesté—. También puedo enseñaros a capturar los peces que se mantienen en el centro del estanque y que sois incapaces de alcanzar con vuestras lanzas.

—No creo que seas capaz de hacer esas cosas que dices —respondió—. Si pudieran

hacerse, ya las habríamos hecho nosotros. Sabemos todo lo que hay que saber sobre las canoas y los peces. Nadie puede enseñarnos nada.

Me volví hacia U-Val.

—¿Hice que la canoa navegase sin tener que remar? —le pregunté.

U-Val asintió.

—Sí. Incluso navegaba mucho más rápido de lo que lo hubiera hecho si hubiésemos remado. Pero yo también puedo enseñaros cómo se hace.

—Es posible —repliqué—. Pero solo puedes enseñarles a hacerlo cuando tengas el viento a favor. Yo puedo construir canoas que naveguen cualquiera que sea la dirección en que sople el viento. Eso es algo que tú no puedes hacer.

—¿Es eso cierto, U-Val? —preguntó el hombre.

—Sí, Ro-Tai, lo que dice es cierto —contestó U-Val.

—¿Y puede capturar los peces que se quedan en medio del estanque?

—Eso no lo sé.

Ro-Tai se volvió hacia mí.

—Si eres capaz de hacer todas esas cosas que dices, también las harás siendo un esclavo —dijo.

—No las haré si me hacéis vuestro esclavo. Ni tampoco os enseñaré a hacerlas.

—Lo harás si quieres vivir —sentenció Ro-Tai.

—Si me matas nunca sabrás cómo se hacen —repliqué.

Mientras hablábamos, varios miembros de la tribu se habían congregado a nuestro alrededor, escuchando nuestra conversación. En ese momento, uno de ellos habló.

—Tal vez deberíamos aceptar a este hombre en nuestra tribu, Ro-Tai —dijo—, aunque a condición de que nos enseñe a hacer esas cosas que afirma poder conseguir.

—Ul-Van tiene razón —dijo otro—. Ha hablado con palabras de sabiduría. Yo no creo que este extranjero sea capaz de hacer lo que dice, y si es así, siempre podemos hacerle nuestro esclavo o matarle.

A continuación, se entabló una discusión en la que todo el mundo tomó parte. Algunos se oponían a aceptar a un extranjero como amigo en la tribu, pero la mayoría estaban de acuerdo con la sugerencia de Ul-Van, quien daba la impresión de ser el miembro más inteligente de la partida.

Finalmente alguien dijo:

—Ro-Tai es el jefe. Que decida él.

—Muy bien, decidiré yo —dijo Ro-Tai, volviéndose a continuación hacia mí—: Captura los peces que hay en el centro del estanque.

—Antes necesito hacer algunos preparativos —dije—. Ahora mismo no dispongo de todo lo que necesito.

—Es incapaz de hacerlo —alegó uno de los disidentes—. Está intentando ganar tiempo para poder escapar.

—No digas tonterías —repuso Ul-Van—. Dejadle que haga sus preparativos, y si falla, ya habrá tiempo para decir lo que puede y lo que no puede hacer.

Ro-Tai asintió.

—De acuerdo —dijo—. Haz lo que necesites hacer. Ul-Van, tú permanecerás siempre a su lado y vigilarás que no intente escapar.

—Si no puede hacer lo que dice, será mi esclavo —dijo U-Val—. Yo fui quien le trajo aquí.

—Si no lo hace, morirá por haber intentado engañarnos —sentenció Ro-Tai.

Tan pronto como concluyó el improvisado parlamento, me volví hacia Ul-Van y le pedí una cuerda fina y resistente de unos treinta pies de largo.

—Acompáñame —me contestó, llevándome por un sendero que quedaba al otro lado del estanque.

En breve, salimos a un nuevo claro en el que se encontraban las viviendas de la tribu. Se trataba de unas pequeñas chozas, con aspecto de colmenas, cubiertas por grandes hojas. Junto al suelo de cada choza había una pequeña abertura y por una de ellas se arrastró Ul-Van, saliendo poco después con una cuerda de hierba trenzada similar a la que había visto en la canoa de U-Val. Era demasiado gruesa para mi propósito, pero al estar hecha de varias hebras trenzadas, vi que era posible deshilarla hasta obtener un fino cordel que sirviera a mi propósito. Al terminar la tarea, tenía en mi poder una fina cuerda de unos cuarenta pies de longitud.

Equipado con ella, regresamos al estanque. Una vez allí, até un extremo de la cuerda a una de mis flechas y el otro a mi muñeca derecha; luego avancé hacia el estanque e introduje la flecha en mi arco.

Todas las miradas estaban fijas en mí mientras avanzaba hasta la orilla del estanque. Bullendo en su centro, saltando fuera del agua, había literalmente cientos y cientos de peces; pero ninguno de ellos se aproximaba a la orilla para quedar al alcance de las lanzas.

Enrollando con cuidado la cuerda a mis pies, levanté el arco y arrastré la flecha hacia mí en toda su longitud. Estaba bastante nervioso, y lo cierto es que tenía motivos para sentirme así, pues nunca había intentado nada parecido con anterioridad. No sabía si la flecha resistiría el peso de la cuerda que arrastraba con ella, y mi vida dependía de esa circunstancia.

Apunté cuidadosamente al lugar en que había una mayor congregación de peces. El arco vibró y la flecha partió hacia su blanco. Un pez saltó en el aire con un seco chasquido. La cuerda se tensó rápidamente. Afianzando mis pies, me preparé para el tirón. Cuando este llegó casi me precipité al estanque, pero me las arreglé para mantenerme en pie.

Dejé que el pez se moviera a su antojo durante un rato, sin intentar arrastrarlo hacia mí, al no estar demasiado seguro de la resistencia de mi cuerda, a pesar de que había soportado bien el primer tirón. Quería que se cansara, así que cada vez que sentía aflojarse la cuerda, tiraba un poco de ella. Finalmente cesó el forcejeo y el pez flotó inerte hasta la superficie. Tras arrastrarlo hasta la orilla, se lo entregué a Ro-Tai, quien de inmediato me pidió que hiciera arcos y flechas para todos los miembros de la tribu. Aquí topé con el primer obstáculo. No había madera adecuada en Ruva para fabricar arcos. El resultado fue que me pasé bastante tiempo atareado en la captura de peces.

Ro-Tai se vio obligado a admitir que les había enseñado algo que antes no sabían hacer y su actitud hacia mí fue más distendida. U-Val, sin embargo, sintió un mayor odio hacia mí. No había desistido de su propósito de hacerme su esclavo y trataba de acaparar para él el éxito que yo había obtenido. Ul-Van me comentó que U-Val no era un miembro muy apreciado de la tribu y que debía considerarme afortunado de no ser su esclavo.

Tras limpiar y ahumar el pescado que había conseguido, y una vez que Ro-Tai consideró suficiente la cantidad obtenida, este insistió en que le mostrase cómo construir una canoa que navegase sin necesidad de remar.

De nuevo tuve que hacer frente a otro obstáculo imposible de superar. Tampoco había árboles adecuados para construir canoas ni en Ruva ni en ninguna de las Islas Flotantes. Todas sus canoas habían sido construidas en el continente, donde sí se podía conseguir la madera adecuada. Construir una canoa constituía una empresa verdaderamente

formidable, al necesitar de una expedición en la que veinte o treinta hombres se hallarían fuera durante más de cien sueños.

Las canoas eran toscamente cortadas y preparadas en el continente y después remolcadas a Ruva, donde tras un largo y arduo trabajo de acabado, eran definitivamente terminadas. Estas canoas permanecían durante generaciones en la misma familia. Ul-Van me dijo que la suya llevaba al menos diez generaciones en su familia. Su propiedad pasaba del padre al mayor de los hijos.

Dado que las mujeres y los niños rara vez abandonaban la isla, las canoas solo se necesitaban para transportar a los guerreros. Únicamente se construía una nueva canoa cuando el número de hombres en la tribu excedía de la cantidad de guerreros que podían transportar las canoas existentes, y esto, como me dijo Ul-Van, apenas ocurría un par de veces en la vida de un hombre, ya que las bajas entre los guerreros habitualmente se compensaban con el número de nacimientos.



Capítulo XXIV

No voy a aburrirlos con la detallada descripción de mis esfuerzos por convertir una de sus canoas en una embarcación a vela. Tras varios experimentos, descubrí que podía endurecer la madera de los árboles nativos sobre un lecho de brasas al rojo. Gracias a este descubrimiento, pude construir una quilla y un pescante para carenarla. Mis únicas herramientas eran unas grandes conchas de afilados bordes, un cuchillo de piedra, un cincel de piedra y un martillo también de piedra. Afortunadamente para mí, la madera era muy suave y pude darle forma antes de endurecerla. Construí la quilla con un amplio reborde en la parte superior, asegurándola al fondo de la canoa con unas puntas de madera endurecidas al fuego, consciente de que estas se expandirían luego al mojarse. Para el mástil empalmé varias cañas de bambú hasta alcanzar la longitud adecuada y luego las até entre sí con una resistente cuerda. La vela fue posiblemente el mayor problema, pero lo solventé construyendo un primitivo telar y enseñando a tejer a un par de mujeres, quienes utilizaron una larga y flexible hierba.

Mientras trabajaba en la canoa, aprendí bastantes cosas de los miembros de la tribu y de sus costumbres. Había unas cuarenta familias en aquella isla, con un promedio de cuatro miembros por familia. También había unos veinticinco o treinta esclavos —hombres y mujeres de las razas blancas del continente—. Estos esclavos llevaban a cabo prácticamente todas las tareas manuales. Su vida no era muy difícil, pues en su mayoría eran bien tratados.

Los hombres eran monógamos y muy orgullosos de su linaje. Bajo ninguna circunstancia se emparejaban con una mujer blanca, al considerar a la raza blanca como inferior a la suya. Nunca conseguí adaptarme bien a este cambio de papeles en el estatus de las dos razas, tan distinto de aquel al que siempre había estado acostumbrado, aun cuando realmente no hubiera resultado algo tan difícil como pudiera parecer, pues debo admitir que los ruvanos nos trataban con una mayor tolerancia que la que nuestras razas de piel negra reciben en el mundo exterior. Quizás en este sentido recibiera una lección de lo que debe ser la verdadera democracia.

La canoa en la que trabajaba había sido trasladada desde la costa a un lugar situado a media milla del poblado. Habitualmente tenía a varios isleños a mi alrededor viéndome trabajar. Ul-Van siempre estaba a mi lado, al haber sido designado por Ro-Tai para vigilarme y evitar que escapara.

En una ocasión en que Ul-Van y yo nos encontrábamos solos, observé como una canoa se aproximaba en la distancia y llamé su atención hacia aquel hecho. En un primer momento no fue capaz de distinguirla; sin embargo, una vez que estuvo más cerca y la reconoció como una canoa, mostró un considerable nerviosismo.

—Probablemente sean ko-vanos —dijo—. Una partida de saqueo.

—Otras tres canoas más vienen siguiendo a la primera —le informé.

—Mala cosa —dijo Ul-Van—. Debemos regresar enseguida al poblado y avisar a Ro-Tai.

Ul-Van le comunicó la noticia a Ro-Tai y este envió a varios muchachos al estanque de los peces y a otras partes de la isla para hacer regresar a sus guerreros. Pronto, todos se hallaron reunidos en el poblado.

Las mujeres y los niños fueron enviados a las chozas. Los hombres permanecieron

allí, dando muestras de un gran nerviosismo; una muchedumbre desorganizada que presentaba un buen blanco para las lanzas de sus enemigos.

—¿No iréis a quedaros aquí, verdad? —le pregunté a Ro-Tai.

—Este es nuestro poblado —respondió—. Nos quedaremos aquí y lo defenderemos.

—¿Pero por qué no salís a su encuentro? —pregunté—. Podríais cogerlos por sorpresa. Envía un explorador para ver el camino que toman y luego esconde tus guerreros a ambos lados del sendero. Cuando los ko-variantos caigan en la trampa, podéis atacarles desde ambos lados. Se verán sorprendidos y desorganizados. Los que consigan escapar con vida, huirán en sus canoas tan deprisa como puedan. No es necesario que les dejéis llegar al poblado.

—Siempre he luchado cuando han venido los saqueadores —respondió Ro-Tai con dignidad—. Y tanto yo como mi padre, y el suyo antes que él, mantuvimos aquí a nuestros guerreros para hacer frente a su ataque.

—Eso no significa que hayáis actuado correctamente —repliqué—. De hecho, habéis obrado mal. Si me dejais diez hombres, detendré a esos ko-variantos antes de que se acerquen al poblado.

—Podríamos intentarlo —dijo uno de los hombres de más importancia del poblado—. Este extranjero aún no nos ha engañado.

—Su plan parece bueno —dijo Ul-Van.

—De acuerdo —dijo Ro-Tai—. Coge diez hombres y trata de detener a los ko-variantos. El resto de nosotros permanecerá aquí para enfrentarse a ellos si tú fallas.

—No fallaré —respondí, seleccionando a Ul-Van y a otros nueve hombres con los que partimos hacia la costa. Envié a uno de ellos de reconocimiento, con órdenes de regresar a informarme tan pronto como descubriera el camino seguido por los ko-variantos al desembarcar.

—Seguirán este sendero —dijo Ul-Van—. Siempre lo han hecho así.

—¿Os atacan a menudo? —le pregunté.

—Últimamente, con bastante frecuencia —contestó—. Estuvieron aquí tan solo unos cuantos sueños antes de que vinieras. Mataron a muchos de nuestros guerreros y nos robaron bastantes esclavos. Entre los que nos robaron había una mujer que me pertenecía. No me gustó perderla. Era muy bella y mi compañera le había tomado mucho cariño. Me dijo que era de Amoz, y tengo entendido por los otros esclavos que las mujeres de Amoz son consideradas como hermosas. Le dije a mi compañera que vivía con su compañero en un país llamado Sari.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté con la voz entrecortada.

Antes de que Ul-Van pudiera responderme, el explorador regresó corriendo. Prácticamente venía sin aliento.

—¡Los ko-variantos han desembarcado! —dijo—. Vienen por este sendero.

—¿Cuántos hombres son? —pregunté.

—Unos veinte —contestó.

Aposté a mis hombres a ambos lados del sendero, escondidos tras los árboles. Cada uno de ellos portaba dos lanzas y un cuchillo de piedra. Las órdenes eran que no se movieran ni hicieran ningún ruido hasta que yo diera la señal; entonces se pondrían en pie y les arrojarían una de sus lanzas, cargando inmediatamente después contra ellos, cuerpo a cuerpo, con la otra lanza que les quedaba.

Trepé a un árbol con el fin no solo de ver como se habían situado mis hombres, sino también de vigilar el sendero por el que se aproximaban los ko-variantos, ajenos al destino que

les aguardaba.

No tuve que esperar mucho. En breve, un guerrero espantosamente pintado apareció ante mi vista. Tras él, en apretada hilera, venían los demás. Iban armados del mismo modo que los ruvanos —dos lanzas y un cuchillo de piedra—, y pertenecían a la misma raza negra de finos rasgos. Solo en sus pinturas de guerra difería su aspecto del de los guerreros de Ruva.

Silenciosamente, introduje una flecha en mi arco y esperé a que toda la hilera se hubiera metido en la emboscada. Tensando el arco, tomé puntería cuidadosamente. Aquella iba a ser una batalla salvaje, una batalla de la Edad de Piedra. No disponíamos de gas venenoso, ni tampoco arrojaríamos bombas sobre mujeres, niños u hospitales, pero, a nuestro propio y primitivo estilo, seguro que nos las íbamos a arreglar bastante bien. Disparé mi flecha. Cuando esta se clavó profundamente en el cuerpo del hombre que iba en último lugar, di la señal a los guerreros de Ruva para que atacaran.

Los ruvanos se pusieron en pie y arrojaron sus lanzas entre salvajes gritos de guerra. Los ko-vanos, cogidos totalmente por sorpresa, fueron presa de la confusión; confusión que contribuí a aumentar disparando sobre ellos media docena de flechas en rápida sucesión.

Once de los veinte guerreros cayeron al primer envite. Los otros nueve se dieron media vuelta y trataron de huir; pero el sendero era muy estrecho y se hallaba bloqueado por los muertos y heridos. Los supervivientes tropezaron y cayeron al intentar pasar sobre los caídos en su ciego intento por escapar. La conclusión fue que resultaron ser de una presa fácil para los guerreros de Ruva, quienes cayeron sobre ellos con demoníacos gritos, atravesando con sus lanzas hasta el último de los ko-vanos.

Cuando bajé del árbol, los ruvanos remataban con sus lanzas a los heridos. Ni uno solo de los ko-vanos había escapado. Ninguno de mis hombres había recibido más de un arañazo.

Recogiendo las armas de los vencidos, regresamos triunfantes al poblado. Cuando sus habitantes nos vieron regresar, nos miraron sorprendidos.

—¿No ha habido batalla? —inquirió Ro-Tai—. ¿Qué ha ocurrido con los ko-vanos? ¿Os están siguiendo?

—Los ko-vanos han muerto —respondió Ul-Van—. Había veinte de ellos. Los hemos matado a todos.

—¿Habéis matado a veinte ko-vanos sin perder un solo hombre? —preguntó Ro-Tai—. Nunca antes había ocurrido algo parecido.

—Puedes agradecerse a David —contestó Ul-Van—. Hicimos lo que él nos dijo, y gracias a ello salimos victoriosos.

Ro-Tai no hizo ningún comentario. Al igual que los demás, se limitó a escuchar el relato de sus victoriosos guerreros, quienes no escatimaron ni un ápice de su propio mérito al contarle, aunque debo admitir que todos me atribuyeron el crédito de la victoria. Al terminar, Ro-Tai habló.

—Los guerreros de Ruva festejarán la victoria sobre los ko-vanos. Que los esclavos preparen comida y tu-mal para que los guerreros puedan beber y divertirse. Solo los guerreros de Ruva tomarán parte en el festín.

Varias esclavas fueron designadas para preparar el banquete y hacer el tu-mal, una bebida alcohólica bastante fuerte. El resto de esclavos fueron enviados a arrojar los cadáveres de los ko-vanos al mar, donde serían devorados por los feroces habitantes de las profundidades.

Tan pronto como conseguí llamar la atención de Ul-Van, le pregunté el nombre de

la esclava que había sido capturada por los ko-vanos.

—Amar —contestó—. Así se llamaba.

No puedo decir si me sentí decepcionado o no. Por su descripción, había llegado a pensar que pudiera tratarse de Dian, puesto que ella era extremadamente bella, había nacido en Amoz y vivía conmigo en Sari. Pero, por supuesto, muchas mujeres habían nacido en Amoz y muchas de ellas se habían unido a hombres de Sari, y dado que casi todas las mujeres de Amoz son hermosas, la descripción encajaba en otras muchas además de Dian. De todos modos, ¿cómo iba a haber llegado Dian hasta las Islas Flotantes?

Tres sueños transcurrieron antes de que el banquete estuviera listo, ya que el tu-mal tenía que fermentarse y otra serie de platos especiales tenían que ser preparados, muchos de ellos siendo previamente enterrados en el suelo, envueltos en hojas de pango, para ser cocinados después sobre piedras calientes.

Regresé a mi trabajo en la canoa. Ul-Van permaneció a mi lado. Aún estaba alborozado por nuestra victoria, que dijo no tener precedentes en la memoria de los ruvanos.

—No solo hemos acabado con ellos —dijo—, sino que también hemos conseguido sus armas y además tenemos cuatro canoas nuevas. Nunca antes había sucedido algo parecido, y te lo debemos a ti, David.



Capítulo XXV

Desde mi llegada a Ruva me había dado cuenta de que U-Val rondaba a una muchacha llamada O-Ra. Varios jóvenes más también la cortejaban, pero la muchacha no parecía mostrar preferencia por ninguno de ellos. Ella quería un hombre que al menos tuviera un esclavo y ninguno de sus pretendientes lo poseía. Aquella situación no contribuyó a aumentar el cariño que U-Val sentía hacia mí. Supongo que se pasaba la mayor parte del tiempo odiándome. Solía sorprenderle mirándome de reojo, y tengo la impresión de que intentaba encorajinarse hasta un punto que le permitiera hacerme frente y reclamarme como esclavo. Su temor hacia mí era puramente psicológico —una especie de complejo absolutamente irracional—, puesto que había demostrado sobradamente en los enfrentamientos con los saurios que nos habían atacado en nuestro viaje desde el continente hasta Ruva, que no era ningún cobarde. Creo que todos hemos visto ejemplos de este tipo de comportamiento en alguna que otra ocasión. Yo he conocido hombres capaces de afrontar a la muerte sin inmutarse que en cambio sentían un terror mortal hacia una pequeña mujer que apenas les llegaba a la cintura. Incluso he conocido auténticos héroes que tenían miedo de un simple ratón.

Posiblemente debido a que no les caía demasiado bien, los hombres de la tribu hacían de U-Val el blanco de sus bromas más rudas a causa de las infructuosas atenciones que este le dedicaba a O-Ra, y puedo dar fe de que el humor de la Edad de Piedra es de por sí bastante rudo. Buena parte de ese humor ha llegado intacto, a través de quizás un millón de años, hasta los tiempos modernos en la corteza exterior. De hecho, he reconocido en muchas de estas bromas del paleolítico a algunas viejas amigas con las que estaba familiarizado en Hartford, Connecticut.

Por fin, la comida y el tu-mal estuvieron preparados. Ro-Tai ordenó que los guerreros se retirasen a sus chozas y que se sirviese el banquete cuando estos se despertaran. Dado que Ul-Van había sido encargado de mi vigilancia, tuve que retirarme a su choza con él. Mientras intentaba dormirme, alcancé a oír una conversación en la choza vecina. Un hombre hablaba, intentando persuadir a una mujer para que entrase a la choza con él, lo que habría consumado la sencilla ceremonia nupcial de los ruvanos. Sin embargo, la mujer le rechazaba con insistencia.

—¡No! —decía ella—. No me uniré a un hombre que no tenga esclavos.

—Yo tengo un esclavo —replicó el hombre. Reconocí la voz de U-Val.

La mujer se echó a reír desdeñosamente.

—Pues lo tienes bien escondido, U-Val —contestó ella—. ¿Qué es... un hombre o una mujer? ¿O acaso el poderoso U-Val ha secuestrado a una chiquilla?

—Mi esclavo es un gran guerrero —repuso U-Val—. Es el hombre llamado David. ¿No me viste traerle a la isla?

—Pues, según él, no es tu esclavo, sino tu amigo. Y tú no lo has negado.

—No lo he negado porque me ha amenazado con matarme si le reclamo como esclavo.

—Pues yo solo seré tu compañera cuando lo hagas —dijo O-Ra, pues de ella se trataba—. Ese hombre sería un valioso esclavo.

—Está bien —convino U-Val, aunque no había demasiada convicción en su voz. Lo cierto es que U-Val tenía bastantes razones para dudar que yo fuera un esclavo muy manejable.

—Entonces vuelve a hacer tu propuesta cuando dispongas de tu esclavo —dijo O-Ra.

A continuación debió marcharse, pues no llegué a oír nada más. Poco después, me dormí.

Un muchacho vino a despertarnos, diciendo que Ro-Tai ya estaba en pie y que había convocado a los guerreros al festín.

Tras salir con Ul-Van de la choza, ocupamos nuestro lugar bajo la sombra de un gran árbol. Allí pude observar los preparativos que se habían llevado a cabo. Varias hojas habían sido dispuestas en el suelo, cubriendo un espacio de unos tres pies de ancho y veinticinco de largo. Aquella iba a ser la mesa del banquete. A lo largo de ella, los esclavos habían situado la comida y dispuesto grandes nudos de caña de bambú llenos de tu-mal. Los guerreros se sentarían a ambos lados. Ro-Tai, de pie en el centro de uno de esos lados, miraba a su alrededor como si buscara a alguien. De repente, sus ojos se posaron en mí y pronunció mi nombre.

—Acércate, David —dijo—. Únete a los demás guerreros en el festín.

Entonces, U-Val, recobrando por fin su coraje, se decidió a hablar.

—Los esclavos no comen con los guerreros de Ruva, Ro-Tai —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Ro-Tai.

—Quiero decir que este hombre, David, es mi esclavo. Yo le capturé en el continente y yo fui quien le traje a Ruva. Ya le he dejado jugar durante bastante tiempo a ser un hombre libre. Ahora le reclamo como mi esclavo.

Hubo un murmullo de desaprobación. A continuación, habló Ro-Tai.

—Aunque este hombre, David, fuese antes tu esclavo —dijo—, sus actos le han hecho merecedor de su libertad. Yo, Ro-Tai, jefe de Ruva, le concedo su libertad, algo que tengo derecho a hacer. Le concedo su libertad y le hago guerrero de Ruva.

—¡No comeré junto a un esclavo blanco! —gritó U-Val, dando a continuación media vuelta y alejándose. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando de repente se detuvo y se giró.

—Si no puedo tenerle como esclavo, entonces le mataré por ser un enemigo de Ruva —dijo—. ¡Ten por seguro que morirá!

—¿Ya has olvidado que comiste miel y grano conmigo en el cubil de las hormigas gigantes, U-Val? —dijo—. Deberías venir y comer a mi lado. Puedes matarme después. Además, necesitarás el tu-mal para reunir el coraje suficiente que necesitas para hacerlo. De todos modos, U-Val, no olvides que fui yo quien primero prometió matarte.

—¿Por qué prometiste matarle? —inquirió Ro-Tai.

—Porque a pesar de creerle mi amigo, me ató las manos a la espalda mientras dormía y, luego, cuando desperté, me dijo que era su esclavo. Me dio una patada en el estómago mientras estaba tendido en el suelo, maniatado e imposibilitado para defenderme. Por ese motivo, juré que le mataría.

—Solo tienes permiso para matarle en defensa propia, pero no de ninguna otra forma —dijo Ro-Tai—. Y procura no empezar una disputa con él —añadió—. No tengo tantos guerreros como para permitirme perder a uno innecesariamente.

A continuación, a una señal de Ro-Tai, los guerreros tomaron asiento con las piernas cruzadas en el suelo. No había cuchillos ni tenedores, sino que cada guerrero disponía únicamente de sus manos, haciendo todo buen uso de ellas. Tampoco hubo mucha conversación entre los comensales, pues todos estaban muy ocupados comiendo y bebiendo.

Las mujeres, los niños y los esclavos formaron un círculo a nuestro alrededor, observando hambrientos como devorábamos el banquete. Cuando terminamos, se comieron lo que quedaba.

No pasó mucho tiempo antes de que los comensales empezasen a mostrarse eufóricos, y consecuentemente ruidosos, a causa del tu-mal ingerido. Yo no bebí tu-mal, sino que una vez que hube satisfecho mi hambre, preferí levantarme y alejarme a dar un paseo. Tan pronto como me marché, U-Val regresó y se sentó a comer. Al observarle, me fijé en que comía muy poco y bebía grandes cantidades de tu-mal. Enseguida comprendí que debía mantenerme alerta.

Tenía intención de ponerme a trabajar en la canoa, que ya casi se hallaba terminada, pero no podía hacerlo al no hallarse UI-Van a mi lado, así que decidí sentarme aparte, pues una de las cosas que aprendí hace mucho tiempo es que cuanto menos se relacione uno con las mujeres de estos hombres primitivos, mejor van las cosas. A la mayoría de ellos no les gusta que un extraño hable con sus mujeres. Sin embargo, al cabo de un rato, O-Ra se acercó y se sentó a mi lado. Aunque la muchacha aún no pertenecía a nadie, tenía varios pretendientes, por lo que un encuentro a solas con ella no parecía muy recomendable. No obstante, la furia que seguramente se apoderaría de U-Val cuando se enterase, compensaba bastante el riesgo que corría.

—U-Val pretende matarte —dijo—. Me lo contó antes de ir a llenarse de tu-mal.

—¿Por qué me estás avisando? —pregunté.

—Porque no me gusta U-Val y espero que tú acabes con él —respondió—. Así dejará de molestarme.

—¿No habías prometido convertirte en su compañera si conseguía un esclavo? —repuse—. ¿Por qué lo hiciste si le odiabas tanto como dices?

—Porque siempre es posible que muera de forma repentina y, en ese caso, yo me quedaría con su esclavo —contestó la joven con una sonrisa—. Luego podría unirme a un hombre que me gustase. De ese modo conseguiría un buen hombre y un esclavo.

—¿Serías capaz de matarle? —inquirí.

La muchacha se encogió de hombros.

—Digamos que moriría —respondió.

O-Ra se hallaba muy por delante de su tiempo. Había nacido con un millón de años de adelanto, o, al menos, en el lado equivocado de la corteza terrestre. Tenía ideas muy avanzadas para ser una muchacha de la Edad de Piedra.

—Espero que consigas tu hombre, O-Ra —dije—, aunque no me gustaría estar en su pellejo.

La joven se echó a reír y se puso en pie para marcharse. En ese momento, se dirigió a mí en un apresurado y tenso susurro:

—Ahí viene U-Val. Creo que me voy a quedar a disfrutar del espectáculo.

—Yo lo haría si estuviera en tu lugar —convine—. Me da la impresión de que alguien va a morir, y supongo que eso es algo que te hará disfrutar bastante.

U-Val se aproximó a nosotros con paso vacilante. Su ceño estaba más fruncido de lo habitual.

—¿Intentas robarme a mi mujer? —preguntó.

—¿Acaso es tu mujer? —repliqué.

—A mí me parece que no lo soy —dijo O-Ra.

—Lo vas a ser —respondió U-Val—, y ningún sucio esclavo blanco se atreve a hablar con una mujer de Ruva si yo estoy presente.

Me daba igual lo que dijera. No iba a caer en el error de atacarle. Ro-Tai me había dejado claro que no le podía matar, salvo en defensa propia.

—¿Vas a pelear o no, sucio cobarde? —gritó.

A esas alturas, sus gritos habían atraído la atención de todo el poblado y varios miembros de la tribu se habían congregado a nuestro alrededor, formando un círculo. Algunos de los guerreros estaban muy bebidos y no dejaban de incitarnos a que nos enfrentásemos. Al igual que O-Ra, querían presenciar una pelea y disfrutar de una muerte. Ro-Tai y Ul-Van se hallaban entre los espectadores.

U-Val me estaba dirigiendo los insultos más viles que en ese momento se le venían a la cabeza, y eran bastantes, la mayoría extremadamente ofensivos. Si alguna vez unas palabras habían incitado a una pelea, sin duda eran aquellas.

—¿Qué te ocurre, David? —me preguntó Ul-Van—. ¿Es que acaso tienes miedo de él?

—Ro-Tai ha dicho que solo puedo matarle en defensa propia —respondí—, y él aún no me ha atacado. Las palabras por sí solas no hacen daño a nadie. Si uso los puños, alguien podría interpretar que he sido yo quien ha atacado primero.

—Podéis utilizar los puños —dijo Ro-Tai—, pero no ningún arma.

—¿Eso significa que no te importa lo que pueda hacerle con mis manos? —inquirí.

Ro-Tai asintió, y una vez obtenido su permiso, avancé hacia U-Val y planté mi puño derecho en su nariz. La sangre saltó en todas direcciones y U-Val prácticamente enloqueció de rabia. Había caído al suelo a consecuencia del golpe y se revolcaba aturdido y confuso. Sin embargo, al recobrar la lucidez, comenzó a dar saltos arriba y abajo, aullando y gritando como un mono y golpeándose con fuerza el pecho; a continuación, se precipitó hacia mí.

De nuevo volví a derribarle, esta vez con un golpe en el plexo solar. Debía sentirse verdaderamente mal cuando se puso en pie, pero al ver a toda la tribu riéndose de él, perdió la última chispa de autocontrol que le quedaba y, desenvainando su cuchillo, se abalanzó sobre mí con la muerte brillando en sus ojos.

Aquella era mi oportunidad. Ahora podía matarle de acuerdo con las reglas de Ro-Tai. Sin embargo, opté por no desenvainar mi cuchillo. Era necesario estar completamente seguro antes de hacerlo, pues si le mataba estaba convencido de que muchos insistirían en que lo pagase con mi vida. A algunos no les gustaría que un hombre blanco que hubiese matado a uno de los suyos viviese en la tribu. Podía volverme demasiado arrogante.

—¡Tu cuchillo! —gritó Ul-Van—. ¡Utiliza tu cuchillo!

Pero no lo desenvainé. De hecho, esperaba no tener que hacerlo. Conocía unas cuantas presas y bastantes llaves de jiu-jitsu, que sabía le iban a proporcionar a U-Val la mayor sorpresa de su vida.

Cuando se precipitó hacia mí, usé un sencillo truco para desarmarle; luego cogí su cabeza bajo uno de mis brazos y comencé a girarle como un torbellino. U-Val se hallaba indefenso en mis manos. Sus pies se levantaron del suelo y su cuerpo empezó a describir círculos en el aire. Le hice girar más y más rápido hasta que, de repente, le solté. Su cuerpo pasó por encima de las cabezas de los espectadores y aterrizó pesadamente en el suelo.

Me apresuré a su lado a través de la multitud. Se hallaba tendido en el suelo, con la cabeza doblada bajo uno de sus brazos y completamente inmóvil. Los miembros de la tribu me siguieron y formaron un nuevo círculo alrededor de los dos. Situando mi oído junto al pecho de U-Val, intenté percibir los latidos de su corazón; luego me puse en pie y me volví hacia Ro-Tai.

—Está muerto —le dije—. Toda la tribu ha sido testigo de que le he matado en defensa propia.

—¡Le ha matado con las manos desnudas! —exclamó Ul-Van con evidente asombro.

—Que los esclavos le arrojen al mar —dijo Ro-Tai, quien dándose media vuelta se alejó.

La pelea parecía haber hecho recuperar la sobriedad a la mayoría de los guerreros. Algunos se habían agolpado a mi alrededor y palpaban mis músculos.

—Debes ser muy fuerte —dijo uno.

—No es cuestión de fuerza —repuse—. Es cuestión de saber cómo se hace.

De inmediato quisieron que les hiciera una demostración, así que les enseñé unas cuantas llaves bastante sencillas: cómo desarmar a un hombre armado con un cuchillo, cómo derribarle, o cómo coger a un prisionero, obligándole a acompañarte, y, al mismo tiempo, impidiéndole que te cause daño alguno.

Cuando terminé la explicación, comenzaron a practicar unos con otros. Aún seguían haciéndolo cuando Ul-Van y yo nos alejamos hacia la costa en dirección a la canoa. Estaba ansioso por terminarla, pues esperaba ser capaz de utilizarla para escapar de Ruva y dirigirme hacia el continente.

Tenía un plan en mente que procedí a explicar a Ul-Van, aunque sin decirle que su verdadero propósito era permitirme escapar.

—Cuando la canoa esté terminada —le dije—, una partida de guerreros podría alcanzar el continente y buscar un tronco más adecuado para construir una embarcación. Luego lo traeríamos a Ruva y finalizaríamos aquí la tarea.

—Me parece una buena idea —contestó Ul-Van—, pero tendremos que esperar a que la isla flote cerca del continente para llevarla a cabo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque de otro modo no lo encontraríamos.

—¿Quieres decir que no sabéis en qué dirección se encuentra el continente?

—El Bandar Az es muy grande —respondió—, y las islas derivan constantemente. Nunca vamos al continente si no lo tenemos a la vista. Naturalmente, no nos importa que luego Ruva se aleje de nosotros, porque Ruva es nuestro hogar y dondequiera que se encuentre siempre sabemos cómo regresar a ella.

—¿Cuánto tiempo puede pasar hasta que volvamos a ver el continente? —pregunté.

—No lo sé —contestó—. Hay ocasiones en que los niños llegan a la edad adulta sin que lo hayamos avistado, y hay ocasiones en que lo tenemos continuamente a la vista durante cientos de sueños.

Mis posibilidades de fuga se reducían enormemente si tenía que esperar veinte años de la corteza exterior para volver a divisar el continente. Me hallaba en un buen lío.

De repente Ul-Van soltó una exclamación de júbilo.

—¡Claro que podemos llegar hasta el continente! —exclamó—. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Tú hogar está en el continente. Lo único que tenemos que hacer es dejar que tú nos guíes hasta él.

Moví la cabeza negativamente.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. Yo no soy de Pellucidar, Ul-Van. Procedo de otro mundo y soy incapaz de encontrar el camino hasta mi hogar como hacéis vosotros, los pellucidaros.

Aquello le pareció muy extraño a Ul-Van. Estaba más allá de su comprensión.

¡Otra esperanza que se desvanecía! Parecía irremediablemente condenado a una vida de exilio en aquel pedazo de tierra a la deriva. Puede que nunca volviera a ver mi amado Sari. Puede que jamás pudiera reemprender mi búsqueda de Dian la Hermosa.

Volví en silencio a mi trabajo en la canoa. Ul-Van me ayudaba lo mejor que podía, tanto como podía hacerlo un guerrero de la Edad de Piedra. Llevábamos bastante tiempo en silencio, cuando por fin dijo:

—Hay algo que tengo que decirte, David. Aquella esclava de la que te hablé tenía otro nombre. Amar es el nombre que le dio mi compañera. Su verdadero nombre era Dian.



Capítulo XXVI

Toda mi perspectiva vital cambió en ese instante. Sabía positivamente donde se hallaba Dian. Estaba seguro de que estaba viva y, además, tenía buenas razones para creer que se hallaba relativamente a salvo entre los ko-vanos, pues Ul-Van me había asegurado que estos trataban bien a sus esclavos. Pero ¿cómo rescatarla? Primero tenía que llegar a Ko-va, y eso no podía hacerlo solo, puesto que la isla había derivado fuera de la vista de Ruva. Ul-Van me había dicho que normalmente ambas islas se hallaban a la vista, pero algún capricho del viento o de la corriente las había alejado. Eventualmente, volverían a flotar la una junto a la otra. Incluso habría ocasiones en que ambas llegarían a tocarse. En tiempos pasados la guerra había sido constante cuando esto había sucedido, pero las dos tribus habían acabado tan mermadas por aquella lucha continua que, durante muchas generaciones, habían acabado pactándose treguas cuando ambas islas se aproximaban.

Finalmente elaboré un plan. Al regresar al poblado, me dirigí directamente a Ro-Tai.

—Tengo un plan para efectuar un ataque con éxito a Ko-va —le dije—. Al haber perdido los veinte guerreros que matamos, la fuerza de los ko-vanos ha tenido que verse debilitada. Si me dejas planificar el ataque, podríamos recuperar los esclavos que nos quitaron y arrebatarnos además todos los que ellos posean.

Ro-Tai se mostró muy interesado. Dijo que era una idea excelente y que nos embarcaríamos en la expedición después del siguiente sueño.

Más tarde, al tratar del asunto con Ul-Van, se me ocurrió un pensamiento desalentador.

—¿Cómo daremos con Ko-va si no está a la vista? —le pregunté—. Ko-va no es vuestro hogar, y, al igual que ocurre con el continente, no seréis capaces de encontrarla si no podéis verla.

—Algunas de nuestras mujeres son ko-vanas —dijo—. Llevaremos a una de ellas con nosotros para que nos indique el camino.

—¿Cómo hicieron los ko-vanos que atacaron Ruva para encontrar la isla? —pregunté intrigado.

—Indudablemente, al menos uno de ellos nació en Ruva —contestó Ul-Van—. Seguramente fue capturado de niño por los ko-vanos. Nosotros también solemos capturar niños ko-vanos y los criamos entre nosotros como guerreros con ese propósito. Los dos de que disponíamos cayeron en el último ataque, pero aún así tenemos varias mujeres ko-vanas.

Me pareció que transcurrió una eternidad antes de que la expedición estuviera lista para partir, pero por fin todo estuvo dispuesto y cincuenta guerreros ruvanos ocuparon cinco canoas, una de las cuales era la que yo había convertido en una embarcación a vela.

Ro-Tai, el jefe, y Ul-Van venían conmigo en la canoa. También venía con nosotros una mujer nacida en Ko-va para indicarnos el camino.

Me hallaba ligeramente preocupado por el éxito de la empresa. Me hubiera gustado practicar un poco con la embarcación antes de emprender aquel largo viaje, pero Ro-Tai no quiso ni oír hablar del asunto. Ahora que todo estaba preparado, quería partir sin más demora.

No sabía la velocidad que podía alcanzar, ni tampoco si sería capaz de dejar atrás a

las canoas a remo. Igualmente, tampoco estaba demasiado seguro de lo marinera que iba a resultar mi embarcación. Tenía miedo de que un fuerte golpe de viento pudiera hacerla zozobrar por llevar un velamen excesivo.

Los ruvanos aún se mostraban escépticos sobre la posibilidad de que una canoa se moviese en el agua sin tener que remar. Cincuenta pares de ojos se hallaban fijos en mí mientras izaba la vela y ocupaba mi puesto en la popa, junto al remo que hacía las veces de timón. Gradualmente, la embarcación comenzó a avanzar bajo la influencia de una fuerte brisa. Los guerreros de las restantes canoas empezaron a remar. La pequeña armada estaba en marcha.

—¡Se mueve! —exclamó Ro-Tai con tono de asombro.

—¡Está distanciando a las demás canoas! —dijo Ul-Van.

—¡Cesarán alguna vez estas maravillas! —exclamó uno de los guerreros más viejos—. ¿Qué vendrá después? ¡Pensar que he vivido para ver algo semejante!

Los guerreros de las demás canoas remaban con fuerza, pero cada vez nos alejábamos más de ellos. De vez en cuando, miraba hacia atrás para fijar su posición. Cuando creía que nos hallábamos demasiado lejos para nuestra seguridad, recogía la vela al viento y los esperaba.

Constituíamos una partida de salvaje aspecto. Los ruvanos llevaban puestas sus pinturas de guerra e iban espantosamente ataviados. Habían insistido en que yo me pintara también. Cuando Ul-Van terminó su tarea conmigo, hubiera podido pasar perfectamente por un sanguinario guerrero ruvano, pues cada pulgada de mi cuerpo aparecía cubierta por pigmentos de diversos colores. Las canoas iban bien equipadas de lanzas; cada guerrero llevaba tres consigo. Además, yo llevaba conmigo un suplemento adicional de flechas y una jabalina corta de las que me gustaba utilizar.

Ro-Tai me había comentado su plan de ataque para cuando desembarcásemos en Ko-va. Su plan consistía en hacer lo que siempre habían hecho: marchar en un grupo compacto hasta el poblado, que se hallaba en el centro de la isla. Si los ko-vanos tenían la suerte de vernos llegar, nos estarían esperando. En caso contrario, los tomaríamos por sorpresa. Aquel plan no me acababa de convencer, así que le persuadí para adoptar otro que presentaba mayores posibilidades de éxito y que procedí a explicarle con detalle. Accedió a él con alguna reticencia, y si lo hizo fue únicamente gracias al éxito obtenido en nuestra escaramuza con los ko-vanos que habían intentado atacar Ruva.

Fui el primero en divisar la isla. Era similar en todos los aspectos a Ruva, excepto que era un poco más grande. A medida que nos fuimos aproximando a ella, no fui capaz de distinguir a nadie. Mi esperanza era que pudiéramos tomar por sorpresa el poblado enemigo, ya que en ese caso mi plan de ataque resultaría más efectivo.

Una vez cerca de la isla, nos detuvimos a esperar a las demás canoas. Ul-Van y yo arriamos la vela y los guerreros tomaron sus remos. Cuando las canoas llegaron a nuestra altura, avanzamos todos juntos hacia la costa.

Al desembarcar, Ro-Tai me pidió que explicara mi plan a toda la partida. Tras hacerlo, nos adentramos en la selva en una larga y apretada hilera que gradualmente se fue ensanchando a medida que nos aproximamos al poblado. Yo ocupé mi lugar en el centro de la línea, Ro-Tai en medio del ala izquierda y Ul-Van en medio del ala derecha. Mantuvimos a nuestros guerreros lo bastante próximos entre sí como para que pudieran verse e intercambiarse una serie de señales que habíamos convenido. Hice que un explorador se adelantara hasta el poblado con instrucciones explícitas sobre lo que debía hacer.

Avanzamos en absoluto silencio. Habríamos recorrido unas dos millas cuando

regresó el explorador. Me comunicó que el poblado se encontraba un poco más adelante; había llegado hasta el borde del claro y, por lo que había podido ver, los guerreros se hallaban durmiendo o fuera del poblado, pues solo había visto mujeres, niños y esclavos.

Di entonces la señal de comenzar un movimiento envolvente, que fue pasando de derecha a izquierda mediante los signos que habíamos convenido. El centro de la línea avanzó lentamente mientras las alas se curvaban hacia dentro avanzando con mayor rapidez. La idea era rodear completamente el poblado antes de atacar.

Al llegar el centro de la línea a un punto desde el que se podía ver el claro, los hombres se agacharon y escondieron, aunque manteniéndose siempre a la vista del guerrero más cercano a ellos. Finalmente llegó la señal que estaba esperando. Significaba que las dos alas se habían encontrado en el otro extremo del poblado. Hasta ese momento ningún ko-vano era consciente de que había enemigos en su isla.

Entonces di la señal de ataque. Consistió en un simple grito de guerra que fue respondido simultáneamente por todos los guerreros ruvanos mientras caían sobre el poblado. Las mujeres y los niños, aterrorizados, comenzaron a correr en todas direcciones, encontrando siempre a un guerrero de Ruva impidiéndoles la huida.

Los guerreros ko-vanos salieron de las chozas con los ojos semicerrados a causa del sueño. Cogidos por sorpresa, fueron presa fácil para nuestros lanceros. Solo llegaron a caer unos cuantos de ellos antes de que el resto se rindiera.

Había esperado que se desatase una carnicería, pero no fue ese el caso. Como Ro-Tai me explicó más tarde, si hubieran matado a todos los ko-vanos no habrían tenido a nadie a quien atacar después en busca de mujeres y esclavos. Incluso a pesar de su victoria, no les exigió un tributo elevado. Solo pidió que le entregaran los esclavos que habían capturado en Ruva y un número igual de esclavos ko-vanos, así como tres jóvenes muchachos que serían educados como guerreros ruvanos.

Mi primera preocupación fue buscar a Dian, pero esta no se hallaba entre los esclavos que se encontraban en el poblado. Al interrogar al jefe, este me dijo que uno de los esclavos había robado una canoa y se había escapado, llevándose a Dian con él.

—Era un hombre de Suvi —dijo el jefe—, pero no recuerdo su nombre.

—¿No se llamaría Do-gad? —pregunté.

—Sí, en efecto, Do-gad. Así se llamaba.

Una vez más, mis esperanzas se veían frustradas. Mi búsqueda parecía cada vez más desesperada mientras me veía acuciado por el pensamiento de que Dian se hallaba de nuevo en poder de su némesis. ¿Qué hacer ahora? Tenía una embarcación, pero me era imposible encontrar el continente. Ni siquiera conocía a nadie que me pudiera guiar hasta él.

De repente se me ocurrió una idea. Acercándome a los esclavos de los ko-vanos, fui preguntándoles uno por uno de dónde procedían. Por fin, uno de ellos, una muchacha, dijo ser de Suvi.

—¿Hay aquí más esclavos suvios? —le pregunté.

—No desde que Do-gad se escapó.

A continuación, me dirigí hacia donde se hallaba el jefe de los ruvanos.

—Ro-Tai —le dije—, he intentado servirte bien. Te he enseñado como coger los peces que se quedaban en el centro del estanque. Te he mostrado como se construyen canoas que navegan sin necesidad de remar, y te he ayudado a ganar dos batallas y a capturar muchos esclavos.

—Es cierto —respondió—. Has hecho todas esas cosas, David. Reconozco tu valía como guerrero.

—Quiero pedirte un favor a cambio —dije.

—¿Cuál? —inquirió.

—Quiero que me permitas regresar al continente tan pronto como te sea posible.

Ro-Tai negó con la cabeza.

—Lo que me pides es imposible —dijo—. Ahora eres un guerrero ruvano, y ninguno de nosotros puede abandonar Ruva para irse a vivir a otro país.

—Entonces quiero pedirte otro favor —repuse—, uno que no creo que te resulte muy difícil de conceder.

—¿Qué favor? —preguntó.

—Me gustaría poseer un esclavo —dije.

—De acuerdo —contestó—. Cuando regresemos a Ruva, seleccionaré para ti uno de los esclavos que hemos capturado hoy.

—No quiero ninguno que tú elijas —respondí—. Quiero a esa muchacha de allí —dije, señalando a la esclava de Suvi.

Ro-Tai alzó su mirada y vaciló durante unos instantes; luego, dijo:

—¿Por qué no? Ambos sois blancos. Necesitarás una compañera y no puedes unirte a ninguna mujer ruvana.

Mientras me permitiera quedarme con la esclava de Suvi podía dejarle pensar lo que quisiera, así que me dirigí hacia la muchacha.

—Ahora eres mi esclava —le dije—. Acompáñame. ¿Cómo te llamas?

—Lu-Bra —contestó—. Pero ni quiero ser tu esclava ni quiero ir contigo. Pertenezco a una mujer de esta isla, y ella me trata bien.

—Yo también te trataré bien —dije—. No tienes por qué tenerme miedo.

—Aun así no quiero ir contigo. Antes prefiero morir.

—Vendrás conmigo a pesar de todo, y no vas a morir, ni tampoco a sufrir ningún daño. Puedes creerme si te digo que vas a acabar sintiéndote contenta de que te haya elegido.

Al final vino conmigo. Se sintiera o no feliz de hacerlo, no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Preferí no decirle lo que tenía en mente, pues el éxito del plan que había concebido dependía fundamentalmente del secreto con que pudiera llevarlo a cabo.

Los guerreros de Ruva comieron en el poblado de los ko-vanos, a quienes no les quedó más remedio que actuar como anfitriones. Después nos encaminamos hacia el océano, llevándonos a nuestros esclavos y embarcándonos hacia Ruva. Lu-Bra, la esclava de Suvi, vino conmigo en la canoa.

El viento se había levantado desde que habíamos desembarcado en Ko-va. Casi soplaba como una galerna y el mar comenzaba a encrespase. Me pareció demasiado arriesgado embarcar a la vista de tan ominosos presagios, pero los ruvanos no parecieron concederles demasiada importancia. Nuestra canoa prácticamente volaba sobre el agua a causa de la fuerza del viento. Esta vez no esperamos a las demás canoas, que pronto fueron pequeñas manchas a popa. Los guerreros que habían sido lo bastante afortunados para ser seleccionados como tripulación de nuestra canoa se hallaban entusiasmados. Nunca antes habían navegado a tal velocidad y jamás lo habían hecho sin realizar un duro esfuerzo. Ahora simplemente se sentaban ociosos y divertidos, observando alzarse las olas.

Pero yo no estaba tan contento. Mi improvisado mástil y mi cordaje estaban viéndose sometidos a una tensión terrorífica. Se oían una serie de chirridos y crujidos que me llenaban de aprensión, y el mar y el viento no dejaban de alzarse cada vez más. No pude evitar dejar escapar un suspiro de alivio cuando divisé Ruva en la lejanía, aunque aún había

tiempo más que suficiente para que el desastre nos alcanzara antes de poder encontrar cobijo en una de sus acogedoras calas.

El cielo estaba completamente cubierto de ominosas nubes. El aire que nos rodeaba estaba impregnado de rocío de mar. El viento se retorció y aullaba como un malévolos demonio que buscaba aterrorizar a aquellos a quienes estaba a punto de destruir. El mar comenzaba a formar gigantescas montañas de agua. Al mirar de reojo a mis compañeros, me di cuenta de que por primera vez comenzaban a preocuparse. Yo mismo estaba terriblemente preocupado, pues no veía como aquella frágil embarcación podía sobrevivir a la furia de una tormenta. Ni siquiera era capaz de concebir como aguantaban aún el mástil y la vela, aunque a pesar de todo lo hacían. El impresionante oleaje no bastaba para sumergirnos y nos hallábamos cada vez más cerca de la costa.

Sin embargo, al acercarnos más a ella, fuimos testigos de una visión extraña y aterradora. Toda la isla, al menos en lo que yo podía ver, se alzaba y caía como si se hallase bajo los efectos de un terremoto terrorífico y continuo. Gigantescas olas rompían sobre la costa, arrastrando toneladas de agua al interior de la selva. Trozos de la isla se dispersaban y esparcían en el mar. ¿Cómo íbamos a desembarcar bajo semejantes condiciones? Ro-Tai tenía las mismas dudas que yo.

—No podemos desembarcar aquí —dijo—. Tenemos que intentar llegar a la parte de la isla que queda a sotavento.

Pero eso iba a ser algo imposible. Cambiar nuestro rumbo nos arrojaría al seno de las gigantescas olas, haciendo que nuestra embarcación zozobrase al instante. Solo había una pequeña y débil esperanza: mantener nuestro rumbo hacia aquella oscilante y saltarina línea costera.

Casi estábamos encima de ella. Contuve la respiración, como imagino que hicieron los ruvanos. Nos elevamos sobre la cresta de una inmensa ola. Corté la cuerda que sostenía la vela y esta ondeó al viento, agitándose ante la furia de la galerna. Apenas nos hallábamos a unas cuantas yardas de la costa, hacia la que nos precipitábamos con la velocidad de un tren expreso. Sin embargo, durante los pocos segundos que se requerían para asegurar el éxito de nuestra arriesgada empresa, la canoa consiguió mantenerse en la cresta de la gigantesca ola, siendo arrastrada después tierra adentro por su inmensa fuerza y arrojada entre los árboles.

El porqué nadie resultó muerto aún continúa siendo un misterio para mí. Algunos resultaron heridos, pero los demás nos los arreglamos para evitar que la canoa fuera arrastrada hacia el océano por el retroceso de las aguas.

Antes de que otra de aquellas gigantescas olas cayera sobre nosotros, nos tambaleamos vacilantemente hacia lo más profundo de la selva. Constantemente nos veíamos derribados al suelo por la fuerza del cataclismo que agitaba el terreno bajo nuestros pies y, en ocasiones, alguna que otra ola conseguía alcanzarnos, aunque débil y rendida por el efecto amortiguador de los árboles selváticos.

Por fin llegamos al poblado, donde encontramos que la mayoría de las chozas se habían venido abajo. Los ruvanos que no nos habían acompañado en la expedición y los esclavos yacían tendidos boca abajo en el claro, completamente aterrorizados.

Mi temor era que toda la isla se desintegrara. No comprendía cómo podía soportar las terribles convulsiones que la estremecían, sacudiéndola de un lado a otro, alzándola y dejándola caer en el mar, retorciéndola y combándola. Le pregunté a Ul-Van cuáles eran nuestras posibilidades de sobrevivir.

—Solo he visto una tormenta así una vez en toda mi vida —dijo—. Trozos de la isla

se separaron de ella y se perdieron en el océano, pero la mayor parte soportó lo peor de la furia del viento y del mar. Si la tormenta no dura demasiado, creo que sobreviviremos.

—¿Qué les ocurrirá a los hombres que iban en las otras canoas? —le pregunté.

Ul-Van se encogió de hombros.

—Puede que algunos alcancen la costa —dijo—, pero lo más probable es que no lo haga ninguno. Tu vela nos ha salvado la vida, David.



Capítulo XXVII

Aquella tormenta significaba para mí mucho más que la destrucción de Ruva o su amenaza para mi propia existencia, pues era consciente de que Dian se hallaba atrapada en algún lugar entre aquellas gigantescas olas. Sus posibilidades de supervivencia me parecían absolutamente inexistentes. Intenté alejar aquellos funestos pensamientos de mi mente y, al amainar el temporal, estuve cerca de conseguirlo. Mis esperanzas, no obstante, volvieron a renovarse cuando los guerreros que habíamos dado por perdidos regresaron al poblado. Ni una sola canoa ni un solo hombre se habían perdido. No pude dejar de maravillarme ante su pericia en el arte de la navegación.

La primera preocupación de los ruvanos fue reconstruir su poblado, y todo el mundo, incluso las mujeres y los niños, participó en aquella tarea. Una vez que el trabajo estuvo concluido, le dije a Ro-Tai que me proponía llevar a cabo la reparación de los daños sufridos por la embarcación a vela. El jefe de los ruvanos me preguntó si quería ayuda, pero le respondí que la única ayuda que necesitaba era la de mi esclava, Lu-Bra. Esta vez no insistió en que me llevase a otro guerrero conmigo ni tampoco hizo que me vigilaran. Evidentemente, me había aceptado ya como un miembro de pleno derecho de la tribu. En consecuencia, Lu-Bra y yo nos dirigimos a la costa y dimos comienzo a nuestra tarea.

Al haberse dado cuenta de que no tenía intención de causarle ningún daño, la muchacha mostraba ya un mejor talante y parecía sentirse contenta y feliz.

Mientras yo realizaba las reparaciones en la canoa, le ordené que recogiese algo de fruta y la almacenase. También hice que llenase varias cañas de bambú con agua de los peculiares árboles de la isla. Luego procedimos a esconderlo todo en la selva, cerca del lugar donde estaba trabajando. Asimismo, hice también varios anzuelos de hueso y le enseñé cómo pescar en las tranquilas aguas de la bahía. El pescado que obtuvimos fue ahumado, secado y almacenado para su uso en el futuro.

Aunque no le había puesto al corriente sobre mis planes, me vi obligado a depositar mi confianza en ella, advirtiéndole que guardase silencio sobre nuestra provisión de agua y de comida. No me hizo ninguna pregunta al respecto, lo que constituyó una buena señal, pues una persona que no suele hacer preguntas normalmente sabe guardar un secreto.

La muchacha había permanecido prisionera de los ko-vanos durante un considerable periodo de tiempo, posiblemente varios años según los cánones del mundo exterior. Se hallaba entre ellos cuando capturaron a Dian y a Do-gad en Ruva, trabando amistad con Dian desde entonces. Esta le había contado que tras escapar de los gigantescos caníbales de Azar, había conseguido eludir a Do-gad, pero que este había continuado persiguiéndola. Le acababa de dar alcance cuando ambos cayeron prisioneros de los ruvanos.

Me estremecí al pensar en todo lo que se había visto obligada a soportar Dian a causa de que su amor por mí le hubiera hecho partir en mi búsqueda. El que ella pudiera morir sin saber que yo me encontraba relativamente a salvo, me parecía un cruel capricho del destino. Ni siquiera sabía que había escapado de los jukans después de haberla dejado en la cueva y partido a rescatar a Zor y a Kleeto.

El trabajo en la canoa progresaba satisfactoriamente, pero apenas podía esperar a que llegase el momento de poner en práctica mis planes. El único peligro radicaba en que nos pudieran descubrir antes de tiempo si alguno de los ruvanos se topaba por casualidad con el lugar donde habíamos escondido el agua y las provisiones.

Por fin la canoa estuvo reparada. Al regresar al poblado, volví a advertir a Lu-Bra de que se asegurase de no mencionar nada a nadie.

—No te preocupes por eso —contestó—. ¿Acaso crees que voy a echar a perder nuestros planes de una forma tan tonta?

¡Nuestros planes!

—¿A qué te refieres cuando hablas de *nuestros planes*? —le pregunté—. Ni siquiera sabes lo que tengo en mente.

—Por supuesto que lo sé —respondió—. Y es algo que nos concierne a ambos porque yo también he trabajado a tu lado y te he ayudado.

—Lo que dices es cierto —repuse—. Y también tienes razón en que, cualquiera que sea ese plan, nos concierne a ambos, así que lo llevaremos a cabo juntos y no diremos nada a nadie acerca de él. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente —contestó.

—Y según tu opinión, ¿en qué consiste ese plan? —le pregunté.

—Te propones volver al continente en esa canoa que es capaz de moverse en el agua sin necesidad de remar. Pero necesitas llevarme contigo para que te indique cuál es la dirección que tienes que seguir para llegar hasta Suvi. Tú eres incapaz de llegar solo hasta allí. Por eso me elegiste entre todos los esclavos que había en Ko-va. No soy tonta, David. Todo está bastante claro y no tienes por qué temer que revele nuestro secreto a nadie.

Me gustó su uso de la palabra *nuestro*. Denotaba lealtad, tuviese o no tuviese en cuenta todo lo demás que había dicho.

—Creo que he tenido bastante suerte —dije.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—He sido bastante afortunado por haberte encontrado a ti en lugar de a cualquier otro esclavo. Eres una muchacha inteligente y leal y sabes jugar bien tus cartas. Lo único que me intriga es saber por qué crees que no puedo encontrar el camino hasta el continente sin tu ayuda.

—¿Quién no ha oído hablar en Suvi de David, el emperador de Pellucidar? —inquirió—. ¿Quién no sabe que es de otro mundo, que es capaz de hacer muchas cosas que nosotros, los pellucidaros, no sabemos hacer, pero que si le dejas solo, lejos de los puntos de referencia que le son familiares, es incapaz de encontrar el camino hasta su hogar? Esa incapacidad tuya es algo que a nosotros nos asombra, algo que no podemos entender. El mundo del que procedes debe ser un lugar extraño, un lugar en el que nadie debe atreverse a alejarse de su casa por temor a no volverla a encontrar jamás.

—Sí que sabemos encontrar el camino a nuestra casa; incluso podemos hacerlo mejor que vosotros, los pellucidaros —contesté—. De hecho, no solo sabemos encontrar el camino hasta nuestro hogar, sino que somos capaces de hallar el camino a cualquier parte.

—Lo que dices me resulta incomprensible —contestó la muchacha.

Habíamos estado trabajando sin descanso en la canoa, y, lógicamente, al carecer de medios para medir el transcurso del tiempo, nos era imposible saber cuánto tiempo llevábamos ausentes del poblado. Al disponer de nuestra propia provisión de comida, habíamos comido de vez en cuando, pero ninguno de los dos había dormido. El hecho de que ambos tuviéramos sueño indicaba que habíamos estado ausentes durante un largo periodo de tiempo. Nuestra suposición debía ser correcta, ya que al llegar descubrimos que todo estaba preparado para llevar a cabo un festín en honor a nuestra victoria sobre los kovanos. Los ruvanos estaban muy excitados por tal motivo, aunque lo único que queríamos hacer Lu-Bra y yo era dirigirnos a nuestras chozas y dormir.

O-Ra, quien a menudo buscaba mi compañía cuando me hallaba en el poblado, me preguntó qué era lo que hacíamos Lu-Bra y yo durante tanto tiempo lejos de la vista de los demás.

—Trabajamos en la canoa que no necesita remos —le contesté.

—Me gustaría acompañarte la próxima vez que vayas a trabajar en ella —dijo—. Yo todavía no la he visto.

Si había algo que quería evitar era precisamente eso, pues habíamos previsto no regresar la próxima vez que Lu-Bra y yo fuéramos a la canoa. En esta ocasión habíamos regresado porque necesitábamos dormir un poco antes de emprender nuestro viaje. A pesar de todo, respondí:

—Es una buena idea, O-Ra. Pero ¿por qué no esperas a que la tengamos terminada?

—Bueno, también tenía pensado ir cuando la terminases para que me dieras un paseo en ella —dijo—. Sabes, David, a veces me gustaría que no fueses blanco. No creo que haya nadie mejor que tú en Ruva para ser elegido como compañero. Me gustaría pedirle a Ro-Tai que hiciera una excepción contigo y te permitiera elegirme como compañera.

—¿No será porque ahora tengo una esclava, verdad? —le pregunté sonriendo.

—No —respondió ella—. De hecho, creo que deberías librarte de Lu-Bra. Me parece que tú le gustas demasiado y a mí no me gusta tener rivales.

La jovencita era bastante directa. Estas doncellas del paleolítico a veces lo son, aunque no siempre. Dian, por ejemplo, se hallaba en el polo opuesto.

—La verdad es que serías una compañera excelente para cualquier guerrero, O-Ra —dije—, pero no para mí. Yo ya tengo una compañera en el continente.

O-Ra se encogió de hombros.

—Nunca volverás a verla —dijo—. Vas a vivir aquí el resto de tu vida y no vas a pasarte todo ese tiempo sin una compañera.

—Olvidalo, O-Ra —contesté—. Será mejor que escojas un hombre de tu propia tribu.

—¿Me estás rechazando? —preguntó con cierta brusquedad.

—No es cuestión de rechazarte o no rechazarte —respondí—. Como te he dicho, ya tengo una compañera, y en mi país solo se puede tener una compañera al mismo tiempo.

—Esa no es la verdadera razón —repuso—. Estás enamorado de Lu-Bra. Ese es el motivo por el que pasáis solos tanto tiempo. Cualquier idiota se habría dado cuenta de ello.

—Puedes pensar lo que quieras, O-Ra —repliqué—. Yo me voy a dormir.

Y dándome media vuelta, me alejé.

Cuando desperté, me hallaba completamente descansado. Poco después se despertó Lu-Bra. Al salir de la choza, vimos que toda la tribu se hallaba reunida para tomar parte en el festín. Me sentía vorazmente hambriento y supuse que Lu-Bra debía sentirse igual. Sin embargo, el hecho de que se fuese a celebrar un festín, nos proporcionaba una excelente oportunidad para poder abandonar el poblado sin que nos descubrieran, al hallarse todos los habitantes de Ruva congregados allí. El riesgo de que alguien nos viera mientras botábamos la canoa y la llenábamos con nuestras provisiones era mínimo. Le comuniqué mi idea a Lu-Bra.

—Creo que este es un buen momento para marcharnos —le dije—. Todos pensarán que estamos durmiendo en la choza, si es que llegan a echarnos de menos, lo que no creo que suceda.

—De acuerdo —convino la muchacha—. Mantendremos la vista de las chozas entre

ellos y nosotros mientras nos adentramos en la selva.

Y así nos despedimos del poblado de los ruvanos en lo que esperábamos que fuese la última vez que lo viéramos.

Nos apresuramos hacia el lugar en que se encontraba la canoa. Combinando nuestros esfuerzos, la introducimos en el agua y comenzamos a cargar las provisiones.

Casi habíamos terminado de hacerlo, cuando vi que alguien se aproximaba a través de la selva procedente del poblado. Era demasiado tarde para ocultar lo que estábamos haciendo. Quienquiera que fuese se daría cuenta de lo que estaba ocurriendo desde el momento en que viese que estábamos aprovisionando la canoa con agua y comida.

Lu-Bra regresaba con los brazos completamente cargados de provisiones y yo me dirigía a por otra carga cuando O-Ra irrumpió en escena.

—Así que esto es lo que estabais haciendo —comentó con voz ronca—. Pretendes escaparte y llevarte a esta mujer de rostro pálido contigo.

—Lo has adivinado a la primera, O-Ra —contesté.

—No lo harás —dijo—. Si quieres escapar de Ruva, me llevarás a mí contigo en vez de a ella. Si no lo haces, daré la voz de alarma.

—Me temo que Lu-Bra viene conmigo —respondí—. De otro modo, nunca encontraría el continente. Lo siento, O-Ra, pero tú no puedes indicarme dónde está.

—Muy bien, llévala entonces. Pero irá como guía; yo iré como tu compañera.

—No puede ser, O-Ra —contesté—. No funcionaría.

—Entonces, ¿no quieres llevarme contigo? —preguntó.

—No, O-Ra.

Sus ojos relampaguearon durante un instante; luego se dio media vuelta y se alejó hacia la selva. Me dio la sensación de que había desistido de su propósito con demasiada facilidad.

Lu-Bra y yo nos dimos tanta prisa como pudimos en cargar el resto de las provisiones. No podíamos dejar nada de lo que habíamos reunido, al desconocer el tiempo que íbamos a permanecer en el mar antes de encontrar el continente.

Acabábamos de embarcar la última carga de provisiones, y Lu-Bra ocupaba ya su puesto en la canoa, cuando escuchamos el ruido de hombres aproximándose. O-Ra había regresado al poblado y había informado a Ro-Tai de lo que había descubierto. Cogiendo el remo, impulsé a la canoa hacia el mar en el momento en que cuarenta o cincuenta guerreros ruvanos hacían su aparición. Ro-Tai iba al frente, gritándome que diera media vuelta, mientras yo ponía proa a mar abierto y comenzaba a izar la vela. Soplaba un viento muy ligero procedente de la costa, dándome la impresión de que transcurría una eternidad antes de que la brisa empezase a hinchar la vela. Lu-Bra y yo empezamos a remar frenéticamente, pero íbamos a necesitar un poco más de viento para poder escapar de los ruvanos, que ahora cogían sus canoas para emprender la persecución.

La primera de las canoas partió a toda velocidad; pero ahora nos hallábamos lo bastante lejos de la costa como para aprovechar mejor el viento y avanzar un poco más rápido. A pesar de todo, nos estaban dando alcance. Ro-Tai no dejaba de gritarme que regresara y su canoa era la que se encontraba más cerca de nosotros.

Estábamos a tiro de sus lanzas, pero ahora manteníamos la distancia con nuestros perseguidores. Ro-Tai se puso en pie en su canoa, dispuesto a arrojar su lanza.

—¡Vuelve aquí o morirás! —me gritó.

Lu-Bra había venido conmigo en la canoa desde Ko-va, y desde entonces no había dejado de hacerme preguntas acerca de su manejo. No sabía si iba a ser o no capaz de

goblarla, pero no me quedaba más remedio que correr el riesgo. Llamándola, le dije que se hiciera cargo del remo que hacía las veces de timón; a continuación, introduje una flecha en mi arco y me puse en pie.

—No quiero matarte, Ro-Tai —dije—, pero si no bajas esa lanza me veré obligado a hacerlo.

Ro-Tai vaciló un instante. Una racha de viento hinchó entonces nuestra vela; la canoa se impulsó con fuerza hacia delante y en ese momento Ro-Tai arrojó su lanza. Su disparo se quedó corto. Yo no llegué a disparar mi flecha. Ro-Tai me caía bien y había sido justo conmigo.

—No olvides, Ro-Tai, que pude haberte matado y no lo hice —exclamé—. Me considero tu amigo, pero he de regresar a mi país.

Cada vez nos fuimos alejando con más rapidez de ellos. Durante algún tiempo continuaron persiguiéndonos; pero finalmente, al comprobar la inutilidad de seguir haciéndolo, decidieron dar media vuelta y regresar a Ruva.



Capítulo XXVIII

Cuánto duró aquella travesía, solo Dios lo sabe. En una docena de ocasiones fuimos atacados por gigantescos monstruos sin nombre; en otras tres ocasiones más nos vimos atrapados por tormentas que amenazaron con poner fin tanto a nuestro viaje como a nuestras vidas. De algún modo conseguimos superar todas estas adversidades, pero nos vimos también obligados a afrontar el hecho de que pronto se nos acabaría el agua y la comida.

Lu-Bra resultó ser una joven maravillosa. Era valiente y no se quejaba nunca. Sentí lástima por ella.

—Habrías hecho mejor quedándote en Ruva, Lu-Bra —le dije—. Estoy empezando a pensar que te he conducido a la muerte en lugar de a la libertad.

—Cualquiera que sea el modo en que esto acabe, David, me siento feliz —respondió—. Prefiero morir a seguir siendo una esclava.

—El que ahora te halles aquí conmigo supone una extraña coincidencia que nunca antes te había mencionado —dije—. Antes que tú, hubo otra muchacha de Suvi que también me estuvo guiando hacia Sari. Ambos fuimos prisioneros de los jukans y luego también de los gigantes devoradores de hombres de Azar. No sé si murió allí o si consiguió escapar.

—¿Cómo se llamaba? —me preguntó Lu-Bra.

—Kleeto —respondí.

—Sí, la conocí —contestó la muchacha—. Crecimos juntas antes de que se marchara.

Navegamos continuamente, Lu-Bra, mi brújula viviente, indicándome siempre el camino. Habíamos racionado la comida hasta el punto que apenas bastaba para mantenernos con vida y tan solo probábamos dos o tres sorbos de agua cada sueño. Nos hallábamos débiles y agotados. No habíamos tenido mucha suerte en nuestros intentos de pesca, sin duda porque ninguno de los dos pertenecía a una nación marítima. En tierra firme hubiera podido conseguir caza en abundancia; pero en el mar, aunque los peces estaban por todas partes, no había logrado ni una sola captura. No encuentro motivos para explicar mi fracaso, puesto que siempre me he considerado un excelente arquero.

Después de haber consumido el último bocado que nos quedaba, conseguí por fin pescar un pez con uno de mis anzuelos de hueso. Era un pequeño pez de apenas un palmo de largo, pero lo partimos en dos mitades y lo devoramos hambrientos. Poco después de esto, se nos terminó el agua. Recé por otra tormenta, pero el cielo permaneció despejado y el implacable sol de mediodía cayó de plano sobre nosotros. En toda la amplia extensión de aquel océano hostil no se veía ninguna señal de vida.

Lu-Bra se hallaba tendida en el fondo de la canoa. Se dirigió a mí con voz débil.

—David —me dijo—, ¿tienes miedo a morir?

—No quiero morir —contesté—, pero tampoco tengo miedo de hacerlo. Posiblemente sea otra maravillosa aventura en la que iré a algún lugar nuevo y desconocido. Me encontraré con alguna gente que no conozco, pero también con otros muchos viejos amigos a los que no he visto desde hace mucho tiempo y con los que por fin podré reunirme.

—Así lo espero, David, porque ahora me estoy muriendo —dijo—. Odio tener que

abandonarte, porque la camaradería es ya lo único que nos queda. Cuando me haya ido estarás solo, y no es bueno morir solo.

Volví la cabeza para esconder las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, y, al hacerlo, vi algo que trajo a mis labios una exclamación de asombro e incredulidad: ¡Una vela!

¿Qué hacía una vela en aquel océano en el que no debería haber existido ninguna? Entonces, un atisbo de la verdad aclaró mi mente.

—¡Lu-Bra! —exclamé—. No vas a morir. ¡Estamos salvados!

—¿Qué quieres decir, David? —inquirió—. ¿Tierra?

—No; una vela. Y si esto es el Lural Az, como me has dicho, solo puede ser una vela amiga.

Cambié de rumbo y puse proa al extraño navío, que pronto comprobé que también se dirigía hacia nosotros, al haber divisado también nuestra vela. A medida que nos fuimos acercando, reconocí el bajel como uno de los que Perry había diseñado y construido tras su desastroso intento de construir un navío de guerra. Casi lloré de alegría.

Arrié nuestra vela y esperé. El pequeño navío se puso a la capa junto a nosotros y nos arrojó un cabo. Al mirar hacia arriba, a los rostros que nos escrutaban desde la borda, reconocí a Ja de Anoroc, el comandante de nuestra flota.

—¡David! —exclamó—. ¡Te dábamos por muerto hace cientos de sueños!

Lu-Bra estaba demasiado débil para subir al navío de Ja. Apenas podía permanecer sentada y yo también me encontraba demasiado débil para ayudarla. Por fortuna, unas manos voluntariosas nos izaron enseguida a bordo. Al poner los pies en cubierta, una mujer corrió hacia mí y se arrojó en mis brazos. Era mi compañera, Dian la Hermosa.

Después de que nos proporcionaran algo de agua y de comida, y de que nos sintiéramos más frescos y descansados, Dian me contó su historia.

Había ayudado a Do-gad a escapar de Ko-va, bajo la firme promesa de que él la respetaría y la ayudaría a regresar a Sari. Pero Do-gad había roto su palabra y Dian se había visto obligada a matarlo. De esa madera están hechas las hermosas hijas de Amoz. Luego se puso a remar hacia el continente, guiada por su instinto del hogar, siendo encontrada por los mezops. Evidentemente, había logrado eludir la gran tormenta que yo había temido que hubiera acabado con su vida. También había conseguido escapar con vida de las otras tres tormentas con que nos habíamos encontrado Lu-Bra y yo.

Regresamos a Sari, felices y dichosos. Lu-Bra fue devuelta a Suvi. Los guerreros que la escoltaron me trajeron a su vuelta una noticia que me hizo sentir aún más feliz, y que al mismo tiempo me proporcionó una idea del tiempo que había permanecido en Ruva. Aquella noticia era que Zor y Kleeto habían conseguido llegar a Suvi sanos y salvos. Se habían unido como pareja y ahora tenían un hijo recién nacido.

Fin



EDGARD RICE BURROUGHS (Chicago; 1 de septiembre de 1875 – Encino, California; 19 de marzo de 1950) fue un prolífico escritor de género fantástico y de aventuras, célebre por sus series de historias de Barsoom (ambientadas en Marte), de Pellucidar (que tienen lugar en el centro de la Tierra) y, en especial, por la creación del mundialmente famoso personaje de Tarzán.

Burroughs nació en Chicago, Illinois, cuarto hijo del empresario y veterano de la Guerra de Secesión, Mayor George Tyler Burroughs (1833-1913) y de su esposa María Evaline (Zieger) Burroughs (1840-1920). Su segundo nombre procede de su abuela paterna, Mary Rice Burroughs (1802-ca. 1870).

Estudió en varias escuelas locales, incluyendo la Harvard School de Chicago, donde entraría en contacto con el mundo clásico de Grecia y Roma. Durante la epidemia de gripe de 1891, pasó un año y medio en el rancho de su hermano en el Río Balsa, en Idaho. Atraído por la vía militar, asistió a la Academia Phillips en Andover, Massachusetts, y luego a la Academia Militar de Michigan. Se graduó en 1895, y al no superar el examen de ingreso en la Academia Militar de Estados Unidos (West Point), terminó como soldado alistado con el famoso Séptimo de Caballería en Fort Grant, territorio de Arizona, donde llegó a luchar contra los Apaches. Tras ser diagnosticado de un problema cardíaco y no ser apto para el servicio, fue dado de baja en 1897.

Volvió a Chicago e Idaho, donde desempeñó algunos trabajos mal pagados. Finalmente, Burroughs encontró trabajo en la empresa de su padre en 1899, lo que le permitió casarse con su novia de toda la vida, Emma Hulbert, en enero de 1900. En 1904 dejó su empleo y se embarcó en trabajos menos regulares y lucrativos.

Siete años de salarios bajos le llevarían a la escritura. En 1911, Burroughs y Emma tenían dos hijos, Joan (1908-1972), que más tarde se casaría con el actor de cine James

Pierce, intérprete de Tarzán, y Hulbert (1909-1991). Durante este período, disponía de abundante tiempo libre y comenzó a leer muchas revistas de aventuras (denominadas popularmente «pulp», por el aspecto del papel barato con el que se imprimían). Convencido de ser capaz de alcanzar el (magro) nivel de sofisticación de las historias que contenían, a los 36 años de edad y bajo el protector seudónimo de Norman Bean, publica su primer relato, *Bajo las lunas de Marte*, en la revista *All-Story Weekly*, obra que le reportó 400 dólares. En octubre del mismo año, esta vez con su nombre real, se publica serializada *Tarzán de los monos*, dando inicio a una meteórica carrera como escritor.

En 1913, Burroughs y Emma tuvieron su tercer y último hijo, John Coleman Burroughs (1913-1979). Pronto se dedica a la literatura a tiempo completo, publicando fundamentalmente en revistas populares, como *All-Story* y *The Argosy*. Escribió relatos de aventuras, ciencia ficción, fantasía, historias del salvaje oeste y romances históricos. Fueron famosas las series dedicadas a los fantasiosos mundos de Barsoom (Marte), Amtor (Venus) o Pellucidar (el centro de la Tierra), pero ninguna tuvo comparación a la serie que narraba las aventuras de Tarzán, el hombre-mono, del que escribiría 24 novelas que lo convirtieron en un hombre rico y famoso.

Este éxito no es solo literario. En 1917 se rodaría la primera película extraída de una de sus obras: *The Lad and the Lion*, aunque será un año más tarde cuando comience la interminable serie de versiones del Tarzán cinematográfico. Este Tarzán del cine mudo, dirigido por Scott Sidney, fue interpretado por Gordon Griffith, como Tarzán niño y Elmo Lincoln como Tarzán adulto. El éxito de público es rotundo.

Poseedor ya de una considerable fortuna, se trasladó a California en 1919 donde adquirió 540 acres de terreno, fundando una localidad a la que da el nombre de *Tarzana*, en honor al personaje que le había dado fama y fortuna, y dando comienzo a un próspero negocio inmobiliario.

En 1923 Burroughs creó su propia compañía, la Edgar Rice Burroughs, Inc., y comenzó a imprimir sus propios libros a lo largo de la década de 1930. En Febrero de 1932 se estrena, dirigida por W. S. Van Dyke e interpretada por Johnny Weismuller (Tarzán) y Maureen O'Sullivan (Jane), *Tarzan, the Ape Man*, película que convertirá a Tarzán en uno de los mitos más populares del siglo XX y que dará lugar a toda una serie de secuelas protagonizadas por los mismos actores. A pesar del dinero que le reportaron, a Burroughs nunca le gustó la versión de Tarzán que se daba en estas películas.

En lo personal, Burroughs no tuvo tanta suerte. Se divorció de Emma, que no se había sabido adaptar al éxito de su marido, en 1934, para casarse en 1935 con la actriz Florence Dearholt Gilbert, exesposa de su amigo Ashton Dearholt y veinte años menor que él. Burroughs adoptó los dos hijos de Dearholt. La pareja, a su vez, se divorciaría en 1942.

En el momento del ataque a Pearl Harbor, el escritor vivía en Hawái, a donde se había trasladado por motivos de salud. A pesar de tener casi setenta años, solicitó y obtuvo permiso para convertirse en corresponsal de guerra.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Burroughs volvió a California, donde sufrió muchos problemas de salud. Murió de un ataque al corazón el 19 de marzo de 1950, dejando como legado un centenar de novelas y relatos.